This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 3433 07437015 0

ALBERTO DEL SOLAR

DRAMA HISTÓRICO

EN

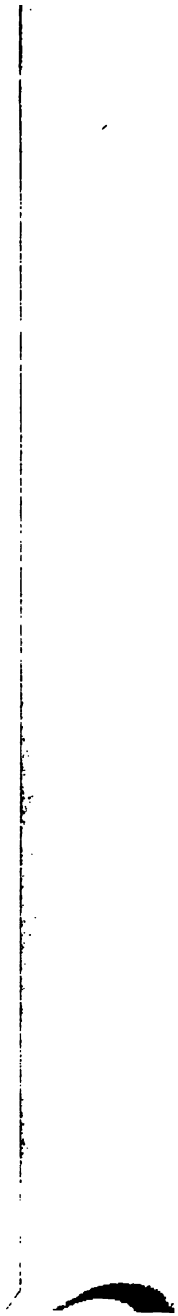
CUATRO ACTOS

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES

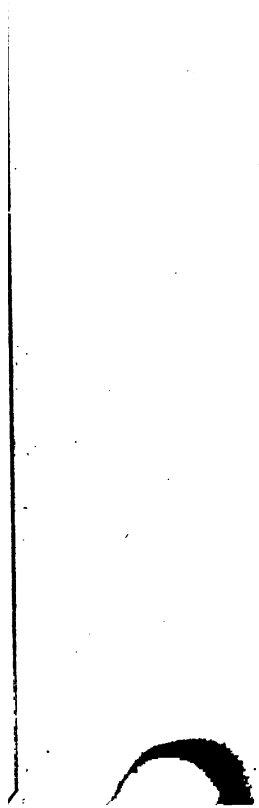
545 - RIVADAVIA - 545

1906



(Solar)

(Solar)
NPV



CHACABUCO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DESDE 1885 HASTA 1906

Páginas de mi diario de campaña. (Recuerdos íntimos de la guerra del Pacífico).—Un volumen, 1886.

De Castilla á Andalucía. (Viage por España).—Un volumen, 1886.

Huincahual. (Leyenda araucana).—Un volumen, 1888.

Don Manuel Dorrego. (Ensayo histórico).—Un volumen, 1889.

Cuestión filológica. (Suerte de la lengua castellana en América).—Folleto, 1890.

Rastaquouère. (Novela).—Un volumen, 1890.

Contra la marea. (Novela).—Un volumen, 1894.

Valbuenismos y valbuenadas. (Crítica literaria).—Folleto, 1894.

El mar en la leyenda y en el arte. Un volumen, 1895.

La Doctrina de Monroe y la América latina. (Conferencia leída en el Ateneo de Buenos Aires).—Folleto, 1898.

El Faro. (Novela).—Un volumen, 1902.

TEATRO

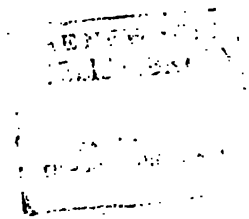
El Doctor Morris. Comedia en tres actos y un prólogo, representada en el *Odeón* de Bnenos Aires, por la compañía de Rosario Pino del teatro de la *Comedia* de Madrid.—Mayo de 1903.

El Faro. Drama en tres actos, representado en el teatro de la *Comedia* de Buenos Aires, en Junio de 1903.

La musa del taller. Comedia en un acto, representada en el teatro *Odeón* de Buenos Aires, por Fernando Díaz de Mendoza, del *Teatro Español* de Madrid, la noche de su beneficio, 18 de Julio de 1906.

En preparación:

Un drama íntimo. En tres actos.



Alb. del Solar

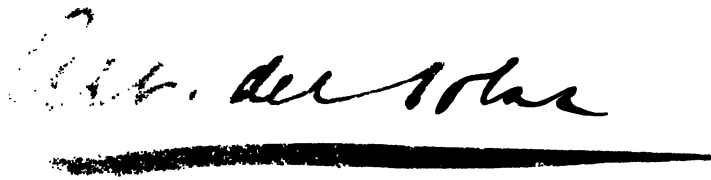
ALBERTO DEL SOLAR

CHACABUCO

DRAMA HISTÓRICO

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES
EDITORES: G. MENDOZA Y C.ª
545 - RIVADAVIA - 547
1906



ALBERTO DEL SOLAR

CHACABUCO

DRAMA HISTÓRICO

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES
EDITORES: G. MENDESKY É HIJO
545 — RIVADAVIA — 545
1906

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
487662
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
R 1910 L

PRÓLOGO.

Cuando la amplia sala del teatro Victoria resonaba en la noche del extreno de CHACABUCO con los aplausos de todo un público de "première" que, al terminarse la representación, proclamaba el éxito alcanzado por dicha obra como un hermosísimo triunfo—determinamos acercarnos á Alberto del Solar pidiéndole su venia para hacer inmediatamente una edición de su bello drama. Creímos entonces, como lo creemos hoy, de acuerdo con la opinión de un distinguido escritor cuyo juicio crítico se hallará incluído en el presente volúmen, "que faltaba en América una obra teatral vinculada á la epopeya de nuestra emancipación política y susceptible de llevarse á la escena en todo el Continente, sin herir los sentimientos de las distintas repúblicas americanas y sin lastimar el amor propio de nuestros genitores y hermanos los españoles".

Dicha obra, hela aquí.

Su autor, al componerla, se ha ceñido rigurosamente á la verdad histórica, si bien ciertas consideraciones de orden privado—según nos pide él que lo manifestemos al público—le han puesto en el caso de reemplazar algunos nombres reales por otros de ficción y de adoptar tal cual anacronismo, de esos que el desarrollo de la acción dra-

mática, la necesidad de recursos expositivos y las exigencias de la técnica hacen inevitables en toda obra teatral y quedan universalmente amparados por las tiránicas leyes del convencionalismo de las tablas. *Rosales*, por ejemplo y su hija *Rosario*, tienen forzosamente que aparecer actuando en este drama un poco después de los acontecimientos que les habían arrojado ya fuera del país; el *Fraile Aldao*—que figura como Teniente de granaderos á caballo en el campamento del Plumerillo—recibió, en realidad, su despacho sólo un mes después, como consecuencia de su acción en el asalto de la *Guardia Vieja*, etc.

El presente volúmen, destinado á circular en toda la República, lleva al frente algunos juicios sobre la obra, aparecidos en los diarios más prestigiosos de esta Capital y varias cartas de escritores distinguidos insertas por orden de fecha y entresacadas de la copiosa correspondencia que recibiera el reputado escritor chileno con motivo de su triunfo.

Si, como lo esperamos, tiene esta edición la acogida que se merece, lanzaremos otras, dedicadas á los demás países de la América latina, y especialmente á Chile, donde CHACABUCO será leído con particular interés, así por el mérito intrínsico del trabajo como por la nacionalidad del autor, cuya abundante y selecta producción literaria en distintos y variados géneros ha sido tan apreciada en los pueblos de habla española, que á la fecha se hallan completamente agotados en librería los ejemplares de las obras que la componen.

LOS EDITORES.

CARTA DE RAFAEL OBLIGADO.

Sr. D. Alberto del Solar.

Mi distinguido amigo:

Con fecha 23 de Julio y después de la lectura que hizo usted en mi casa de su drama, le dirigí la carta que copio:

"Un deber íntimo, no recordado oportunamente, me privará de concurrir al ensayo de su *Chacabuco*. Y lo siento, porque tengo de él una alta opinión, cualquiera que sea su suerte en el teatro. Lo creo una obra sólida, de riquísimo colorido, llena de movimiento y abundante en caracteres bien dibujados. El asunto es, además, de una dificultad literaria y artística especial, vencida por usted con vigoroso talento. Eso está patente en la lectura. El éxito en el teatro es para mí secundario, pero en cuanto es posible predecirlo, yo se lo auguro feliz y brillante. Será una victoria".

Dirigí á usted esa esquela días antes del estreno de su drama, y al copiarla en esta carta, destinada también al público, no es por echarla de profeta, sino para que se tenga en cuenta que las palabras que voy á añadir no

son inspiradas por el triunfo de su obra en la escena—tan completo como pocos entre nosotros—sino por serena convicción anterior. El éxito suele ser una telaraña luminosa que enceguece ó turba la visión de la verdad; y yo, felizmente, siento en este caso libres los ojos de esa telaraña, como lo prueba la esquela que acabo de reproducir y me propongo ampliar en seguida.

El drama histórico, cuando los tiempos no han interpuesto una lejanía tal que deje en libertad al poeta, como sucede en el hermoso *Un milagro en Egipto* de Echegaray, es de una dificultad tan áspera, se filtra en él una realidad tan cruda, que la obra artística vacila en sus cimientos y cae al menor soplo de la realidad. Podría citar, en el género, el definitivo fracaso de muchos dramaturgos de ayer, con Dumas y Hugo á la cabeza, no obstante sus geniales cualidades; pero como soy enemigo de erudiciones empalagosas, prefiero afirmarlo simplemente.

Ha salvado á usted de este peligro su imaginación decorativa. El espectador ve los Andes, ve el campamento del Plumerillo, ve las fraguas del Padre Beltrán, ve carpas, ve soldados, ve á las costureras del ejército, ve al fraile Aldao convertido en guerrillero audaz, ve al mismo San Martín pasar en discreto silencio por entre las grandezas de su obra; siente las palpitaciones del corazón chileno, traídas por el heroico Rodríguez; y oye redoblar tambores, crujir banderas, y escucha músicas y vítores anunciadores del triunfo inmediato.

Este conjunto que se arremolina en el primer acto, ofusca los sentidos del espectador, no le deja considerar que todo ello pasó en la prosaica realidad de ayer, y le lleva necesariamente á las épocas legendarias, donde tan-

tas pequeñeces humanas murieron de legítima muerte y tantas grandezas se alzaron á la inmortalidad.

Salvado este peligro, como he dicho, por la potencia imaginativa del autor, y acumulando detalles rigurosamente históricos, con hábil selección, la obra debía triunfar, y triunfó.

Por ello es usted, en nuestro incipiente teatro, el iniciador del género histórico, género que si no el primero, es, artísticamente, muy estimable; y como pulidor de la faceta más noble del alma popular, el patriotismo, de una evidente importancia. Y á propósito del sentimiento patrio, quiero detenemerme un instante para advertir que debemos ponernos en guardia contra los voceros del cosmopolitismo, ilusos traspasadores de fronteras, mendigos de agenos bienes, por incapacidad de arrancarlos de la propia entraña. Esos débiles ven en todo arranque de sentimiento nacional hueco *patrioterismo*, despectivo nuevo pero necesario para oponerlo al *chauvinismo* de los ignorantes de nuestra lengua. Jamás ven los tales que ninguna patria es grande sin hijos apasionados de su hermosura, como ningún hogar es feliz sin la adoración á la madre ó la esposa.

No sólo es malo, es tonto mentir glorias, pero es justo rememorar las excelsas que cada pueblo conquistó para abrir y alumbrar su camino.

La reflexión anterior responde á una censura superficial que ha motivado su *Chacabuco*. No falta quien diga que la mayor parte de su éxito se debe á las decoraciones y al consabido *chauvinismo*. Si alguno cree esto con sinceridad, y no lo afirma sólo porque suele ser sabroso negar el mérito ageno—como si de esta negación

dependiera el éxito propio—me permitiré observar que muchos pensamos de opuesto modo, por convicción igualmente sincera. *Chacabuco* ha sido una victoria del autor, y es risible pretender negarlo. Mejor es explicarse las causas del triunfo.

Chacabuco, como la mayor parte de los dramas históricos, es una obra de espectáculo, de telones vastos, de lucientes pinceladas decorativas, es cierto; pero debe á un arte más esencial el interés que ha despertado.

Comienzo por afirmar que el segundo acto es de un dramático de primera fila. Ni la amistad que siento por usted, ni siquiera el patriotismo legítimo, tienen que ver en este juicio: lo digo como poeta, (si con verdad puedo evocar este título), capaz sólo de rendirme á la hermosura y no á deidades plebeyas, de esas que la moda ó la conveniencia ensalzan á menudo.

El segundo acto de *Chacabuco* está concebido de una sola pieza, como la estatua dentro del bloque. Nada de detalles pegadizos: todo en él es vigoroso y necesario. La familia patricia, la joven revolucionaria, la criada respondona y hasta el intruso negrillo, que pone una nota cómica en el conjunto azarozo, resultan de un dibujo admirable. Si á esto se añade la faz heróica del cuadro, las zozobras de la familia, la preciosa escena de la versión de la carta simbólica, los ecos de la ciudad convulsionada, el inconsciente canturrear del sereno, los pregones de la buhonera prototipo del ardor popular, que luego la impulsa hasta el crimen,—la acción llega á una intensidad sólo superada por la trágica emoción producida por la presencia del temible y entrevisto San Bruno. Acontece entonces que el choque violento del alma nueva

y ardiente de América, con el alma española de la época, tan heróica como inquisitorial, magnífica pero cruel, alma que hizo derramar á Quintana esta lágrima nobilísima que cada uno de nosotros ha sentido caer en su corazón de americano: "¡Virgen del mundo, América inocente!"...

El tercer acto no me satisface en igual grado. Los inconvenientes del género han trabado necesariamente la inspiración de usted, tan libre en el segundo acto. Atento á la exactitud histórica, que sin duda consigue, la belleza artística pierde en él tanto como gana la verdad de los hechos. Los personajes principales, Marcó y San Bruno, son de la misma acerada fundición. ¿Qué remedio, si así fueron? La acción es idéntica del principio al fin, siempre tirante, siempre afanosa. ¿Qué hacerle, si esa era la realidad del momento?

No basta á modificar esta situación, á matizarla eficazmente, ni la entrada del Padre Zapata, ni de la esposa del General Maroto, no obstante su magnánima actitud y sus palabras—con ser éstas de más bellas del drama—cuando ensalza con tanto ardor y justicia la hidalguía española.

La sonora y brillante monotonía del tercer acto, (permítame la paradoja, porque traduce exactamente mi pensamiento), sólo es rota por el clamoreo popular, y más que nada, por la presencia del mismo pueblo en el palaciego escenario. Esta irrupción es magnífica y vuelve á erguirse en ella el autor del segundo acto.

Como por causas conocidas de Vd., solo pude concurrir al extreno de *Chacabuco*, y como escribo sin tener la obra á la vista, es posible que en mejores condiciones, mi juicio, en los detalles, no fuera el mismo. Además,

debo añadir que no es una primera representación,—donde naturalmente los actores vacilan y no pueden marcar bien los relieves,—el momento propicio para juzgar con acierto.

Del cuarto y último acto poco tengo que decir en esta reseña simplemente literaria. Es un rápido y vibrante desenlace.

La narración de la batalla de Chacabuco, puesta con tino discretísimo en lábios de un sargento español, herido y derrotado, es la página más inspirada de la obra. Se ve en ella algo del Chacabuco histórico, con esa indeterminación natural del que mira las peripecias á través del polvo de la derrota. Esto mismo la aquilata como obra de arte, sentida del punto de vista del narrador. Además, vibran en ella y de modo intenso, el dolor, la angustia, la desesperación del caído en la lid tremenda....

Tomado en conjunto, admiro principalmente dos excelencias en su *Chacabuco*. Es la primera, el haber vencido la dificultad literaria y artística del asunto, como le decía en la esquela privada inserta al principio; y es la segunda.... permítame detenerme en ella.

Toda obra de arte, cuando merece este nombre, irradia siempre luces que el autor no sabe haber encendido. Son inconsciencias intelectuales, que derraman las divinas musas, á manera de llama férvida, sobre nuestra frente humana, tan mísera y obscura.

Esa inconsciencia, esa luz, esa llama, es la poesía esencial de *Chacabuco*. No hay misterio en ello, ni profundidad psicológica, ni solución de ninguno de esos problemas que aturden más á tantos aturdidos. Es

este hecho simple: la presencia de los Andes en toda la obra. Por más que la acción se aleje de la montaña, se encierre en la capital chilena, se reconcentre en hogares ó palacios..... ¡allí están ellos, allí se yerguen, de allí relampaguean, como si de las cuestas de Chacabuco bajara rodando sobre la escena una perenne tempestad de gloria!

RAFAEL OBLIGADO.

DE LUIS V. VARELA

« *Tribuna* »

I

Todos los que asisten al estreno de una obra dramática, escrita en el país, generalmente concurren al espectáculo con un prejuicio, que equivale á una decisión anticipada.

Los amantes sinceros de la literatura nacional van á aplaudir, sin reticencias, el esfuerzo noble del escritor que la produce; los que conocen otros trabajos del mismo autor, y ya tienen, á su respecto, opiniones hechas, juzgan la obra nueva por las anteriores; los amigos personales se citan para festejarle incondicionalmente; los que forman falange y pertenecen al grupo de los que, recíproca y sucesivamente se apoyan, concurren—siempre en grupo—á estimular al compañero; y, finalmente, el público sin vinculaciones,—aquel que asiste á los teatros solo buscando distraerse,—va á los estrenos de piezas

nacionales convencido de que ellas serán malas, sin otra razon que la de que la obra es escrita en el país.

En la literatura, como en la producción industrial, nuestros productos necesitan de un membrete extranjero para hacerse aceptar, benévolamente, por el consumidor argentino.

Esto en cnanto al público y á las condiciones en que el autor se encuentra, casi siempre, al escribir una pieza para el teatro.

Luego vienen otras dificultades, cuando la pieza está ya hecha.

No me ocuparé de las resistencias para hacerla aceptar por las empresas. No es eso lo peor. Hablo de los intérpretes. No tenemos, sino en una proporción mínima *actores nacionales*, y éstos, hechos en las tablas, por su propio esfuerzo, nobilísimo y paciente, pero sin esos estudios ni esa preparación que solo se adquieren en los conservatorios y viendo las interpretaciones hechas por los grandes maestros del arte,—de manera que, la primera díficultad con que un autor dramático *nacional* tropieza para la representación de sus obras, es la falta de actores *nacionales* competentes.

Para identificar ciertos papeles, creados con cariño por los autores, los artistas necesitan comprenderlos y sentirlos tales cuales fueron concebidos. Y para alcanzar esa identificación perfecta, no bastan la voluntad y el esfuerzo de los actores: son menester otras condiciones, que las da, unas veces solo la dedicación asidua, pero otras son necesarias la idiosincracia, la educación, el ambiente en que el artista se ha desarrollado y ha formado su escuela, su estilo propio, si se quiere, y del cual

no puede sacársele, sin llevar al fracaso la obra y sus intérpretes.

Y cuando se alcanza á vencer todas esas dificultades, queda todavia el *crítico*; ese juez que se improvisa y falla por su propia autoridad, sin más elemento de competencia que la decisión de un director de diario que lo hace cronista ó que acepta sus artículos; cuando la crítica no obedece á la necesidad de satisfacer algunas venganzas ó de tributar un aplauso al compañero.

La buena crítica teatral es dificil y escasa. Nos fallan estimulos y móviles, y, sobre todo, nos faltan ocasiones de ejercitarnos en ese género de la literatura. Obras nacionales hay muy pocas, y todas las extranjeras, nos llegan ya juzgadas por los maestros en la patria original del autor.

Otras veces, si alguna buena se produce, y su autor no forma parte de los *consagrados*, se hace la conspiración del silencio alrededor de la obra; y, no pocas, el critico se inspira en algun viejo encono, dejando atras en el camino de la vida del escritor, y que estalla en la noche del estreno, traducido en un silbido anónimo, que desmoraliza al autor, á los actores y al mismo público, reflejándose luego en una crónica malevolente, que acaso aleja para siempre del teatro á aquel que pudo llegar lejos, si hubiera continuado escribiendo para la escena.

Y esta no es la historia aislada de un dramaturgo determinado. Es la *vía crucis* de todos, buenos y malos.

II

Si con tantos inconvenientes y dificultades ineludibles tropieza entre nosotros el autor de una obra dramática puramente de imaginación, ó sociológica, ó pasional ó doctrinaria, es fácil comprender cuánto aumentan aquellas, si se trata de un trabajo en el que, á la trama dramática, se mezcla la historia.

Entonces el autor tiene que ser erudito. La verdad convencional del episodio que conmueve y agita al público, tiene que ceder su puesto á la verdad consagrada por la posteridad de los personajes á quienes se evoca en la escena.

La imaginación no tiene límites, porque el talento puede remontarse, sobre las alas inmortales del espíritu, á las más altas regiones del ideal, para crear allí cuanto la fantasía,—«la loca de la casa,—puede concebir de bello ó de horroroso.

Pero la historia necesita ser respetada. Es el libro de la patria; es la leyenda de la humanidad, burilada por los actores de los acontecimientos que la tración ha perpetuado en el hogar, con las consejas de la abuela; es esa parte de la gloria que, á través de las generaciones, van legando los padres á sus hijos con la espada y las madres á sus hijas con su leche.

Esto obliga al autor de un drama histórico á dominar los impulsos de la propia inspiración, para ajustarse á la prosa ó á la poesía del episodio que reconstruye, respetando la verdad,—la verdad sin atavíos, descarnada

y fría, como el mármol ó el bronce en que ella se perpetúa, y á despecho de la belleza y del convencionalismo que el arte exige en el escritor moderno.

Cuando la prensa argentina dijo que don Alberto del Solar había escrito un drama histórico, y que su argumento tenía vinculaciones con la epopeya americana, sentí que mi espíritu se conmovía con un arranque expontáneo de aplauso. Me pareció que había más luz en el cielo de las letras americanas; que habíamos crecido, sólo por ese esfuerzo ajeno, por esa consagración del talento á hacer obra propia, abandonando el molde forzado en la servil imitación de lo extranjero.

Amo el arte como una de las más altas manifestaciones del idealismo: y estimo el drama como la forma más perfecta de encuadrar en palabras y en acción todo lo que tiene de grande la exteriorización de los sentimientos del alma.

Miro en el teatro moderno la más elevada tribuna para la propaganda de todas las escuelas filosóficas, políticas, morales y sociales.

Disraeli hacía sus campañas con novelas. La democracia moderna fustiga las rancias costumbres aristócratas exhibiendo en el teatro los nobles empobrecidos, buscando las alianzas con los burgueses; y hasta las sectas socialistas difunden sus doctrinas desde el proscenio de los teatros.

¿Qué mucho, pues, que, con estas ideas, fuese al coliseo donde se representaba « Chacabuco », preparado á saborear sus escenas y deseando á su autor un éxito tan completo como lo merecen sus nobles ideales y sus perseverantes esfuerzos?

III

El estreno del drama «Chacabuco», original del escritor chileno don Alberto del Solar, se ha producido en condiciones tan especiales y complejas, que hacen muy difícil la crítica, sin sentirse el crítico influenciado por las circunstancias en que ha asistido al espectáculo.

Desde luego, la selecta y distinguidísima concurrencia que llenaba la sala,—formada por el público de la Opera y de las noches de moda del Odeon, —daba al teatro esa severa austeridad, que enfria el ambiente, por aquello de que la distinción y la cultura están reñidas con las ruidosas manifestaciones del entusiasmo.

Los signos de aprobación de esa clase de públicos se revelan sólo por el murmullo apenas perceptible, que se produce de la reunión de los suspiros y de los monosilabos que se escapan de los labios de los espectadores. Y, sin embargo, esa noche se aplaudió mucho.

Luego, antes de entrar en la apreciación de la obra literaria, es forzoso darse cuenta de la *mise en scène*, de la que depende, á veces, la mitad del éxito. La propiedad en la indumentaria, en una pieza histórica, en la que figuran personajes familiares á las gentes ilustradas; la exactitud del conjunto y del detalle en las escenas, y sobre todo del medio ambiente en que los episodios se desenvuelven, es tan esencial como la misma verdad histórica.

El autor dramático que reconstruye un acontecimiento del pasado, se asemeja al traductor de una obra clasica. Lo primero á que está obligado es á emanciparse de la

actualidad presente, para trasponerse, en espiritu, á la época de los sucesos que describe.

Tiene que perder su estilo y su lenguaje propios,—hasta pensar, decir y sentir como los personajes á quienes evoca y á quienes presenta en escena.

De ahi una de las mayores dificultades del drama histórico.

A nadie se le ocurrirá negar á Delille el portentoso talento que ha hecho conservar su nombre con el respeto que le tiene la posteridad al admirar sus obras; pero todos convendrán en que no ha conservado el sello clásico, ni el sabor latino, á su traducción de la «Eneida» de Virgilio, en la que hace que Eneas empiece su famoso discurso á Dido con esta frase, hija de la cortesia moderna:

Oh! Reine! pardonez ma franchise... »

Esa galanteria, completamente francesa, no pudo pronunciarla jamás el héroe troyano.

Lo mismo sucede cuando se traduce, en acción, en el teatro un episodio histórico.

El señor del Solar se ha dado cuenta de ese deber que su situación de autor de un drama histórico le imponia, y ha conseguido darle á su escenario y á sus figuras todo el caracter y el sabor de la época en que la pieza se desarrolla.

Las decoraciones, los trajes, el diálogo, todo es exacto y ajustado. El señor del Solar ha estudiado en los historiadores los detalles, copiando en la naturaleza los paisajes. Acaso algunos de los personajes no han aparecido con los relieves que les presentan sus antecedentes, y en ciertos momentos el dramaturgo ha supuesto situaciones

inverosimiles, pero, en todos los instantes, la pieza se conserva en el ambiente de la época en que ella se desenvuelve.

Hasta el patriotismo y las exaltaciones á que él condujo á nuestros padres y á nuestras madres, aparecen en la obra del señor del Solar tales como se manifestaban en aquellos dias en que el culto de la patria hacia aceptable el sacrificio de todos los amores humanos.

El público se identificó con el autor y bajo la presión del magnetismo que circulaba en la sala, los corazones sollozaban, las manos batían palmas, y la cabeza perdía sus facultades de juicio y de criterio sereno, para aplaudir sincera, lealmente, al esforzado paladin de aquella justa literaria.

El triunfo fué completo; tan completo que, cuando el telón,—despues de haberse alzado y caído muchas veces para que el público de los palcos y de la platea aclamasen al autor,—cuando el telón se levantó de nuevo y el señor del Solar fué obligado á dirigir algunas palabras á aquella concurrencia, pudo decir con galante verdad que «debía á los argentinos un nuevo «Chacabuco», haciendo del título de su drama un sinónimo de *triunfo*, adjetivando así el nombre propio de la batalla ganada por San Martín en Chile y por don Alberto del Solar en el proscenio del teatro Victoria.

Pero ahora, pasada la noche del estreno, emancipada el alma del círculo del encantador, y el cerebro en el dominio completo de sus facultades, la justicia reclama al juicio crítico toda la verdad, y hay el deber de producirla, hasta para hacer honor al mismo autor de la pieza estrenada.

IV

«Chacabuco» es una serie de escenas bien preparadas, en su faz histórica, y exhibidas con todo el colorido y exactitud de un pintor primoroso. En los cuadros militares y políticos figura un incidente insignificante, una mujer amada por un conspirador, que, más patriota que amante, ayuda á los revolucionarios por amor á la patria, por herencia de abnegación y sacrificio recibida de un padre muerto en la pelea, sin pensar en que su amado también siente y piensa como ella.

De ahí resulta que la nota que vibra sin intermitencias en toda la pieza, es la del patriotismo en aquellos días de prueba y de grandeza....

No se trata de una pieza de teatro en la que la historia y la política entren como un accidente—como en «La Cour de Napoleon» y «L'Aiglon»;—sino que, por el contrario, en «Chacabuco» es la trama dramática imaginativa la que forma lo incidental de la obra. La historia y sus personajes; la época en que ella se desarrolla y la verdad de sus situaciones, son lo que constituye la base del trabajo del señor del Solar.

Faltaba en América una obra teatral que, vinculada á la epopeya de la emancipación, pudiese hoy llevarse a la escena en todo el continente, sin herir las susceptibilidades de las distintas repúblicas americanas, y sin lastimar el amor propio de nuestros genitores y hermanos los españoles.

La empresa era ardua, pero digna. Su misma dificul-

tad debia empeñar el celo de un escritor de aliento; porque vencer los obstáculos, es sentirse fuerte.

Las águilas anidan en los más altos picos de la cordillera; pero aun no les basta! Remontan su vuelo hasta perderse en el azul del infinito, fija siempre la impávida mirada en el disco del sol, impotente para humillar su orgullo!....

El primer cuadro de «Chacabuco» pasa al pié de los Andes, en Mendoza, en momentos en que San Martín se prepara á sorprender á los españoles, cayendo de improviso sobre Chile, donde gobierna el mariscal presidente Marcó del Pont.

Es este acto del drama, puramente narrativo, y, si bien no tiene propiamente una acción dramática movida, que agite las pasiones y domine al espectador, hay tanta verdad en el colorido, tanta propiedad en las escenas que se suceden y tanto interés en los detalles, que el público,—y sobre todo el público argentino,—se siente atraido y embargado por la anhelante situación que se desarrolla en la escena.

La copia se asemeja con exactitud fotográfica al original que nos han legado los actores de aquellos dias.

Al fondo del proscenio se ven los Andes, sobre los que se alza la luna, en una de esas noches azules descriptas por los poetas. Más adelante se encuentran las tiendas de campaña que alojan á los futuros vencedores, oyéndose los toques de tambores y clarines, viéndose cruzar los pelotones de reclutas que instruyen los veteranos, mientras en el primer término, á la derecha, bajo una carpa, esta reunido un consejo de guerra, que condena a muerte a un espia, y a la izquierda se alzan una fragua.

y un galpón donde el famoso padre Beltran forja lanzas, mientras las mujeres patriotas cosen lonas y uniformes. Grupos de soldados que limpian sus armas, centinelas que pasean su guardia, ayudantes que llegan y que van, completan la movida actualidad de un campamento, donde todo revela los aprontes para una futura marcha.

Anima el cuadro y multiplica el interés, por parte de los espectadores que conocen la historia, la presencia en la escena ó la referencia que se hace de personajes conocidos, con San Martin, O'Higgins, Soler, Las Heras, Conde, Alvarado y todos los demas compañeros del Gran Capitan, que desfilan delante del público, ó sus subalternos hablan de ellos; no siendo el menos interesante de los episodios la transformación del Padre Félix Aldao en teniente de Granaderos á caballo, punto inicial de sus correrias de mas tarde.

En esa sucesión de cosas, que se producen rapidísimamente, y sin guardar entre ellas mas relación que la de vincularse a una idea capital,—la guerra,—el público tiene ocasión de ver, sentado á una mesa con Necochea y otros, al conspirador chileno Manuel Rodriguez, patriota y valiente, agente activisimo y audaz de San Martin, por cuyo intermedio se entiende éste con la célebre Logia Lautaro.

Si en el primer cuadro el autor de «Chacabuco» ha querido mostrar á su público la actividad y las abnegaciones de los que preparaban la invasión á Chile, adiestrando, armando, uniformando y *haciendo*, diré así, el ejército de los Andes; si en ese acto el señor del Solar ha reunido todos los personajes y ha relatado todos los episodios capaces de hacer conocer, á los que ignoran

la historia de esos días de prueba, la situación en que se encontraba la República Argentina, cuando los españoles intentaban la reconquista al otro lado de los Andes, —en los demás actos de la pieza se revela el propósito de ir completando la evocación histórica con cuadros semejantes.

Manuel Rodríguez, en su magnífico parlamento del primer acto, cuando habla con Las Heras, Conde y el padre Beltran, refiere la horrible situación en que se encuentran las poblaciones chilenas,—y sobre todo Santiago, —bajo el espionaje, el tormento y la lascivia de las fuerzas que manda San Bruno, convertido por Marcó del Pont en Jefe Supremo del Tribunal de Vigilancia. El segundo cuadro, puede decirse que es la encarnación de ese parlamento; la presentación, en la escena, de la realidad de lo que entonces pasaba en los hogares de los patriotas chilenos.

Entonces se sabe que este personaje es el prometido de Elvira Recalde, joven hija del coronel del mismo nombre, muerto ya, legando á su viuda y á su huérfana el amor de la patria y su abnegación para servirla.

El final del primer cuadro fué saludado, con justísimo motivo, por nutridísimos aplausos, aclamándose al autor sin reticencias. El público estaba satisfecho. Miraba aquel acto como la base sobre la cual iba á levantarse una gran obra, y esperó con intensa ansiedad que se alzase de nuevo el telón.

V

Comenzó el segundo cuadro en un ambiente propicio. La escena y los personajes son distintos. Estamos en Santiago de Chile en casa de la señora Juana Muñóz de Recalde, madre de la joven Elvira, y centro, diremos así, de la conspiración que fermenta en el pueblo para ayudar á San Martín, el día en que trasponga los Andes.

Es el más movido; el mejor hilvanado y en el que las situaciones se producen con más naturalidad y lógica.

Ese cuadro es un reflejo fiel de lo que nos cuentan las memorias de esa época y de lo que hemos aprendido en historiadores chilenos y argentinos, como Mitre y Barros Arana, López y Vicuña Mackenna, Espejo y Amunátegui.

Hay fidelidad completa hasta en los detalles más nimios. La exaltación patriótica de Elvira Recalde; su consagración á la causa de la libertad; su valor para aceptar los peligros que acarreaba á su casa la ocultación en ella del noble anciano perseguido señor Rosales; todo ese conjunto de circunstancias que hacen de aquella joven una heróina, digna de la confianza del Libertador y de sus cómplices los revolucionarios chilenos, tiene por objeto presentar al público la situación interna de las familias patrióticas, en Santiago, en momentos en que San Martín se preparaba á correr en su protección.

Hay allí detalles de un verismo histórico tal, que prueban que el señor del Solar ha procedido con mucha calma y mucho estudio para prepararlos.

Aquella sirvienta medrosa, por ejemplo, que vive en constante terror, hasta llegar á creer que el diablo persigue á San Bruno por apóstata; aquel negrito que acompaña á Rosarito Rosales, llevando en la mano un farol con una vela encendida; aquel mobiliario de forma especial, así, como los trajes y los peinados de todos los personajes, pueden bien pasar por una evocación de escenas que pasaron efectivamente en aquellos días.

Y luego, el sereno, con su canto monótono y repetido; las ruidosas riñas de la calle, que obligaban á las familias á encerrarse á la hora de la queda; el desparpajo audáz de San Bruno, el mayor de los Talaveras, formando contraste con la respetuosa serenidad de sus soldados; las actitudes de los patriotas ante la brutalidad ofensiva de aquel hombre, y, sobre todo, la inesperada y oportuna presencia de don Juan Pablo Ramírez, que se entrega á sus enemigos sólo por defender á Elvira Recalde de las profanaciones de su insolente perseguidor,—todas esas incidencias de ese segundo cuadro del drama del señor del Solar eran necesarias para que el público comprendiese cuál era la situación que San Martín venía á cambiar con su victoria.

En él la historia y la política dejan de ser el motivo principal del diálogo, teniendo los personajes acción y situaciones creadas por otros impulsos.

El público así lo reconoció, y fué pródigo en aplausos para su autor.

Sin embargo, nosotros tenemos que criticar al señor del Solar el medio empleado para hacer que San Bruno descubra la carta de San Martín.

Desde luego aquel brasero encendido en una noche de

verano,—puesto que la escena pasa á fines de enero de 1817,—hace sospechar al espectador, desde el primer momento, que debe tener un objeto importante en el desarrollo del drama. Cuando se ve á San Bruno recoger entre sus brasas los pedazos de papel quemado, se tiene que encontrar pobre y rebuscado el medio que el autor emplea para producir un efecto tan trascendental.

Me parece que la obra ganaría mucho si el señor del Solar modificase esta parte de su segundo acto, así como si abreviase la escena en que se hace la traducción de la carta, demasiado larga, inverosímil y casi innecesaria.

VI

Si el primer cuadro pinta con colores vivísimos y exactos á los patriotas militares y civiles argentinos, preparando la marcha del ejército de los Andes, y el segundo refleja la situación de los patriotas chilenos en los mismos momentos,—el tercero era indispensable en la obra del señor del Solar, para mostrarnos lo que pasaba en el gobierno realista, en la víspera de su estruendosa caída en Chile.

El triunfo de Rancagua había envalentonado á los españoles, que dormian sobre sus laureles, cuando supieron los aprestos de San Martin.

El señor del Solar, en su tercer acto, nos presenta el salón del mariscal presidente de Chile don Francisco Casimiro Marcó del Pont, y en todo el cuadro hace desfilar ante el espectador á los principales personajes

que le rodeaban ó estaban á sus órdenes en esos días. Si no aparece el brigadier Maroto,—acaso el más importante de todos aquellos,—en cambio se habla mucho de él, se le retrata con fidelidad al aparecer en escena su esposa, y se le recuerda al final, al hablar de la batalla en que fué vencido.

Es por el desarrollo que lleva este acto tercero, y por la aparición sucesiva de sus intérpretes, que el público sabe que no es sólo San Martin quien amenaza, en esos momentos, á Marcó del Pont; sino que, además, existen complots en Quillota, en San Felipe y en el mismo Santiago; que las proclamas de San Martin y de O'Higgins á los chilenos se circulan con profusión, incitándoles al levantamiento; que la Logia Lautaro está en acción constante; que en los mismos conventos se conspira, no obstante la vigilancia y los castigos del Patre Zapata,—aquel que llamaba *Martín* á San Martin, y á quien éste llamó *Pata*, quitándole también la primera silaba de su apellido;—que una escuadra insurgente ha doblado el Cabo de Hornos; que los destacamentos españoles de la Guardia Vieja han sido sorprendidos y derrotados por fuerzas patriotas que ya vienen sobre Chile,—pero no por el Planchón, por el sud, como Marcó creía, sino por el norte,—se sabe, finalmente, que, indeciso y pusilánime el mariscal presidente, manda preparar su calesa para huir, como efectivamente lo hizo.

Para presentar en escena tantos acontecimientos, el señor del Solar hace que se sucedan los personajes, - militares todos,—que van trayendo las noticias; y, como es natural, si bien el cuadro es necesario á la obra, resulta monótono porque es siempre la misma escena la

que se reproduce,—un portador de malas noticias,—que, por más que cambie de uniforme y de individuo, no logra conmover al público, que desea ver el desenlace de la trama dramática, representada por Elvira presa y su amante fugitivo.

El autor de «Chacabuco» ha podido conservar toda la parte histórica de este acto,—que tan admirablemente refleja la situación angustiosa de los realistas de Chile en los primeros dias de febrero de 1817, en que pasa la escena,—dándole á ésta más movimiento dramático, ya fuese haciendo que Marcó conociese la mayor parte de esas noticias, y se refiriese á ellas al dar órdenes y discutir medidas de guerra,—lo que le permitiria dar mayor vida y animación á ese personaje,—ó ya fuese adoptando otros medios para enterar al público de lo que debe saber.

Yo sé bien,—y mejor lo debe saber el señor del Solar,—que hay anacronismos en hacer aparecer en febrero de 1817 personajes que vienen á enterar al mariscal presidente de acontecimientos que, algunos de ellos, se habian producido algunos meses antes. Sin embargo, no creo que el autor de «Chacabuco» ha incurrido en falta por aceptar ese convencionalismo que, segun la defensa con que Victor Hugo precede su drama histórico «Cromwell», «es un derecho del poeta».

El creador del drama histórico,—y acaso del *drama moderno* en todas sus formas, como intermedio entre la «tragedia», en que solo hablan los dioses y los héroes, y la «comedia», en que sólo figuran los burgueses;—el creador del drama histórico, decia, es, seguramente, Sha-

kespeare, siendo Calderón de la Barca el genio que le sigue en ese camino.

Victor Hugo, Alejandro Dumas, Alfredo de Vigny, Próspero Mérimée, en Francia, en «Le roi s'amuse», «Lucrecia Borgia», «Ruy Blas», «Caligula», «Marechal D'Ancre», «Jacquerie» y otros dramas históricos, no han respetado la historia en sus detalles, al extremo que han aceptado estos convencionalismos, necesarios para conservar el interés de la pieza dramática.

Schiller y Scribe lo han hecho también, y,—para no presentar más que un ejemplo,—basta citar la entrevista entre María Estuardo é Isabel de Inglaterra, que forma una de las mas bellas escenas de la tragedia «Marie Stuard», siendo asi que, históricamente, esas dos reinas jamás se vieron.

En el teatro es indispensable dejar al poeta y al autor en prosa cierta libertad de pensamiento y de acción, para imaginar situaciones y trasponer episodios, siempre que pertenezcan á la misma época en que pasa la escena y en ellos hayan actuado los personajes que se hacen figurar.

El que da el ejemplo es el gran maestro: es Shakespeare mismo, que en «King Richard IV», le atribuye al rey la célebre frase:

«*A horse! a horse! My Kingdom for a horse!*

palabras que nunca pronunció el monarca; y en «Hamlet», hace figurar á San Patricio y al cómico Yorik, que no habían siquiera nacido en la época en que aparece el príncipe de Dinamarca.

El señor del Solar no puede, pues, ser criticado por esos pequeños anacronismos del tercer acto que, como lo

he dicho, es necesario, y ligeramente corregido, puede llegar á producir en el público tanto entusiasmo como el segundo.

VII

El último cuadro se desarrolla en el momento en que el ejército de los Andes ha vencido en Chacabuco.

Los dispersos llegan y entre ellos un sargento hace una descripción del encuentro y la derrota, que es una pieza breve pero magistral. Literariamente juzgado ese parlamento, es acaso el trozo más bello y perfecto del drama.

Sin que tenga nada de semejante con ella, su estructura, su virilidad y su fuego, me trajeron á la memoria la famosa carga de caballería descripta por Zola en la *Débacle*...

Respetando la verdad histórica, el autor ha tenido el talento de presentar en la escena, perfectamente caracterizados, el valor y la hidalguía de los realistas, que combatian por su patria y por su rey; y, en el momento mismo en que necesita describir la batalla que da nombre á la pieza,—«Chacabuco»,—en vez de poner esa descripción en los lábios de un patriota,—de Manuel Rodríguez, por ejemplo,—ha tenido la feliz inspiración de hacer hablar á uno de los héroes vencidos, al sargento Villalobos, uno de los Talaveras, que describe el combate entre sollozos é imprecaciones.

Y aquel trozo magistral de literatura; aquella condensación, en una página, de todos los episodios de una de

las batallas más trescendentales, por sus efectos, durante la guerra de la independencia; aquella descripción dicha así, en el momento mismo de la derrota, no ofende á los españoles que escuchan el relato, porque del Solar ha tenido la hidalguía de repartir la gloria de la pelea por igual entre ambos combatientes...

Con el triunfo de San Martín, viene Manuel Rodríguez, el amante, y la consiguiente libertad de Elvira y todos los presos, y el drama concluye entre vítores y vivas á la patria.

En cuanto á este cuarto cuadro sólo necesito agregar que es un final hermoso, que completa el pensamiento del autor y su propósito al escribir el drama.

La pieza comienza con los aprontes del ejército de los Andes y termina con su victoria en Chacabuco. ¡Era lógico que sucediera!

Sobre el juicio imparcial de los críticos honestos; sobre la critica apasionada de los que juzgan una obra sin estudiarla y profundizarla, y, finalmente, sobre la indiferencia de aquellos á quienes no interesa ni el teatro, ni la literatura, ni acaso la patria misma;—sobre todo esto, decía, hay un criterio anónimo, inédito, inarticulado, si se quiere, pero apreciable siempre: el criterio del público.

El teatro Victoria, desde la noche del estreno de «Chacabuco», no ha quitado del cartel la pieza, dando á veces dos funciones, de tarde y de noche, y, á pesar de esta repetición, la sala ha estado siempre completamente llena; siendo un detalle halagüeño para el autor, y satisfactorio para los que amamos los recuerdos grandes,

que, entre la concurrencia, se ven muchos, muchísimos niños de nuestras familias más distinguidas, que van á aprender la historia patria en los cuadros de «Chacabuco», y que, entusiasmados y conmovidos, aplauden y aclaman al autor, mientras las matronas sienten humedecerse los párpados por la lágrima próxima á derramarse.

Ese es el mejor juicio de la obra.

LUIS V. VARELA.

DE NICOLÁS AVELLANEDA

(Catedrático de Historia Nacional)

Buenos Aires, Agosto 12 de 1906.

Mi distinguido del Solar:

Le debo una grata emoción y me apresuro á pagársela, haciéndole llegar mis sinceros aplausos.

Su *Chacabuco*, al evocar digna y hermosamente los más grandes días de nuestra epopeya, levanta el espíritu y abre el corazón á las más intensas satisfacciones del patriotismo.

Hay en su drama fidelidad histórica en el despliegue de la acción y caractéres de sus personajes; justicia distributiva, al acentuar con razgos simpáticos la bravura Española y envolviendo fraternalmente en la misma apoteosis á Chilenos y Argentinos, como fraternizaron en los campos de batalla; y sin duda se advierte también dominio completo de los más eficaces recursos escénicos, que Vd. sabe aprovechar para mantener viva la atención y dar vigor y lucimiento á sus cuatro actos.

Chacabuco hace, pues, honor á su talento, á su vocación de intelectual y de estudioso, y despierta en el pú-

blico recuerdos que enseñan y estimulan, generadores de heroismo y abnegación patriótica, tanto más reclamada y saludables en países como los nuestros de crecimiento inmigratorio y de febriles actividades.

Respondiendo á esta convicción, he recomendado la asistencia á su drama á los jóvenes alumnos del Colegio Nacional Central, á quienes dirijo y acompaño en sus estudios históricos, en la seguridad de que han de agradecerme la hora bien empleada, quizá sustraída á diversiones frívolas ó á la lectura enfermiza, que tanto seduce á las inteligencias adolescentes, de esos surtidores de folletines en el *zócalo* de los grandes diarios.

Completaré mi propósito, recogiendo mis impresiones y me prometo el placer de hacerle conocer á Vd. con la misma franqueza y amistosa satisfacción que le reitero mi personal aplauso.

NICOLÁS A. AVELLANEDA.

DE BELISARIO ROLDAN

Mi distinguido amigo: No puede Vd. imaginar el júbilo con que adhiero á su gran victoria. He gozado una alta emoción, de esas que sugieren la necesidad de agradecer. Gracias, pues... El «Chacabuco» de la escena importa un triunfo como el Chacabuco de la historia. Vd. ha hecho obra de arte, en el buen concepto, casi inaccesible. ¡Así se triunfa! Drama el suyo en el que campea una sorprendente honestidad de recursos, tanto más encomiable cuanto que el tema induce al uso abusivo ó al menos abundoso. Acaso su noble trabajo me inspire una página pública: entre tanto mis dos manos, rojas de aplauso, estrechan las suyas de la manera más efusiva, y llévenle estas líneas la expresión de todo mi pláceme con las seguridades de mi amistad y simpatía.

BELISARIO ROLDAN (hijo).

DE LÚCAS AYARRAGARAY

Mi distinguido amigo:

El lúnes tuve el placer de asistir á la representación de «Chacabuco». La impresión que recibí la primera vez cuando tuve el placer de acompañarle, se ha robustecido en una opinión definitiva.

Su drama histórico es sencillamente magnífico; tiene cuadros de intensa emoción y de gran interés dramático. Hay vida y luz y calor en él, y con feliz ingénio restituye usted la fisonomía de una generación, al penetrar en el corazón mismo de la época.

«Chacabuco» tiene escenas de mucho relieve y expresión al poner en evidencia el realismo dramático de nuestra historia.

Inicia usted con éxito el drama histórico, género que en nuestro país no se había cultivado sino imperfectamente, con ensayos tan embrionarios que apenas si hay de ellos recuerdos.

Lo felicita pues sinceramente y lo saluda con toda consideración S. S.

LÚCAS AYARRAGARAY.

DE LOS JEFES Y OFICIALES

DE LA

ESCUELA DE CABALLERIA

Los *Jefes y Oficiales de la Escuela de Caballería* felicitan calurosamente al distinguido escritor dramático señor D. Alberto del Solar por su hermosa y patriótica composición militar *Chacabuco*.

Buenos Aires, 6 de Agosto de 1906.

« LA NACIÓN »

Teatro Victoria — « Chacabuco »

El autor de esta obra, representada anoche en el teatro Victoria, debe ser juzgado con severa imparcialidad Don Alberto del Solar no es un meritorio. Su labor determina una tendencia y define una personalidad. Ha escrito alrededor de veinte tomos, recorriendo las materias más opuestas: ensayos históricos, crítica literaria, filologia, política internacional, novela, teatro, y en el teatro mismo ha ensayado géneros distintos: el drama de intriga en «El Faro» y el drama psicológico en «El doctor Morris».

«Chacabuco» marca una nueva etapa. Pero no es propiamente un drama histórico. Adviértase que al precisar la clasificación no hacemos depender de ella la excelencia del drama en sí. «Chacabuco» agrupa episodios de ambiente histórico: funda todo su desarrollo en una acción de historia militar, sin hacer de ella misma el personaje directo del drama. Esta observación puede simplificarse recurriendo á un ejemplo gráfico. El nos

dará la equivalencia exacta. Figuráos uno de esos lienzos que reproducen episodios de grandes batallas. En el fondo, apenas perceptibles merced á la indeterminada vaguedad de los colores, masas confusas arrolladas en la refriega. De vez en cuando, descubris aquí y allí una que otra figura característica; pero su conjunto solo sirve de complemento al episodio detallado del primer plano, debido exclusivamente á la inspiración del artista. Dad al cuadro proyecciones panorámicas, multiplicad los episodios y tendréis una idea bastante exacta de «Chacabuco», en cuanto á procedimiento. El drama se desarrolla en el fondo, ó fuera del panorama. Dijérase que Alberto del Solar cuenta con la imaginación del espectador para completar la unidad del conjunto. Los recursos empleados resultan sugerentes, no cabe duda. A menudo evoca con brillantez las situaciones de sus escenas. Parece como que vamos á ver resurgir toda una época. Pero el autor nos distrae luego con nuevos elementos, sobrepujados por episodios que vienen á incorporarse á la acción de una manera fragmentaria. Esto impide que algunos personajes tengan mayor relieve, mayor vida. Con el lugar de la escena, don Alberto del Solar substituye también los elementos de cada acto.

....

«Chacabuco» inicia su acción en diciembre de 1816. Nos hallamos en el campamento de Mendoza, al pié de la cordillera. Asistimos á los trabajos preliminares para emprender el paso de los Andes, uno de los hechos más sorprendentes de la historia militar del mundo, segun Pablo Montegazza.

(Aquí la exposición del acto).

.. ..
....

Hay en todo este cuadro una probidad histórica digna del mayor aplauso. Dijérase que el espíritu mismo de San Martín palpita en él. El dramaturgo consigue su objeto en absoluto. El entusiasmo patriótico, el fervor ambiente, resaltan hasta en los detalles secundarios. La acción escénica es simultánea; hay movimiento, resultando de todo ello un acto expositivo lleno de vivo interés dramático.

En el acto segundo, se traslada á Santiago de Chile el lugar de la escena. Nos hallamos en casa de doña Juana Muñóz de Recalde, patriota chilena.

(Aquí la exposición del acto).

....
....

El tercer acto es eminentemente episódico.

Estamos en el palacio de gobierno del mariscal presidente de Chile, don Casimiro Marcó del Pont. Tras breves escenas preparatorias, vemos refluir alli toda la acción interior de los acontecimientos. Las noticias alarmantes se suceden. La propaganda revolucionaria llegó á extenderse hasta los monasterios. El pueblo, sobrecogido, se amotina. Se asegura que el ejército de San Martín ha batido á las tropas realistas.

(Continúa la exposición del acto).

....

El mariscal de Chile, sin embargo, consigue aplacar los temores de la población... y se prepara á la fuga.

El cuarto acto se desarrolla en la noche de Chacabuco, en el tajamar de Santiago. La acción dramática es aquí concitada, intensa. Custodiadas en su propia casa, convertida en cárcel, vense á doña Juana y á Elvira Recalde. La horca está junto á ellas, para ser ejecutadas al amanecer.

.....

.....

El sol irradia de pronto. Sus rayos iluminan una nueva era. A lo lejos, entre sus resplandores divísase desfilar el ejército de los Andes.

.....

«Chacabuco» fué aplaudido con entusiasmo por el público que llenaba completamente la sala, llamándose á escena al autor á cada final de acto. Esta obra de don Alberto del Solar ha sido presentada como ninguna de nuestros teatros nacionales, suntuosa y profusamente. Decorado, moblaje, indumentaria, todo se ha dispuesto con propiedad pasmosa.

De la interpretación, en general muy ajustada, nos ocuparemos oportunamente

«EL DIARIO»

VELADA TEATRAL

«CHACABUCO»

Drama histórico en cuatro actos de Alberto del Solar representado anoche en el teatro Victoria.

Ha sido un éxito. Pocas veces, y aun somos generosos, hemos presenciado un entusiasmo igual al que animaba anoche el enorme público que llenaba el viejo teatro Onrubia. Más que concurrencia de un estreno parecía aquello rumorosa asistencia de conferencia política, bien y noblemente dispuesta á todas las exaltaciones del patriotismo. Ambiente lucido, en que predominaba el elemento femenino social que tiene el buen gusto de honrar estas solemnidades y en el que se destacaba la nota simpática de los uniformes militares.

.....No vamos á relatar el argumento de la obra del Sr. del Solar. Todos los colegas de la mañana lo hacen, algunos con una extensión y prolijidad que no deja para el lector ni un grano de curiosidad en el tintero. La crónica sería inoficiosa en este punto, y este es el motivo que nos lleva á entrar de lleno al asunto que, como se sabe, arranca desde los preparativos expedicionarios de

la cruzada libertadora del general San Martín, en Diciembre del año 16, hasta la entrada victoriosa del ejército argentino en Santiago de Chile en Febrero del siguiente año. La epopeya de los Andes que como las de Aníbal y Napoleón en los Alpes constituye para nuestra historia, como para la historia del mundo, una de las mas elocuentes y admirables paginas del genio militar,—capaz de revolver la tierra cuando una gran idea de libertad lo inspira,—vibra en los episodios y escenas electrizantes del drama representado anoche, y por cuyos cuatro actos, desde el campamento mendocino en que se sienten las primeras palpitaciones del memorable hecho á realizar hasta las dianas triunfales que estremecen los corazones y condensan, en sus ecos de bronce, el himno colosal de Chacabuco, corre el espeluznante escalofrio de la inmortal hazaña acometida por el gran capitán americano.....

.....

Del Solar ha hecho obra con «Chacabuco». No analizaremos la calidad psicológica de las frenéticas ovaciones que saludaban al autor é interrumpían incesantemente las culminantes acciones del drama. Constatamos el hecho y reivindicamos para del Solar el éxito innegable de su pieza histórica.

.....

.....

Pueden hacerse algunas críticas al señor del Solar, pero esas serán pocas y dependientes siempre del mérito general.

En el segundo acto, por ejemplo, la escena de la ven-

tana entre Manuel Rodríguez, el patriota chileno, y su amada Elvira Recalde. Falta allí un soplo de ternura, siquiera un beso que acerque, más que la comunidad del peligro que comparten, esas dos almas enamoradas.

El mismo final del cuarto acto, en las escenas que anteceden á la apoteosis, requiere más vigor descriptivo. Predomina allí con demasiada insistencia el episodio de la buhonera doña Chepa.

Pero esto no significa nada. Son detalles.

. . . . . .

En resumen: un estreno ruidoso, un drama que no caerá del cartel por mucho tiempo y un gran paso adelante del autor don Alberto del Solar.

«EL TIEMPO»

Con una sala brillantemente concurrida, sin que se encontrara una sola localidad desocupada, se estrenó anoche en el Victoria la nueva producción de D. Alberto del Solar, « Chacabuco », alcanzando el triunfo ámplio é indiscutible que predecíamos ayer al ocuparnos de la obra.

La compañía Muñoz la interpretó inteligentemente, haciendo resaltar sus méritos literarios. En conjunto fué

un éxito grandioso, descollante en la vida embrionaria de nuestro teatro nacional.

El estreno de « Chacabuco » merece especial atención y para hablar de él hay que destinarle un buen lugar aparte. Así lo haremos en otro número.

Hoy se repite « Chacabuco ».

«EL DIARIO ESPAÑOL»

VICTORIA

El estreno de anoche—« Chacabuco », drama histórico en 3 actos, original de don Alberto del Solar

Con la sala rebosante, sin que en piso alguno del teatro, de la platea al paraíso, hubiese una localidad desocupada, se estrenó anoche el drama histórico «Chacabuco», original del distinguido escritor D. Alberto del Solar, que acaba de rendir su prueba decisiva como autor dramático.

El éxito de anoche tan franco y legítimo; tan sin reservas, sancionado por todo el público, lo mismo el que tamiza la obra como crítico ilustrado que el que la califica por efectos é impresiones del momento, dan defini-

tivamente á del Solar el título de autor dramático de primera fila, tan empeñosa y noblemente conquistado en persistente labor, de cuyas alternativas lo arranca triunfalmente.

Otra noble cualidad ha puesto el señor del Solar de relieve en su obra: el finísimo tacto y la hidalga delicadeza que permite que nosotros, españoles intransigentes en cuanto con nuestro decoro nacional se relaciona, podamos aplaudir lealmente una obra en que se rememora los últimos momentos de nuestra dominación política en Chile.

Otro autor menos justo y de menos talento hubiera buscado los fáciles efectos de denigrar no solo al enemigo, sino también á su patria y su bandera, procurando excitar, no el patriotismo sano sino el perjudicial patrioterismo, por medio de odios colectivos, de choques de pueblos. Del Solar, por el contrario, deslinda admirablemente el concepto nacional del ambiente político y presenta el hecho histórico, con la serenidad de juicio que da á las obras no la efímera vida de una agitación pasional, sino la perdurable consagración en el terreno del Arte.

La descripción de la misma batalla, puesta genialmente en labios de un soldado de Talavera, no con los ardimientos del vencedor sino con la desesperada sumisión ante el destino de un héroe vencido, acaba de dar idea de cuánto, en este punto tan esencial para nosotros, ha puesto el señor del Solar, de hidalguia y de talento.

Después de esta impresión general que nos produce el estreno que de presenciar acabamos, juzgando la obra literaria y teatralmente, diremos francamente que encon-

tramos ser el primer acto un hermoso cuadro militar admirablemente presentado, correspondiendo en él tantos aplausos como al autor al escenógrafo y al director de escena, pues resultó perfecto en su complicadísimo manejo de figuras y escenas. El segundo acto es dramáticamente el mejor de la obra y sería su digna continuación el tercero si algunos parlamentos y escenas fueran aligerados.

El cuarto acto nos resulta el más flojo solamente animado por el relato de la batalla á que antes hacemos referencia, y que fué muy bien dicho por el actor que tiene este papel á su cargo.

Este acto podría animarse mucho escénicamente, poniendo más gente al final en la invasión de los vencedores.

No destacaremos especialmente á ninguno de los intérpretes porque todos estuvieron muy bien dando á la obra el más excelente conjunto, hasta el punto de atrevernos á asegurar que jamás en Buenos Aires, han contribuído tanto los actores con su desempeño al éxito de una obra nueva.

Esto unido al positivo mérito de « Chacabuco » ha hecho indudablemente que el éxito sea tan completo como lo señalamos.

El señor del Solar fué llamado á escena más de veinte veces.

«SARMIENTO»

Queda unánimemente proclamado como acontecimiento teatral y social, el estreno del drama histórico *Chacabuco* de que es autor el tan conocido como distinguido escritor Don Alberto del Solar, efectuado anoche por la compañía Muñoz.

Las vinculaciones sociales del autor, su bien adquirida fama de hombre de letras, su delicado gusto artístico, el hecho culminante de la historia de la emancipación americana elegido para llevarlo á la escena, el valioso decorado con que había de representarse y la dedicación especial de la compañía Muñoz al estudio de la obra, fueron motivos más que suficientes para que el teatro se llenara de concurrencia distinguidísima.

Por hoy nos concretamos á señalar el gran éxito obtenido en el estreno, reservándonos para después la crítica serena que nos proponemos hacer de la obra, oportunamente.

El señor del Solar fué llamado á la escena más de veinte veces, y compartieron con él los aplausos, los artistas señora Olona, señor Muñoz y demás de la compañía cuyo conjunto ha sido notable.

« EL MERCANTIL »

(Rosario)

Teatro Olimpo — « Chacabuco »

Precedido de éxitos obtenidos en el Victoria de Buenos Aires, subió anoche á la escena del Olimpo ese drama histórico, del que es autor el señor Alberto del Solar.

La sala del viejo coliseo presentaba un buen golpe de vista por su selecta y abundante concurrencia.

Bien trasportado á la escena el asunto heroico, y perfectamente interpretado por los artistas de la compañía Muñoz, el público experimentó las emociones inherentes al género y expresó sus entusiasmos en vehementes aclamaciones.

La lucha titánica de Chacabuco, que marca una de los capítulos más gloriosos de la historia patria, parece revivir en el desarrollo del drama de del Solar, tal es el movimiento escénico y la caracterización de los actores de la epopeya.

El último acto donde se evidencia el triunfo de las fuerzas argentinas contra los Talaveras, la aparición del sol radiante ante el cual se descubren los vencedores, el toque de las dianas, el repique de las campanas, todo

ese conjunto épico, grandioso, arrancó del público ovaciones delirantes.

La señora Olona en su papel de Elvira Recalde y el señor Muñoz en el de presidente Marcó del Pont, justificaron una vez más su reputación de artistas de nota.

Los demás actores muy discretos en sus respectivos papeles.

ACTO PRIMERO.

EL

CAMPAMENTO DE MENDOZA.

(Diciembre de 1816)

PERSONAGES DEL PRIMER ACTO.

MANUEL RODRIGUEZ
FRAY LUÍS BELTRÁN
Comandante MARIANO NECOCHEA
» R. ALVARADO
» CONDE
DON IGNACIO ZENTENO, (secretario general de guerra)
UN CORONEL DEL EJÉRCITO DE SAN MARTIN
FRAY FÉLIX ALDAO
UN CAPITÁN DEL EJÉRCITO DE SAN MARTIN
EL MOLINERO TEJEDA
UN OFICIAL ESPÍA ESPAÑOL
NEGRO GRANADERO N°, 1
» » » 2
» » » 3
COSTURERA DEL TALLER DE BELTRÁN N°. 1
» » » » 2
» » » » 3
» » » » 4
DOS HERREROS

FIGURANTES.

DON JOSÉ DE SAN MARTIN—DON BERNARDO O'HIGGINS—SOLER—LAS HERAS — CRAMER — MELIAN — ZAPIOLA — FREIRE — LAVALLE — O'BRIEN —PACHECO—PICARTE, soldados, herreros, reclutas, músicos, militares, etc.

ACCESORIOS.

Tres mulas, armas, aparejos, monturas, instrumentos de música militar; dos «zorras», *cureñas sui generis, con pequeñas ruedas bajas*, tres ó cuatro cañones de montaña, yunques de herrería, barras etc.

CHACABUCO

ACTO PRIMERO.

Al fondo, en lontananza, la Cordillera de los Andes, dorada en sus picos más elevados por el Sol que ya se inclina al poniente. Al pie de dichas montañas, la silueta serpentina y abrillantada del río Mendoza que desciende ondulando entre laderas hasta perderse tras la protuberancia de una colina á cuya base van á morir, confundidas con los pastizales, las tiendas más lejanas del campamento.

A la izquierda, en primer plan, y abierto hácia el público, el interior del GALPÓN-MAESTRANZA *del padre Luis Beltrán, donde se ven fraguas encendidas, yunques, hierro, armas, y una mesa, al rededor de la cual podrán sentarse hasta cuatro personas. Tendrá el interior del galpón dos puertas: una al fondo y otra á la derecha. Al lado de esta última una gran ventana con vidrios cuadriculares pequeños.*

En el segundo plan, y hácia el centro, campo abierto con algunas tiendas de campaña y ranchos embanderados, árboles, etc. Allí está el núcleo del Ejército de Los Andes, que con su material en formación,—parte en conjunto pintado en la tela y parte en detalle real—figurará ante la vista del espectador.

A la derecha, en primer plan, UNA GRAN TIENDA *de campa-*

ña, abierta hácia el público, en disposición simétrica con el galpón maestranza y lo más retirada posible hácia los bastidores para dejar espacio suficiente, entre ella y el galpón, á la perspectiva del campamento y á los ejercicios de los soldados.

Al levantarse el telón se vé por un lado (izquierda), y dentro del galpón-taller, á FRAY LUIS BELTRÁN, *ocupado en examinar unos papeles y unas muestras de bayetones sobre la mesa. Viste el sayal del religioso, sobre el cual se ha colocado un delantal de cuero para sus trabajos de herrería. Usa grandes anteojos protectores contra las chispas de las fraguas. Mientras trabaja, silencioso, Beltrán, dos obreros enrojecen barras de hierro dentro de la hoguera cuyos resplandores iluminan el interior del taller. Otros dos golpean á intervalos esas mismas barras, sobre el yunque, cada vez que sus compañeros se las presentan.*

CUATRO MUGERES *(una de ellas es negra) sentadas al rededor de la mesa, cosen para el Ejército carpas de lona y uniformes de paño y de bayeta.*

En el centro, y por el fondo del campamento, óyese de cuando en cuando el redoble de tambores y cornetas, todo muy apagado y distante. Luego, en primer plan, y siempre por el centro, vése á varios granaderos, entre los cuales hay dos «negros libertos», ocupados en limpiar sus fusiles, sables y caramayolas. Detrás de ellos, unos cuantos reclutas hacen ejercicio, dirigidos por un cabo ó un sargento. De tarde en tarde, y cuando el texto lo indique, sonarán toques prolongados y más próximos de clarín. Son las señales convenidas que el General en Gefe emplea para llamar á sus oficiales superiores, á medida que los va necesitando.

ESCENA I.

Dentro del galpón: FRAY LUIS; luego EL MOLINERO TEJEDA, LAS COSTURERAS, LOS HERREROS. Afuera, en el campamento: LOS GRANADEROS, negros y blancos.

Se oyen golpes por la puerta del fondo del galpón.

FRAY LUIS.

¡Adelante!

TEJEDA, entrando.

Buenas tardes, Padre Beltrán.

FRAY LUIS.

Por fin se le vé la cara, amigo Tejeda. ¡No marchan, no marchan sus batanes!

TEJEDA.

¡Cómo, que «no marchan» Fray Luís? Llevo ya entregadas más de mil varas de género.

FRAY LUIS.

Se necesitan mil más.

TEJEDA.

Ya vendrán Padre, no se impaciente su reverencia.

FRAY LUIS.

¡Los días vuelan!

TEJEDA.

El río ha traído poca agua hasta hoy; pero empieza á crecer y el molino funciona que es un contento. . . .

FRAY LUIS, siempre impaciente.

¡Tanto mejor! Pero es preciso que, no por atender á sus harinas, me descuide Vd. mis bayetas.

TEJEDA.

¡Es lo primero Fray Luís; es lo primero!

FRAY LUIS.

Tome sus retazos.

Dándole los que ha estado examinando.

Están bien. Hemos progresado algo. A otra cosa ahora. Vea amigo Tejeda: acérquese.

Se dirige con él á examinar el trabajo de las muchachas.

SARGENTO, afuera, á los reclutas que ejercita.

Un! dos. . . . ¡más derecho ese cuerpo. . . . ¡la vista veinte pasos al frente! ¡un! dos! ¡un¡ dos! . . . .

UNA VOZ, por el fondo.

¡Uno de guardia!

VARIAS VOCES, repitiendo.

¡Uno de guardia!

Toques de tambor lejano, y en redobles rápidos.

SARGENTO.

¡Alta la cabeza! Este (por uno de ellos) parece que hubiera nacido sin huesos! ¿Que no tiene huesos, recluta, que no se endereza? . . . ¡Un, dos! . . . ¡un, dos! . . .

Desaparecen por la derecha, para reaparecer poco después por la izquierda.

NEGRO 1°. del grupo que limpia fusiles y caramayolas, á sus compañeros.

Friegue, friegue, compadre; mire que mi general va á pasar prontito por aquí. . .

GRANADERO.

No le dé cuidado, amigo. ¡Ha de quedar reluciente como el sol de nuestra bandera el tiesto este! . . .

NEGRO 2°.

Lo que es por mi sable, no le temo á la inspección. . .

NEGRO 1º.

Ya saben lo que dijo mi General el otro día, cuando pilló á un soldado del once mirándose en un espejo de faltriquera: que no quería más espejos en el campamento que los de las latas de las caramayolas y los de las hojas de los sables. ¡Friegue, pues!

FRAY LUIS, á las muchachas.

Muy bien; pero ya lo saben, muchachas: no llevamos hecho todo el trabajo.

LA COSTURERA NEGRA.

¡Por mí no ha de fallar padre Beltrán!

COSTURERA 2ª.

Ni por mí tampoco.

FRAY LUIS.

Todo por la patria, hijas mías.

UN HERRERO.

Y por nuestro General.

TODOS.

¡Viva! . . .

COSTURERA 3ª, se pincha un dedo con la aguja.

¡Huy!

Lo sacude y luego se lo lleva á la boca y lo chupa.

LA COSTURERA NEGRA..

¡Las señoras mendocinas han dado sus prendedores y brillantes: bien podemos nosotras dar las llemas de los dedos! . . . ¡Viva la patria!

NEGRO 1°.

¿A quién vivarán allá adentro?

NEGRO 2°.

¡Qué nos importa! A algo bueno tiene que ser: vivemos nosotros también.

LOS DOS NEGROS.

¡Vivaaa!

FRAY LUIS. sonriendo.

¡Estos granaderos! Bien, amigos míos: (á sus obreros y costureras) aplaudo esos entusiasmos; pero, ya lo saben ustedes: el General pide hechos y no palabras. Y él da el ejemplo.

TEJEDA.

No hay duda. Dicen que trabaja como un negro. . .

LA COSTURERA NEGRA.

O como una negra. ¡Bien dicho! Ya veo que se hace justicia á nuestro color.

FRAY LUIS.

Almuerza y come de pie; está lleno de planos y de apuntes, todo lo ve y todo lo adivina; conoce la Cordillera como sus manos: no se le ha escapado una ladera, un río, un boquete sin anotar. El Ejército de los Andes quedará listo en muy pocos días más.

TEJEDA.

¿Y es cierto, padre Beltrán, (con aire misterioso) que se la está jugando de lo lindo al Presidente Marcó; que lo engaña como á un niño y que lo tirabuzonea como se le da la gana?

FRAY LUIS.

¡Esos son secretos de guerra, mi amigo Tejeda! En fin, ¡ya se verá! ¡Ahora, á trabajar!

COSTURERA 2ª.

Va obscureciendo ya bastante.

COSTURERA 4ª.

Pero tenemos el resplandor de la fragua. . .

LA COSTURERA NEGRA.

Si el padre me dejara, yo me amanecería aquí. Cuando pienso que nuestros valientes van á vestirse con el trabajo de nuestras manos, me pongo orgullosa como una rosa. . .

COSTURERA 3ª.

¡Y yo siento no ser hombre para enrolarme! . . .

UN HERRERO.

¡Pues con ir de cantinera!

COSTURERA 2ª.

No nos llevarían. Dicen que el General no quiere faldas en el ejercito.

TEJEDA, en tono galante.

Y hace muy bien, porque son peligrosas.

Con zalamería. . .

COSTURERA 4ª.

¡Está ya muy viejo, don Tejeda, para galantear!

FRAY LUIS.

¡Tiene razón la muchacha! ¡Piense en sus bayetas, señor molinero! ¡Bayetas y más bayetas!

TEJEDA, despidiéndose.

¡Terrible, terrible este padre Beltrán! . . . ¡querría alas para todo!

FRAY LUIS.

¿Alas? ¡Pues ya lo creo! Nuestro general me las ha pedido hasta para sus cañones. Las tendrá. ¡Pondré

plumas de cóndor á mis monstruos de hierro! . . . Volarán por encima de los Andes. . .

TEJEDA.

No me asombraría. Nada hay que no sea capaz de hacer Fray Luis Beltrán, el moderno Vulcano, como lo llaman, que en un abrir y cerrar de ojos nos ha fabricado de la nada mochilas, correas, monturas, zapatos. . .

UN HERRERO. interrumpiendo.

Sables, balas, cañones fundidos hasta con el metal de las campanas descolgadas de las torres de las iglesias.

COSTURERAS.

¡Bien dicho!

FRAY LUIS.

¡Vaya, vaya: no es para tanto! (á Tejeda). Hasta la vista, no perdamos tiempo en charlas inútiles.

Empujándolo familiarmente hácia la puerta.

TEJEDA, despidiéndose.

Adiós, pues.

FRAY LUIS, le grita.

¡Bayetas y más bayetas!

TEJEDA.

¡Terrible, terrible este padre Beltrán!

FRAY LUIS.

Se dirige silenciosamente á los herreros y hace como que habla con ellos.

NEGRO 1°, afuera, á un compañero.

¡El bayetero que sale! . . . ¡Adiós, don Tejeda! ¿Para cuándo los uniformes nuevos?

TEJEDA, pasando sin detenerse.

Para muy pronto. . . para muy pronto. . . Antes de la próxima luna. . .

NEGRO 2°, á un granadero.

¿No ve, hermano, como el plazo se acorta? ¡Lueguito, no más, les veremos las caras á los godos! . . .

Se oye, entre los golpes del yunque y el ruido lejano de tambores, un toque agudo y prolongado de clarín, seguido inmediatamente de otro breve.

NEGRO 1°.

¡Chit! Es mi general que llama á mi comandante Conde.

NEGRO 2°.

¿Un toque y un punto? Se equivoca, amigo: esa señal es para mi comandante Necochea.

GRANADERO.

Los dos se equivocan: yo les voy á enseñar como son los cornetazos: un toque solo es para mi mayor general Soler; un toque y un punto. . .

NEGRO 1°.

¡Bueno, basta, cállese! No nos va á nombrar á todo el ejército. . .

FRAY LUIS á los herreros.

Hay que dar á estas barras el punto que se requiere para su perfección. Vamos á templarlas con gran cuidado.

ESCENA II.

Los mismos. UN CAPITÁN (al cruzar éste el campamento dirigiéndose al taller, los soldados se ponen de pie y le hacen el saludo militar).

EL CAPITÁN, entrando en el galpón.

Buenas tardes, padre Beltrán. Vengo muy disgustado.

FRAY LUIS.

¿Y por qué?

Sin dejar el trabajo.

EL CAPITÁN, enfadado.

¡Porque la severidad y la escasez pasan aquí los límites de lo tolerable!

FRAY LUIS, suspendiendo, asombrado, su trabajo.

¿Cómo?

EL CAPITÁN, se sienta y enciende un cigarro.

Con usted se puede hablar, padre, porque es discreto y sabe razonar. . .

FRAY LUIS.

¡Al grano!

Volviendo á su trabajo.

EL CAPITÁN, bajando algo la voz.

¡Nos matan de hambre, y el general no nos escucha!

FRAY LUIS, cesando bruscamente de trabajar.

¿El General? ¡Cómo! ¿Hay quién murmure de él?

UN HERRERO.

¡No faltaría más!

EL CAPITÁN.

Volviéndose bruscamente hácia el herrero, le clava una mirada de enojo; luego se repone y continúa.

No es murmuración: es una simple queja. Las raciones son escasas, el sueldo no alcanza para sostenerse. He

encabezado una solicitud firmada por tres de nosotros, pidiendo por conducto regular y con todo respeto un pequeño aumento de ración, y he aqui la providencia puesta al margen. (Indicando el papel.) Es de puño y letra del mismo General en Gefe. Léala, padre.

FRAY LUIS, leyendo.

«Extráñese el desahogo con que aspiran los suplicantes á gravar al Estado en medio de las apuradas urgencias públicas, cuando la patria necesita del sacrificio de todos sus hijos. Devuélvase».

CAPITÁN.

¡Devuélvase! ¡Sin más trámite ni mejor razón!

LA COSTURERA NEGRA, con vehemencia.

¡Muy bien hecho!

COSTURERAS 2ª, 3ª y 4ª.

¡Es claro!

CAPITÁN.

¡Cómo, «muy bien hecho»! . . . (Enfadada.) Y, por lo demás, ¡callen el pico las mujeres, que no entienden de estas cosas! . . .

COSTURERA 1ª, picada, tira la costura y se planta en jarra.

¿Que no entendemos? Vea, señor capitán: de seguro que usted no ha de tener sangre pura de criollo en las venas, cuando así habla! . . .

FRAY LUIS.

¡Vamos, vamos, Barbarita! No hay que propasarse en el lenguaje.

COSTURERA 1ª.

¡Yo no me propaso! Pero cuando veo que un oficial del ejército de Los Andes se queja porque cree que no gana bastante, me pregunto ¿qué diría ese caballero si se encontrara en el lugar de nosotras—¡las mujeres!—esas mujeres que tanto desprecia—trabajando de sol á sol, en coser lona para resguardarlo á él, y en pespuntar paño para vestirlo; trabajando, trabajando hasta no tener ya ojos con que ver ni dedos con que enebrar la aguja; y todo ello de valde ¿lo oye? sin más pago que la satisfacción y el honor de servir á la patria! . . .

HERREROS, aplaudiendo.

¡Bravo!

COSTURERAS, aplaudiendo.

¡Bien dicho! . . .

FRAY LUIS.

Muy merecido, sin duda, capitán. Los tiempos no son para exigencias.

Se oye afuera el toque vibrante del corneta de San Martín: cuatro toques largos y un punto.

FRAY LUIS.

Chit. . .

Contando los toques.

Uno! . . . dos! . . . tres! . . . cuatro! . . . un punto! . . .
Ese toque es para mí. ¡Mi general me llama! . . .

Se saca rápidamente el delantal de cuero y los anteojos para fragua y sale precipitadamente.—En ese mismo instante entra, con igual precipitación, por la misma puerta, dándose un encontrón con Beltrán, FRAY FÉLIX ALDAO.

ESCENA III.

Los anteriores — FRAY FÉLIX ALDAO.

ALDAO, al darse el encontrón con Fray Luis.

Perdone su paternidad. ¿Dónde va tan de prisa?

FRAY LUIS.

Me llama mi general, Fray Félix. Pero pase su reverencia, adelante. Volveré al punto.

ALDAO.

No se demore: tengo que darle una noticia que le sorprenderá.

FRAY LUIS.

Está bien, Padre.

ALDAO, entra en el taller muy contento.

Buenas tardes todos!

COSTURERA 2ª.

¡Fray Félix Aldao!

ALDAO.

Salud niñas. Veo que se trabaja bien. Salud mi capitán, es decir, salud mi colega.

CAPITÁN.

¿Cómo, «mi colega», señor Capellán?

ALDAO.

¿Capellán? se acabó! «Colega», como suena! Desde hoy soy teniente de granaderos á caballo.

Se abre el hábito y deja ver bajo él, el uniforme militar que lleva puesto.

COSTURERA 3ª.

No embrome Padre Aldao. ¿Entónces va á colgar el hábito?

ALDAO.

Me estorbaba para pelear.

CAPITÁN.

Luego ¿es cierto lo que han dicho: que peleó el otro día con el enemigo?

ALDAO.

Peleé.

Movimiento de atención de parte de los herreros que dejan el trabajo y rodean á Aldao.

Pero venga un trago antes: estos fogones secan la garganta.

CAPITAN.

Aquí hay vino.

Saca una botella que se hallará cercana, y un vaso, y sirve vino á Aldao.

¡Beba!

ALDAO, bebiendo.

¡De rechupete! ¡de pura uva de esta tierra!... Ahora, oígan como fué.

HERRERO.

¡Cuente, cuente!

Todos lo rodean.

ALDAO.

Recordarán ustedes la salida que hicimos el otro día para explorar los boquetes de la Cordillera.

COSTURERAS.

Sí, sí. . .

ALDAO.

Bien. Yo iba, como también lo saben ustedes, de capellán de la partida. De repente, por un lado, detrás de unos montones de rocas, al caer de la tarde, apareció á nuestra vista el rancherío de una guarnición española. Divisarla y lanzarnos sobre ella fué todo uno. ¡Qué entrevero! Los godos, que son bravos, resistían como lobos cuando los acosan perros. Pero nuestros granaderos sableaban, acuchillándolos de lo lindo. A mí me hormigueaba la sangre. Veía bien claro que si aquello duraba poco tiempo más no podría contenerme. . .

COSTURERA 4ª.

¿Usted? ¿Un padre? . . .

ALDAO.

¡Un padre! ¿Y qué? ¿Acaso los padres no tenemos patriotismo como los demás? Cayó muerto el quinto de nuestros granaderos y me le eché encima.

CAPITÁN.

¿Al granadero?

ALDAO.

Al granadero. Pero para recoger su sable y apoderarme de su caballo. . .

COSTURERA 1ª.

¡Jesús!

COSTURERA 3ª.

¡Qué horror!

ALDAO.

Los instintos de mi vocación verdadera me habían impulsado á apoderarme de aquella arma vengadora ... La cabeza me ardía como un volcan y al sacudirla en medio de la refriega sentía como si el círculo de humildes cabellos que la rodeaban se trocara de repente en altiva corona de triunfo! El laurel del soldado! el laurel del soldado...! eso es lo que ambiciono! Ahora soy teniente de granaderos á caballo.

CAPITÁN.

¿Y cómo?

ALDAO.

Por este despacho.

Saca del hábito un papel.

CAPITÁN.

A ver. (Después de examinado). Es cierto: está en regla. La firma de don José de San Martín. Pero ¿cómo consintió el general?

ALDAO.

Al principio se resistió y no quiso ni escuchar mi pedido, hecho por intermedio de mis jefes. Solicité entonces hablar con él y me recibió. Padre, me había dicho ya mi coronel Las Heras, cada uno en su oficio: á su paternidad el breviario, á nosotros la espada...

COSTURERA 2ª.

¡Muy justo!

ALDAO.

Pero argumenté tanto, después, á mi General, le hice ver de tal modo que yo no tenía vocación,—mi padre me había metido por fuerza á un convento, yo quería ser militar, tanto hablé y probé que, por fin, me contestó mi General: «Tal vez tenga usted razón: más vale un soldado de verdad que un capellán de mentira».—Y me dió el despacho.

CAPITÁN.

Lo felicito.

Le extiende la mano.

COSTURERA 1ª.

Yo, nó.

COSTURERA 2ª.

Ni yo tampoco. No me gustan los renegados.

COSTURERA 3ª.

Ni á mí.

COSTURERA 4ª.

Ni á mí.

Aldao se encoje de hombros y se echa otro trago.

ALDAO, *Al capitán.*

¡Cosas de mujeres!

CAPITÁN.

En efecto; así lo pienso también yo.

ALDAO.

Desde hoy soy teniente. ¡Venga un segundo trago!

Bebe; luego pasa el brazo por entre el de su camarada el capitán y le dice:

¡Ola, compañero, mire!

Le indica la ventana.

Allí se aproximan á comunicar á la oficialidad la orden del día para mañana. Venga conmigo; oirá algo bueno!

Lo arrastra hácia afuera por la puerta del fondo.

HERRERO, volviendo á su trabajo.

¡Loco de atar!

COSTURERA 2ª.

¡Y renegado! Bah! no me gusta ya ese hombre!

COSTURERA 1ª.

Ni á mí tampoco. . .

En ese momento un oficial de grado superior hace tocar llamada por un corneta, para reunir á los capitanes ayudantes de cuerpos, los cuales avanzan de distintas partes y, formando «rueda» en el centro, se preparan á tomar nota de la «orden del día» para la mañana siguiente.

ESCENA IV.

Los mismos.—UN JEFE Y CINCO CAPITANES.

EL JEFE, al corneta.

Toque llamada para anotar la orden del día de mañana.

El corneta toca. Aparecen los oficiales, etc. Leyendo:

«Orden del día 16. Primero: Reconocido ya por brigadier de este ejército con letras de servicio el señor don Bernardo O'Higgins, tres granaderos más, y un cabo, harán la guardia de dicho señor brigadier. Segundo: se reconocerá también como teniente de granaderos á caballo á Don José Félix Aldao. . .

ALDAO, saliendo de repente de entre los soldados, aparece vestido de riguroso uniforme militar. Hace la venia y dice:

¡Presente!

EL JEFE, continuando la lectura de la orden del día:

«Con motivo de haber ahora luna, lo que da ocasión á que se prolonguen por mayor tiempo los ejercicios, se harán éstos hasta las nueve de la noche, hora á la cual tendrá lugar la retreta. El toque de silencio será á las diez».

El grupo se disuelve militarmente y se retiran Aldao y los oficiales.

ALDAO.

¡Teniente! ¡Soy teniente!

Desaparece por la derecha.

NEGRO 1°. con su caramayola que acaba de limpiar.

¡Como si fuera de plata!...

NEGRO 2°.

Y éste (por el fusil) parece un tubo de cristal!

El campamento sigue desplegando poco á poco su movimiento rumoroso y continuo de soldados; pero sin gran agitación aún, y según las necesidades de la acción. En ese momento aparecen por el fondo, dirigiéndose hácia la tienda de campaña, situada á la derecha, en primer plan, y abierta hácia el público, NECOCHEA, CONDE y ALVARADO. Penetran en ella. Va á celebrarse allí un consejo de guerra verbal para juzgar à un espía español, á quien traen custodiado dos granaderos. El grupo avanza hácia la tienda, y una vez allí, toman asiento los jefes que forman el tribunal militar. El reo permanece de pie, entre sus dos guardianes, en actitud resuelta y severa. Se cruza de brazos y aguarda.

ESCENA V.

El Tribunal Militar (NECOCHEA, CONDE y ALVARADO, EL REO, LOS SOLDADOS DEL CAMPAMENTO).

NEGRO 1°.

Que limpia todavía su fusil, al ver avanzar el grupo:

El Consejo de Guerra va á reunirse ya.

Indica la tienda.

UN GRANADERO.

Preside mi comandante Necochea. ¡Con ese no hay que jugarse!

NEGRO 2°, limpiando su caramayola.

¡Ni con mi comandante Alvarado tampoco!

OTRO SOLDADO.

Y á mi comandante Conde ¿dónde me lo dejan?

ALVARADO, dentro de la tienda, dirigiéndose á Necochea:

Procede, señor Presidente, tomar al reo confesión con cargos.

NECOCHEA, al reo.

Bien. ¿Su nombre?

REO.

Fernando García.

NECOCHEA.

¿Su nacionalidad?

REO.

¡Española!

NECOCHEA.

¿Profesión?

REO.

Teniente en los ejércitos del Rey.

NECOCHEA.

Está usted, señor teniente, acusado del delito de espionaje.

REO.

Lo sé.

NECOCHEA,

¿A qué venía usted hácia este lado de la Cordillera cuando se le tomó prisionero, á la altura del fuerte San Carlos?...

REO.

Ya que han sorprendido ustedes mis papeles, no tengo para qué negarlo, (con firmeza) á ejercitar un deber: el de servir á mi patria, y un derecho: el de obtener cuantos datos me fuera posible sobre la organización de estas tropas.

NECOCHEA.

¿Luego, confiesa usted?

REO.

Confieso.

NECOCHEA.

¿Sabe usted cuál es la suerte que le aguarda?...

REO.

La muerte. No la temo: moriré contento sacrificándome por mi Rey!

NECOCHÉA.

Le queda á usted el recurso de nombrar un defensor.

REO.

Ni lo pido, ni lo acepto. Mi patria me absuelve: me basta.

NECOCHEA.

Señor Secretario, tome usted nota de esta altiva confesión.

El Secretario lo hace.

Teniente, (al reo) hemos concluído. Las leyes militares son inexorables: usted será probablemente condenado; pero á los valientes, cualquiera que sea su nacionalidad, se les tributa honra en el ejército de los Andes.

Se pone de pie y los otros lo imitan: los tres hacen la venia militarmente y vuelven á sentarse.

Pueden llevarse al reo.

Los soldados se lo llevan.

NEGRO 1°.

Al ver pasar al espía por delante del sitio donde él se halla.

¡El espía! ¡Ahí traen al espía! ¡Ah, maldito!

Lo amenaza con el puño.

NEGRO 2°.

Por la mañanita, al amanecer, ¡pum! ¡pum! ¡de cuatro tiros no te escapas!

SARGENTO, por el fondo, à sus reclutas.

¡Codo con codo, digo!... ¡un dos!... ¡un dos!...

Siguen marchando.

NECOCHEA.

Señores, toda deliberación parece inútil: las ordenanzas son terminantes. Voto por la pena de muerte.

ALVARADO.

¡La muerte!

CONDE.

¡La muerte!

NECOCHEA.

Tómese razón y comuníquese al señor General en Gefe, haciendo mención de la digna actitud del prisionero. Hemos terminado.

Se levantan y salen por delante del centinela.

CONDE, al retirarse.

El General no puede menos que indultarlo.

NECOCHEA.

Sabe, como nadie, honrar el valor y la entereza.

Desaparecen. El centinela queda en su puesto.

ESCENA VI.

LOS HOMBRES Y MUJERES DEL TALLER.—FRAY LUIS.

FRAY LUIS, volviendo á su taller.

Basta por hoy, amigos míos. Es tarde ya y hay que madrugar mañana.

LA COSTURERA NEGRA.

Yo puedo coser más todavía.

COSTURERA 2ª.

Y yo también.

COSTURERA 3ª.

Y yo.

HERRERO 2º.

Y en cuanto á la fragua! es lástima dejarla apagar!

FRAY LUIS.

No importa. Empezaremos de nuevo mañana muy temprano, como lo digo. Hay que desocupar el taller. ¡Alistarse, pues!

Todos se disponen á salir: recogen las mujeres sus embozos, los hombres sus sacos y sombreros y se van poco después despidiéndose del padre Beltrán. quien les estrecha la mano calurosamente... Mientras esto sucede surge afuera un grupo de artilleros que circulan marcialmente arrastrando un cañón de á 6 montado en una «zorra» de invención del Padre Beltrán. Le sigue otro cañón de «montaña» sobre el lomo de una mula á la cual acompañan tres artilleros más. Atraviesan el proscenio, viniendo del fondo y dirigiéndose á la derecha...

HERRERO 1º.

¡Ahí vienen los artilleros! Van á probar las «zorras» de su invención, padre.

FRAY LUIS, mirando por la ventana.

Funcionan perfectamente. Las ensayamos ayer con mi General en los cerros. Dan mejor resultado que las verdaderas cureñas...

HERREROS y COSTURERAS.

¡Vivan los artilleros! ¡Vivan las zorras del Padre Beltrán!

TODOS.

¡Vivan!...

Los artilleros siguen su camino. Tambores á lo lejos. Al salir y atravesar el campamento para retirarse la costurera 2ª va adelante. Las cuatro reciben los cumplimientos y requiebros de los soldados...

ESCENA VII.

FRAY LUIS, luego DON IGNACIO ZENTENO.

FRAY LUIS.

Una vez que se han alejado los obreros y mujeres, pone sus cosas en orden y luego va al fondo del taller y abriendo allí la puerta, hace entrar á Zenteno.

Por aquí, señor Zenteno.

ZENTENO.

Gracias, Padre. ¡Estoy rendido! Hoy hemos trabajado diez horas sin interrupción.

FRAY LUIS.

Cuando se tiene la fortuna de ser Secretario General de Guerra, hay que hacerle honor al puesto.

ZENTENO.

No me quejo ¡pero es que ese hombre es incansable! Despacha cien asuntos por día. Todo lo quiere ver, y aunque colaboran en sus tareas O'Higgins, Zapiola, Las Heras y O'Brien, lo esencial del trabajo, lo que pudiera llamarse el alma de la organización, se lo reserva él.

FRAY LUIS.

¿Y en qué quedó lo de los espías del señor Mariscal?

ZENTENO.

No lo sabemos todavía. Pero sucederá lo de siempre: el General utilizará contra el propio Don Casimiro las armas con que éste se proponía atacarlo.

FRAY LUIS.

¿Y Castillo, el célebre corresponsal de la Presidencia?

ZENTENO.

A ese le ha arrancado cuanto secreto tenía; le ha hecho firmar cinco cartas escritas á su sabor, y de modo que, al leerlas el señor Presidente, haga otros tantos disparates en beneficio de nuestras armas.

FRAY LUIS.

Cuando estuve á verle, dejé al señor General con el espía enemigo.

ZENTENO.

Está todavía con él y con los indios y su lenguaraz... Y como si esto no bastara, aguarda también su turno, para recibir algunas rápidas instrucciones, el joven caudillo chileno Manuel Rodríguez, tan célebre ya en la otra banda por su actividad y su audacia.

FRAY LUIS.

Lo divisé al salir del despacho. Hablaba con el brigadier O'Higgins. Mucho deseo tratarlo. ¿Regresa, según parece, esta misma noche?

ZENTENO.

Esta misma noche. Es la quinta vez que este ardoroso patriota cruza la Cordillera. Le hemos pedido que venga antes aquí, donde nos reuniremos con Necochea, Conde y Alvarado, que desean oirlo.

FRAY LUIS.

Cuentan que Rodríguez ha hecho maravillas por allá y que su audacia es sorprendente.

ZENTENO.

¡Extraordinaria! El gobierno ha puesto á precio su cabeza. Pero Rodríguez burla á cada instante á sus esbirros. Tan pronto levanta una montonera por el norte, como la organiza por el sur.

FRAY LUIS.

¿Es verdad que una hermosa joven, á quien ama y con la cual piensa casarse, le ayuda y le alienta? . . .

ZENTENO.

¡Ah! Elvira Recalde. He tenido la suerte de conocerla en Santiago. Es efectivamente hermosísima. Vive sola con su señora madre, cuyo salón fué antes de Rancagua un verdadero centro de hombres de letras y de patriotas esclarecidos.

FRAY LUIS.

¿Y en la actualidad?

ZENTENO.

La joven Recalde es una de las más interesantes corresponsales de San Martín y de O'Higgins. La Logia de Lautaro se sirve de ella muy á menudo. El padre fué muerto en Rancagua. San Bruno vigila á ambas señoras y sobre todo á Elvira, porque es resuelta y muy patriota, y, al mismo tiempo, como á toda mujer bonita, la persigue y acecha por cuenta propia...

FRAY LUIS.

¡Ah! aquí viene el comandante Necochea.

ZENTENO.

No tardarán en llegar los otros dos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS—EL COMANDANTE NECOCHEA.

NECOCHEA, (entrando).

Salud Padre Beltran, salud señor «filósofo».

A Zenteno.

FRAY LUIS.

Dios las tenga con Vd. mi comandante. Asiento.

NECOCHEA.

Este es siempre un refugio hospitalario y agradable después de las tareas del dia. ¿Tiene algo, padre, para refrescar la garganta?

FRAY LUIS.

No vendrá mal, es cierto. Aquí hay (toma la botella y coloca los vasos) un « Mendoza » del más viejo.

(Sirve en las copas. Luego beben).

ESCENA IX.

LOS MISMOS—CONDE Y ALVARADO, que entran juntos.

CONDE.

¡Buenas tardes!

ALVARADO.

Salud, Padre Beltran, salud amigos.

NECOCHEA.

Bien venidos sean los comandantes Conde y Alvarado.

FRAY LUIS.

¿Un refresco?

CONDE.

Venga.

Sirviendo vino á Alvarado, se sirve él, enseguida.

¡A la salud de la patria, y porque esta campaña resulte sin las contrariedades de la del Alto Perú!

ALVARADO.

Con sables como los del Tejar y de Rancagua, no hay temor de que nos cierren el paso. ¡A sus granaderos, comandante Necochea!

NECOCHEA.

Gracias. ¡A la patria! (beben otra vez).

ALVARADO.

Manuel Rodríguez viene enseguida.

NECOCHEA.

¿Por qué camino se volverá el chileno?

ALVARADO.

Hay un paso excelente del cual me habló en reserva. ¿Tiene allí un plano, de la Cordillera, Padre?...

FRAY LUIS.

Sí. Aquí está.

Lo saca de un cajón.

ALVARADO.

Vean ustedes.

Todos se inclinan sobre el plano y siguen en silencio las explicaciones que se supone les dá Alvarado.—En ese momento reaparece por afuera Aldao, que vá á cruzar el campamento; cuando, de pronto, un soldado que lo sigue, lo llama:

SOLDADO.

¡Mi Capellán Aldao!....

ALDAO, volviéndose bruscamente.

¿Capellán? ¡Cuidadito con volverme á llamar así, tunante!

SOLDADO.

¡Perdone! mi teniente (se cuadra) me había olvidado!

ALDAO.

¡No es disculpa esa! ¿Qué quieres?

SOLDADO.

Lo llama mi comandante.

ALDAO.

Voy en el acto! (viendo de paso al negro 1°, que después de terminar de limpiar su caramayola, se ha puesto á limpiar su sable). ¡Hola moreno! ¿Cómo anda ese sable?

NEGRO 1°.

¡Como navaja de barba, mi teniente? Afilado á molejon!

ALDAO.

¿Sí? ¡Me cuesta creerlo!

NEGRO 1°.

¿Porqué, mi teniente?

ALDAO.

Porque dicen los godos de la caballería, en la otra banda, que los sables de los patriotas son de lata....

NEGRO 1°.

¿De lata? ¡Vamos á verlo! ¡Oigan, hermanos! (dirigiéndose á sus camaradas): acaba de decir mi Teniente que los de la caballería enemiga andan proclamando por allá que nuestros sables son de lata!

SOLDADO.

¡Oh!

NEGRO 1°.

¡Miren! (blande la hoja en el aire y dá un tajo á un poste, viga, ó rama de árbol y la parte). ¡De lata!

ALDAO.

¡Bravo!

Corre hácia la derecha y desaparece.

CONDE.

Perfectamente. Y, apropósito, ¿por dónde créen Vds. que pasaremos nosotros?

NECOCHEA.

¡Misterio, profundo misterio! Solo el General en Jefe lo sabe.

CONDE.

Y talvez el señor secretario General de Guerra (por Zenteno). Vamos, señor don Ignacio, algo debe Vd. de haber columbrado.....

ZENTENO.

Nada.... nadie sabe nada. La prueba es que Vds. mismos lo ignoran....

FRAY LUIS.

No sé porqué se me ocurre que será por el Planchón y el Portillo...

NECOCHEA.

¡Imposible!

ALVARADO.

Sin embargo, así acaba de decirlo el General á los caciques indios que están con él y que parten mañana al alba.... Les ha pedido su ayuda, anunciándoles que pasará por sus tierras, en la línea fronteriza del Diamante.

NECOCHEA, riendo.

Razón de más para no creerlo.

CONDE.

¿Por qué?

NECOCHEA.

Por que, conociéndolos el General y sabiendo que, como buenos indios, han de ser buenos traidores, les dará mil datos falsos para que, con su perfidia natural, vayan á comunicárselos á Marcó.

ZENTENO.

Exacto.

CONDE

Pasaremos por Uspallata, talvez.

ALVARADO.

Tampoco.

CONDE.

Por los Patos.

ALVARADO.

No lo creo.

CONDE.

Entonces, ¡por el infierno!

FRAY LUIS.

O por la luna: está más cercana de los boquetes de la Cordillera. Y apropósito de luna: ¡mírenla! Comienza ya á aparecer tras de las montañas. ¡Hagamos votos por que ella nos acompañe cuando las trasmontemos todos juntos en demanda del enemigo!

Vuelven á beber; dos soldados traen al espía español que sale de la tienda de San Martín.

NECOCHEA.

¿Qué bulla es esa?

Todos se asoman por la ventana.

Ah! es, el espía enemigo!

SOLDADO.

¡Muera! ahorcarlo!

OTROS.

¡Fusilarlo!....

FRAY LUIS.

¿Ha sido ya juzgado?

NECOCHEA.

Sí.

SOLDADOS.

¡Abajo! ¡Muera!....

Desaparece el espía llevado por los soldados.

NECOCHEA.

¡Ya se calmarán!.... ¡Cuanto tarda Rodríguez!

FRAY LUIS.

¡Con tal que no se vaya sin vernos! Ardo en deseos de escuchar su relación.

NECOCHEA.

Tendrá que ser breve, porque quiere salir esta noche misma.

FRAY LUIS.

Podría quedarse hasta mañana.

ALVARADO.

No es hombre de perder una hora: esta noche misma, con la luna. ¡Ah! comandante (á Necochea) allí le veo. Viene de prisa (asomándose por la ventana). ¡Adelante don Juan Vargas!

FRAY LUIS.

¿Vargas?

NECOCHEA.

Es el nombre bajo en el cual se oculta.

ESCENA X.

LOS MISMOS—MANUEL RODRÍGUEZ que aparece por afuera, disfrazado de arriero. Usa poncho chileno, sombrero de alas ámplias, y grandes espuelas de rodaje ancho. Llega tirando de la brida á una mula ensillada, la cual ata afuera antes de entrar.

FRAY LUIS, saliendo á recibirle.

Buenas noches.—Aquí quedará bien su mula.

RODRÍGUEZ.

Gracias, Padre. Entraré solo por algunos minutos.

Entra.

Buenas noches caballeros.

Estrechando la mano á Necochea y á Conde.

Nos habíamos saludado ya, Comandante Alvarado.

Se despoja de la manta y barba postiza y toma el asiento que le ofrecen.

ALVARADO.

Así es. Tome Vd. asiento.

RODRÍGUEZ.

Gracias. Corta será la visita porque quiero salir aprovechando la luna

NECOCHEA.

¿Y cómo quedan las cosas por allá?

RODRÍGUEZ.

He dado al señor General San Martín todos los datos que me ha pedido. ¡Hombre admirable! ¡Cómo sabe utilizarlos! ¡Cómo trabaja!

CONDE.

No lo hace Vd., por su parte, tan mal que digamos, señor don Manuel—dentro de su esfera de acción y del papel que le toca desempeñar.....

RODRÍGUEZ.

¡Psch! nada de extraordinario: andar de Herodes á Pilatos alborotando jente, distribuyendo armas en el más absoluto misterio, predicando guerra á muerte al enemigo común; dormir una noche entre las serranías del sur y otra entre los cascajos del Maule ¡un juguete á mi edad!....

NECOCHEA.

¿Es cierto que se le ve á usted asociado con el bandido Neyra?

RODRIGUEZ.

Cierto. Juntos hemos dado ya tres asaltos. Neyra, escondido con los suyos entre las asperezas de la Cordillera, se ha dejado caer varias veces por el Norte, sobre

un puñado de españoles á quienes sorprendía casi siempre. Yo aparecía entonces de improviso, con una docena de mis huasos, que terminaban lo que él había empezado. ¡Ha sido preciso (animándose) acudir á este recurso extremo! Nuestra situación después de Rancagua es desesperada, insostenible!

NECOCHEA.

Todo es lícito cuando se trata de recuperar la libertad.

CONDE.

De sacudir un yugo. . .

RODRIGUEZ.

De vengar los atropellos de Osorio y los asesinatos de San Bruno . . .

FRAY LUIS.

¿Es efectivo que fueron horriblemente tratados los presos remitidos por Osorio á la isla de Juan Fernández?

RODRIGUEZ, con animación.

¿Efectivo? (con furor reconcentrado). ¿Y aún lo dudan ustedes por aquí?

ZENTENO.

No se conocen todos los detalles. . .

RODRIGUEZ.

Amenazando con el puño á un enemigo invisible.

¡Esos presos — muchos de ellos vecinos respetables, ancianos achacosos—fueron encerrados en la bodega de un buque mercante, donde carecían de luz y hasta de aire!

NECOCHEA, indignado.

¡Parece increíble!

CONDE.

¿Y los asesinatos en la cárcel de Santiago?

RODRIGUEZ.

Horribles también. ¡Uno tras otro esos infelices fueron sableados sin piedad! El que capitaneaba era el mismo San Bruno. Con su propia espada acuchilló á Moyano. Los cadáveres cubiertos de heridas fueron arrojados en seguida desde los balcones de la cárcel á la plaza, y luego izados sobre postes para exhibirlos ante el público!

ALVARADO.

¿Es, realmente, entonces tan sanguinario como se le pinta ese mayor del Talavera?

RODRIGUEZ.

¡Todo calificativo es pálido para establecer la verdad! Brutal, libertino ¡valiente, eso sí, bravo como un león! no hay atropello que no sea capaz de cometer.

CONDE.

Con perdón de usted, Padre Beltrán, ¿dicen que el famoso esbirro ha sido religioso en otro tiempo? . . .

RODRIGUEZ.

Lo ignoro.

ZENTENO.

En efecto, así se asegura. Lo cierto es que cuando llegó á Chile era ya capitán del famoso batallón Talavera, del cual es hoy sargento mayor. En España se había batido contra los franceses, demostrando un valor sin igual en la defensa de Zaragoza. Osorio lo utilizó al punto.

NECOCHEA.

¿Y no se modificaron las cosas bajo el nuevo gobierno?

RODRÍGUEZ.

Al revés: Marcó ha hecho de él su hombre de confianza. Le ha dado el título de Presidente de un tribunal llamado de Vigilancia y Seguridad, con poderes extraordinarios. Bajo el pretexto de descubrir complots, son atropellados todos los días los hogares por los soldados que él capitanea. Generalmente se sirve de los de su propio batallón: los mentados Talaveras—á los cuales el pueblo odia por lo mismo, y de quienes se venga cuando puede. ¡Terrible ley del talión! Cada vez que cae un patriota bajo las garras del mayor San Bruno

sufre toda clase de humillaciones y vejámenes: se le azota, se le golpea, se le obliga á barrer las calles cuando no se le ahorca. El país gime hoy, como no ha gemido nunca, bajo el yugo de sus opresores y anhela recobrar su libertad. Todo es luto y llanto en los hogares. Para los que no somos realistas no hay garantía, no hay leyes protectoras.... ¡Ah! (con energía) es tiempo ya de que esto acabe, y acabe para siempre!

ALVARADO.

Unos cuantos días más y se iniciará el avance....

RODRIGUEZ.

¡Los aguardamos con ansiedad! El plan concebido por el grande hombre que ha organizado todo esto es digno de su genio político y militar. La reconquista de Chile, con las consecuencias inmediatas de nuestra fraternal alianza, significará para nosotros la libertad; para ustedes el triunfo decisivo y perdurable de la revolución argentina. Los Andes serán su baluarte, el mar Pacífico su galardón. Todo está preparado para recibirlos (enardecido por el entusiasmo). Los emisarios de San Martín y de O'Higgins no han perdido el tiempo: sus corresponsales conocen ya la palabra de orden: yo les llevo la última. (Con acento inflamado por el patriotismo): La insurrección hierve en estos momentos entre el Maipo y el Maule. A una señal mía se alzarán San Fernando, Curicó y Melipilla.... Marcó ofrece cien onzas de oro por mi cabeza.... ¡Y bien: no la tendrá! ¡Que vaya cuanto antes el bizarro ejército Libertador! ¡Allá lo-

aguardaremos de pie, en acecho, listo el brazo y palpitante el corazón! Cada uno de nosotros mantendrá, ceñido á la cintura y oculto á los ojos del enemigo, un puñal, un hacha, un cuchillo, un hierro cualquiera, para secundar el generoso esfuerzo, si ello fuera necesario. ¡Y hasta nuestras mugeres, que cosen ya, en el misterio, banderas tricolores preparándolas para batirlas en cuanto se sepa que en los campos de batalla se ha hecho tremolar triunfante el pabellón de los Andes, están dispuestas á esgrimir un arma! Viva la patria!

En ese momento se oye una algazara por el fondo, á la derecha. La escena comienza á poblarse poco á poco de soldados francos, granaderos, cazadores, negros libertos, mineros zapadores, etc. Va á tener lugar la retreta, para la cual los músicos van llegando y colocando sus atriles con farolillos de colores. La luna ha transmontado las cumbres y con su luz ilumina el campamento, en el cual se han encendido ya varios fuegos. Los soldados fuman y beben.

NECOCHEA.

¡Un abrazo Rodríguez! Nos reuniremos al otro lado!...

RODRIGUEZ.

Seremos puntuales á la cita. ¡Adiós amigo, adiós hermano! Es la hora de partir. La luna está ya muy alta y no hay tiempo que perder.

Vuelve á ponerse la manta y el sombrero.

FRAY LUIS.

¡Adiós! y que la suerte lo acompañe!

CONDE.

Felicidad y ¡adelante! Pronto llegaremos allá, y uniendo nuestras banderas, cuando sea tiempo, las llevaremos hasta el mismo Perú.

RODRIGUEZ.

Dios lo oiga, mi comandante...

ALVARADO.

¡Exito completo! ¡Adiós!

RODRIGUEZ.

¡Adiós! ¡Adiós!

Va haciéndoles seña con la mano á medida que se aleja, después de volver á montar su mula.

NEGRO 1°.

¡La retreta, la retreta! (Al ver á Rodriguez). ¡Adiós, el de la mula!

Necochea, Alvarado y Conde se retiran por la puerta del fondo. Fray Luis vuelve á su taller. Los músicos preparan—todo muy rápido—sus instrumentos; los soldados se agrupan alrededor ó echan por el suelo, en medio de una rumorosa alegría. Cesan los ejercicios y quedan solo los centinelas en sus puestos. Las luces del campamento, totalmente encendidas ya, parpadean en el fondo. De pronto, un gran rumor y el toque sonoro y cercano de un tambor que bate marcha regular, anuncia la aproximación del General en Gefe al campamento.

CENTINELA, por la izquierda.

¡Cabo de guardia! ¡Mi General!...

Voces sordas que cunden en cuchicheo entre los soldados.

¡Mi General: mi General!...

ESCENA ÚLTIMA.

Con toda disciplina y respeto cesan entonces los rumores; los soldados que se habían recostado se ponen bruscamente de pie y aguardan en esa actitud la llegada de SAN MARTÍN, quien viene acompañado de un grupo de brillantes jefes y oficiales: O'Higgins—Soler—Las Heras—Necochea—Conde—Alvarado—Cramer—Melián—Zapiola—Freire—Pacheco—Medina—Picarte—Lavalle—Escalada—O'Brien, etc. Aparecen por la izquierda, detrás del galpón maestranza. Los centinelas presentan armas. Los parches y clarines continúan batiendo marcha regular. Los caciques indios siguen detrás, vestidos con sus trajes pintorescos. SAN MARTÍN, sin hablar una palabra, y con paso digno y semblante grave, aunque sin dureza, atraviesa lentamente la escena, observándolo todo. Lleva á su diestra á O'HIGGINS y á su izquierda á SOLER; saluda militarmente y va alejándose hácia la derecha. De pronto un viva vibrante óyese por el fondo. Vése á lo lejos á Manuel Rodríguez que, sombrero en mano, lanza ese viva, antes de perderse de vista.

RODRIGUEZ.

¡Viva el general San Martín!

A este grito el campamento todo se contagia, como electrizado. Termina el acto con una verdadera ovación patriótica. Los soldados alzan un inmenso clamor y, agitando banderolas, levantan los morriones en la punta de sus sables y bayonetas, aclamando á sus queridos jefes, que desaparecen lentamente por la derecha, mientras, lentamente también, va cayendo el telón.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

SALÓN EN CASA DE
DOÑA JUANA MUÑOZ DE RECALDE.

(PATRIOTA CHILENA).

En Santiago de Chile.
(Principios de Febrero de 1817).

PERSONAGES DEL SEGUNDO ACTO.

MANUEL RODRÍGUEZ
EL MAYOR DON VICENTE SAN BRUNO (del Regimiento Español Talavera)
DON JUAN PABLO RAMÍREZ
EL ANCIANO ROSALES
DON PEDRO SALINAS
ELVIRA RECALDE
DOÑA JUANA MUÑOZ DE RECALDE (madre de la anterior)
ROSARIO ROSALES
DOÑA CHEPA, «la buhonera».
PETRONA (criada vieja de doña Juana)
UN SARGENTO DE SAN BRUNO (sargento Villalobos)
UN NEGRITO
CINCO SOLDADOS del regimiento «Talavera»
UN SERENO.

ACCESORIO.

Un caballo de raza, negro.

ACTO SEGUNDO.

Salón en casa de doña Juana Muñoz de Recalde, patriota chilena. Se representará á ese salón — ó «cuadra», como se le llamaba entonces — situado oblicuamente ante la vista del espectador, para facilitar, con ello, la perspectiva al través de sus aberturas. En el fondo, una ventana baja y bastante ancha, dispuesta con sólidos postigos interiores y protegida en su exterior por gruesos barrotes que se cruzan cuadriculándose en sentido vertical y horizontal, á la usanza de antaño. Por entre los hierros de dicha ventana se verá, cuando se la deje abierta, la calle, el río Mapocho con su Tajamar, y el puente de «Cal y Canto» á lo lejos.

A la izquierda, una ámplia puerta que se abre para adentro y directamente sobre la calle. Tiene un gran cerrojo.

A la derecha, otra puerta más pequeña, que se supone dá á habitaciones interiores, las cuales se verán en parte.

Mueblaje de la época: un «clave», un sofá de caoba, tapizado en crin, estilo Fernando VII, sillones y sillas de lo mismo. En las paredes dos retratos de tamaño natural. Uno de estos retratos servirá para disimular un escondite situado detrás, en forma de alacena y con capacidad para ocultar á un hombre. Estará todo arreglado de modo que, haciendo jirar el marco sobre uno de sus ángulos, ó costados, aparezca aquel escondite y pueda utilizársele. Mesa de centro con candelabro, tintero, plumas y recado de escribir. Algunas sillas mas pequeñas alrededor.

En un rincón de la pieza, un brasero encendido, en el cual hay una tetera donde hierve el agua.

Las nueve de la noche.

ESCENA I.

ELVIRA RECALDE, DOÑA JUANA, PETRONA

Elvira escribe bajo la luz del candelabro. Doña Juana teje, sentada en un sillón alto. La criada Petrona á sus piés, sentada también, pero sobre un banquillo, no lejos del brasero. Mientras Elvira escribe y teje doña Juana, la criada permanece meditativa, inclinada la cabeza entre las manos. De súbito alza ésta y dice:

PETRONA.

¡Ay, señora, esto no es vivir! ¡Qué trastorno!...

DOÑA JUANA.

¡Paciencia, Petrona, paciencia! Pronto vendrán de la otra banda San Martín y O'Higgins.

PETRONA.

¡Cuando pienso que antes de Rancagua podíamos los patriotas ir á todas partes sin miedo!...

DOÑA JUANA.

¡Así no más es, Petrona! ¡qué le hemos de hacer!...

Sin levantar la vista de su tejido.

PETRONA.

Ahora, para nosotros, ni riñas de gallos, ni corridas de toros, ni maromas de volatín... ¡Todo para los españoles!... ¡Ay, cuánto demoran San Martín y Oíngenes!

ELVIRA, escribiendo.

¿Mucho echas de menos esas diversiones?...

PETRONA.

¡Ya lo creo! sobre todo las funciones de don Pascual el titiritero. ¿Había náa más divertido que ver salir al travieso de «Josesito» á pelearse á palos con el diablo?... ¿Y el Rey moro? ¿y la criada respondona?... ¡Ay, señorita, qué tiempos aquellos!

VOZ DEL SERENO, afuera.

¡Ave María Purísima!

PETRONA, sobresaltada.

¡Condenado de sereno! Me ha dado un susto...

VOZ DEL SERENO, cantando.

¡Las nueve han dado y sereno!...

Va repitiendo lo mismo, hasta que su voz se pierde poco á poco en la distancia.

ELVIRA, sin dejar de escribir.

Te estás poniendo muy nerviosa, Petrona.

PETRONA.

No es pa menos, con todo lo que pasa. ¡Y, ahora, con don Rosales empaderao aquí! . . . Y, además, ayer estuvo á verme ña Peta, y me contó un sucedío terrible... ¿no lo sabe su mercé? . . .

DOÑA JUANA.

¿Cómo quieres que lo sepa? . . .

PETRONA.

Pues, se lo contaré. Dicen que desde que San Bruno se pasea de noche por las calles, lo anda siguiendo Satanás. Porque como ha sido «paire» en su tierra. . .

ELVIRA. traviesa.

¿Quién. . . Satanás? . . .

PETRONA.

¡Vaya! San Bruno! Como ha sido paire en su tierra, se lo quiere llevar el demonio al infierno, por renegao. . .

DOÑA JUANA.

Pamplinas. . .

PETRONA.

¡No son pamplinas, señora: es la pura verdad! La otra noche se salvó por un sereno. . .

DOÑA JUANA.

¿San Bruno?

PETRONA.

San Bruno.

ELVIRA.

¿De que se la llevara el Diablo?

PETRONA.

De que se lo llevara el Diablo.

DOÑA JUANA.

¿Y cómo?...

PETRONA.

Escuchen sus mercéees. Pasaba el pícaro Talavera á caballo por la plazuela de la Compañía. El Diablo lo iba siguiendo montao en un macho negro que se confundía con la oscuridá de la noche. Se preparaba para echársele encima á la vuelta de un pareón, cuando, por casualidá apareció el sereno, que sin saber náa, gritó como siempre: «¡Ave María Purísima!» Oir esto el Diablo y salir su macho negro relinchando y disparando á corcobos, fué todo uno. Al huír se le cayó una herraúra...

ELVIRA.

¿Al Diablo?

PETRONA.

¡No, niña!... al macho. El sereno lo recogió, y ña Peta, que es su comaire, dice que ella mísma lo ha visto...

DOÑA JUANA.

¡Vaya, vaya, Petrona! Parece mentira que creas tales cosas...

PETRONA.

¿Y cómo no he de creer, cuando no se oye hablar sino de muertes y de herejías? Toda la noche es un ir y venir de pantrullas de soldaos, una sonajera de sables; apaleos de patriotas por aquí; gritería por allá; peleas... ¡Ay, señora, esto no es vivir! ..

Oyese afuera el eco de voces y el choque de armas blancas. Luego un tiro.

¡Jesús María! ¡San Bruno!

Temblando y gimiendo.

ELVIRA, cesa de escribir.

¡Calla, que vas á despertar al señor Rosales!

DOÑA JUANA.

¿No ves que estamos bien encerradas?

PETRONA, temblando todavía, se santigua.

¡Dios mío, líbranos de San Bruno y de su sargento Villalobos!

Se oyen golpes exteriores en la ventana del fondo.

¡San Bruno!

Sale corriendo hácia la puerta de la derecha y desaparece hácia el interior de la casa.

ELVIRA.

¡Golpes á esta hora!

Va á la ventana.

¡Bah, será algún borracho! ¡Pobre vieja: está medio loca de terror!

DOÑA JUANA.

Mira con precaución, Elvira.

Atenúa la luz del candelabro. Elvira abre los postigos, que dejan ver la reja exterior y, al través de ellos, la calle oscura.

ELVIRA.

¿Quién?

UNA VOZ DE MUJER, afuera.

¡Elvira! ¡soy yo!

ELVIRA.

¡Rosarito Rosales! ¡qué imprudencia! ¡Corro á abrir!

Se dirige á la puerta.

DOÑA JUANA.

¡Ella, sola y tan tarde!...

Elvira desliza el cerrojo y abre.

ESCENA II.

ELVIRA, DOÑA JUANA, ROSARIO ROSALES, seguida de UN NEGRILLO, luego el anciano ROSALES.

ELVIRA

¡Rosario! ¡qué locura!

DOÑA JUANA.

En efecto: no había necesidad...

ROSARIO, seguida del negrillo, que lleva en la mano una linterna sorda.

¡No puedo más!

Apoyándose sin fuerzas.

¡Creo que me han seguido!... ¿Dónde está mi padre?

DOÑA JUANA.

Allá adentro, en el dormitorio que le hemos preparado.

Indicando el interior.

ELVIRA.

En este momento descansa. Recobra tu tranquilidad.

Al negrillo.

Ve tú adentro, muchacho; encontrarás en su cuarto á Petrona.

El negrillo atraviesa la escena y desaparece por la puerta de la derecha.

ROSARIO, con ansiedad.

¿ Duerme ?

ELVIRA.

Se ha recostado un instante. Las emociones lo tenían rendido. Nada temas, te repito: aquí está completamente seguro.

ROSARIO, con ansiedad creciente.

¡ Quién sabe, Elvira! ¿ Y si sospecharan ? ¡ No estoy tranquila! Por eso he venido... (vacila) á llevármelo...

ELVIRA, sorprendida.

¿ A llevártelo ? ¡ Cómo! ¿ Tienes alguna razón especial en qué fundar esa desconfianza ?

ROSARIO.

No, precisamente. Pero prefiero que salgamos ambos ocultamente de la capital. A dos cuadras de aquí nos aguarda un birlocho con buenos caballos y postillón fiel. Iremos á una hacienda de Tiltil. Podremos hallarnos allí antes del amanecer: los caminos son seguros por ese lado...

DOÑA JUANA.

Pero... ¡es una imprudencia!

ROSARIO.

Todo lo tengo preparado: el postillón lleva buenas armas. ¡Pronto!

ELVIRA.

¡Corro!

Se disponen á salir por la derecha.

ROSARIO.

Iré yo también...

ELVIRA.

No: es preferible que lo prevenga yo antes. Aguarda aquí. ¡Valor!

Sale Elvira.

ROSARIO.

¿Cómo pagarles, señora? ¿Con qué frases agradecer?...

DOÑA JUANA.

¡Vaya, vaya! No hay ni que mencionarlo. Se persigue á tu padre para encarcelársele; es anciano y se halla achacoso, ¿qué cosa más natural que darle asilo aquí, donde creíamos que á nadie podría ocurrírsele que se encontrase?...

ROSARIO.

Pero, realmente ¿piensa usted que no concluirían por descubrirlo? No olvide, señora, la tradición de su casa...

DOÑA JUANA.

Desde la muerte de mi marido las apariencias han cambiado. Juzgaba fundadamente, por eso, que nadie imaginaría hoy que dos mujeres solas: una viuda y otra huérfana de padre, se atreviesen á conspirar...

ROSARIO.

La actitud de Elvira...

DOÑA JUANA.

No puede ser más hábil. Tiene una serenidad y un disimulo comparables solo con su audacia. ¡Si vieras con qué descaro suele hacerle tragar el anzuelo al mismísimo San Bruno!

ROSARIO.

Lo sé. Pero también es cierto que ese infame le tolera á ella lo que no le toleraría á nadie...

DOÑA JUANA.

Parece, á veces, que esta niña lo subyugara; que ese pícaro...

ESCENA III.

LAS MISMAS—ELVIRA—EL ANCIANO ROSALES.

ROSALES, aire fatigado y achacoso.
Viste un batón de interior.

¡Hija mía! (La besa con efusión). ¡Cómo te has atrevido!...

ROSARIO.

¡Papá adorado! (Arrojándose en sus brazos). ¡No habría podido demorar más!... ¿Sufre usted? ¿no está enfermo?... ¿Resistirá el coche?...

ROSALES.

Enfermo, no lo estoy, hija mía: sufría, sí, por verme separado de mi Rosario—lo único que me queda en el mundo. ¡Ah, si te sorprenden!

ROSARIO.

¿Si me sorprenden?... ¡Y bien: iré á la prisión con mi padre!... Pero no perdamos tiempo: todo está listo.

ROSALES.

¡Eres un ángel! (Vuelve á besarla). Mas ¡cómo escaparme así, en este traje!...

ROSARIO.

Así, ¡no hay tiempo que perder!...

ROSALES.

Amigas mías: nunca olvidaré...

DOÑA JUANA.

Chit... de eso no se hable...

ROSARIO.

¿Por dónde saldremos? Por aquí (indicando la puerta de calle) sería quizás imprudente.

ELVIRA.

En efecto: por el fondo; por la puerta falsa del último patio.

DOÑA JUANA.

Yo las acompañaré. Elvira observará por esa ventana.

ELVIRA.

Saldrán sin luz, por supuesto.

ROSARIO.

¿El negrito se quedará aquí esta noche?

DOÑA JUANA.

Naturalmente.

ROSARIO.

Gracias.

ELVIRA, á Rosario.

No he tenido tiempo siquiera de preguntarte si hay novedades.

ROSARIO, precipitadamente.

Pocas todavía. Dicen que los Argentinos se aprontan para cruzar los Andes. Y, ¡á propósito! me olvidaba: (sacando un papel del pecho) te dejo la «Gaceta» de hoy. Trae algo sobre tu Manuel...

ELVIRA, con vehemencia.

¿Sobre Manuel? ¡Dame!

ROSARIO.

Perdona que no te haya hablado de eso antes. ¡No sé dónde tengo la cabeza!...

ELVIRA.

Me lo explico. Estoy impaciente por saber noticias...

ROSARIO.

¡Adiós!

Besa á Elvira.

ROSALES.

¡Gracias gracias!

Estrechando á Elvira con efusión la mano.

ELVIRA.

¡Dios los proteja!... Los acompañaré hasta el portón...

ROSARIO, deteniéndola.

No... quédate: mientras menos movimiento, menos peligro... Lee la «Gaceta». ¡Adiós, otra vez!

Vuelve á besarla.

Mil, un millón de gracias.

Sale por la derecha.

ELVIRA, á los que se van, á media voz.

¡Valor y esperanza!

ESCENA IV.

ELVIRA (sola).

Atenúa con precaución la luz y va hácia la ventana.

Vigilaré la calle por aquí.

Pausa durante la cual abre los postigos y se pone en acecho.

¡Nadie!... ¡Ah!... ya abren el portón.

Mirando de soslayo hácia la derecha.

¡Salen! ¡Gracias á Dios! No se vé alma viviente... Cruzan la plazoleta... se engolfan en el callejón... Nada más se vé... ¡Dios los ayude!

Cierra el postigo y corre á dar luz de nuevo.

«La Gaceta» ahora... Veamos qué dice.

Buscando.

¡Ah, aquí!

ESCENA V.

ELVIRA — PETRONA.

PETRONA, entrando alarmada.

¡Señorita! ¡señorita! ¿que no se va á acabar nunca esto, por la Virgen Santísima?

ELVIRA, impaciente.

¡Dale con lo mismo! ¿No vez que ya se han ido?..

PETRONA.

¡Se han ido!... ¡pero me han dejado al negro! ¿qué hago yo con el negro?...

ELVIRA.

Cuidarlo, alojarlo...

PETRONA.

¿Y dónde? ¡No lo voy á poner en mi cuarto!...

ELVIRA, traviesa.

¿Y qué tendría de particular?

PETRONA, santiguándose.

¡Jesús, María y José! ¡No faltaría más!...

ELVIRA, impaciente.

¡Ponlo donde se te dé la gana, con tal de que me dejes en paz! Tengo que leer estos papeles...

PETRONA, rezongando.

¡Papeles! ¡siempre papeles!... Y, á lo mejor... ¡un negro, con geta y todo!...

Se retira á pasitos por la derecha.

ESCENA VI.

ELVIRA—DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA, al entrar, á Petrona, con la cual se cruza.

A acostarse ahora. Es tarde... ¡Ah!... no te olvides de alojar al negrito...

Gesto de cólera de Petrona, que desaparece.

Salieron por fin. ¡Cuántos afanes, Dios mío!...

ELVIRA

¡Mamá, «La Gaceta» con noticias de Manuel!...

DOÑA JUANA, alarmada.

¿Conocen su paradero?

ELVIRA.

¡Veamos, veamos!...

Lee:

« Rodríguez, el facineroso insurgente, debe de hallarse « cerca de la capital. Va y viene, al parecer, con toda « audacia. «Ayer ha pasado por aquí, comunican. Iba al « trote de su caballo blanco; una barba, blanca también, « disimulaba su rostro. No pudo dársele caza. Con su « insolencia acostumbrada, disfrazado de mendigo, abrió « personalmente la portezuela de su carroza al señor Ma- « riscal Presidente, y le ayudó á bajarse. La verdad es « que nadie sabe nada. Entretanto, no olviden los leales « que subsiste el premio ofrecido de cien onzas de oro á « á quien entregue á ese insurgente, vivo ó muerto ».

DOÑA JUANA.

¡Terrible anuncio!

ELVIRA.

¡Terrible! Tiemblo por su vida. Pero ¡bah! Manuel no es hombre de dejarse tomar... «Caballo blanco», «barba blanca».... (Con desenfado). ¡Si la barba resulta tan blanca como el caballo, ya están bien informados! Nestor es

negro como azabache. ¡Si lo conoceré, yo que he galopado veinte veces sobre su lomo!

DOÑA JUANA.

Bien; pero no debes olvidar que Manuel cambia de cabalgadura constantemente. En cuanto á Nestor, ha de haberlo dejado oculto en alguna hacienda de este lado, porque pensaba pasar la Cordillera en mula...

ELVIRA.

De todos modos, no lo sorprenderán. (pausa) Quisiera terminar la copia de estas comunicaciones secretas (por los papeles que escribía) esta noche misma...

DOÑA JUANA.

Sería conveniente.

ELVIRA.

Manuel no ha de hallarse lejos. Todos aguardan con impaciencia el resultado de su visita á San Martín y á don Bernardo... Según estas últimas comunicaciones...

Se oye un tumulto afuera, por el lado de la puerta: voces que se alzan, discusiones, riñas, sonido de armas que se cruzan.

DOÑA JUANA.

¡Otra riña!

ELVIRA.

Mientras no pretendan entrar, nada tenemos que temer. deben de ser soldados del batallón Talavera.

Se dirige á la ventana y entreabre el postigo.

DOÑA JUANA, con ansiedad.

Elvira, no te espongas á darles pretexto...

ELVIRA.

Son, en efecto, los esbirros de San Bruno. Riñen con varios hombres del pueblo; patriotas, sin duda. (Cierra).

DOÑA JUANA.

¡Lo de siempre!

El ruido continúa por un momento más. Se oyen gritos de ¡viva el Rey! ¡Abajo los insurgentes! Luego unas carreras... y todo vuelve á quedar en silencio.

Tiene razón Petrona ¡cuándo concluirá esto!...

ELVIRA.

No antes que entre don José de San Martín y su ejército, y tomen prisioneros á don Casimiro y á San Bruno, con su infaltable sargento Villalobos.

DOÑA JUANA.

¡Pobre señor Rosales! ¡A su edad! Tiemblo ante la idea de que lo sorprendan.

ELVIRA.

Rosario lo habrá dispuesto todo de manera que eso no suceda. (Transición). Madre, debe usted estar fatigada. ¿Por qué no se acuesta? Yo seguiré trabajando.

DOÑA JUANA.

No tengo sueño. Las emociones me traen nerviosa.

ELVIRA.

Razón de más; hay que guardar las fuerzas.

DOÑA JUANA.

Aún es muy temprano. No han dado las diez.

Se oye afuera la voz de una mujer que grita como las buhoneras «falteras» de otros tiempos.

¡Oblea! ¡pajuela! ¡solimán crudo!...

ELVIRA, escuchando.

Chit... Doña Chepa, la buhonera. ¿Qué será?...

Atenúa de nuevo la luz y corre á la ventana.

Debe de haber grandes novedades cuando se nos anuncia á estas horas.

DOÑA JUANA.

Realmente; es extraño. Cerciórate bien antes.

ELVIRA, entreabriendo la ventana.

¿Es usted, doña Chepa?

VOZ DE LA MUJER, afuera.

Sí, niña. ¡Pronto: traigo noticias importantes!...

ELVIRA.

Un momento, voy á abrir.

Corre el cerrojo de la puerta de calle.

¡Adelante!...

ESCENA VII.

ELVIRA, DOÑA JUANA, DOÑA CHEPA.

DOÑA CHEPA.

Buhonera anciana. Lleva colgado del brazo un cajoncito con mercaderías, chato y dividido en secciones protegidas por pequeños vidrios que tapan dichas mercaderías, consistentes en alfileres, dedales, hilo, lápices, jabones, etc. Una peluca blanca cubre su cabeza y grandes anteojos azules disimulan sus ojos. Suecos en los piés. Pollera de quimón con un delantal azul obscuro por encima.

Buenas noches, señora doña Juana. ¡Albricias, albricias, niña. (Bajando la voz con tono de misterio). ¡Está aquí!...

ELVIRA.

¡Manuel! ¿De vuelta ya? ¿Sano y salvo?...

DOÑA CHEPA

¡Sano y salvo!... Me entregó esto.

ELVIRA.

¡Una carta! Démela...

DOÑA JUANA.

¿Qué será?

ELVIRA, leyendo.

« Mi Elvira: He llegado al amanecer de vuelta de « Curicó. Urge que vea á ustedes esta misma noche, « aunque solo sea un segundo, al través de la reja. La « fiel patriota doña Chepa les entregará unos papeles de « gran importancia. Guárdenlos hasta que yo pueda ha- « blarlas. A las diez, así que haya pasado el sereno, y « si no hay ronda ó impedimento, estaré frente á su ven- « tana, disfrazado. Tres silvidos muy leves anunciarán « mi presencia allí. Habrá que velar hoy probablemente « hasta altas horas de la noche. Llegan de la otra banda « grandes noticias que confirman las que yo mismo traje « el mes pasado y que ya conocen ustedes. Hasta luego. « Todo lo que hay de más amante en el alma de su « *Manuel* ».

DOÑA JUANA, mirando la hora.

A las diez ¡faltan solo algunos minutos!

ELVIRA, á doña Chepa.

Trae también unos papeles, doña Chepa, ¿no es verdad?

DOÑA CHEPA.

Sí, aquí están.

ELVIRA, mirándolos.

¡Los papeles secretos del Tribunal de Vigilancia y Seguridad! Pero ¿cómo habrá podido?...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS—PETRONA—UN SERENO, afuera.

VOZ DEL SERENO, afuera.

Ave María Purísima... ¡Las diez han dado y sereno!...

ELVIRA.

¡El sereno!...

Se oye su voz que va perdiéndose á lo lejos.

Ya pasó...

PETRONA, entrando.

Señora: no se encuentra el catre para el negro, ¿ dónde le hago cama?

DOÑA JUANA, impaciente.

Vamos, tendré que ir yo misma. (A Elvira). Aprovecharé para observar por el fondo mientras hablas con Manuel.

PETRONA, aparte.

¿Y ésta? (por doña Chepa). Supongo que no se quedará á dormir aquí también. ¡Esto no es fonda!

DOÑA JUANA.

No tengas cuidado; pronto se irá.

Se dirige hácia adentro con Petrona.

PETRONA.

¡Dios mío, Dios mío, qué confusión!

ESCENA IX.

ELVIRA — DOÑA CHEPA.

ELVIRA.

Estemos atentas á la señal de Manuel. ¿ No se siente cansada, doña Chepa? (Con cariño). ¿ Quiere tomar algo, comer cualquier cosa?

DOÑA CHEPA.

Nada. Yo no me canso. No tengo hambre ni sed. Me he propuesto comer solo yerbas y frutas hasta que pueda sacarle los ojos á ese miserable de San Bruno para dárselos á comer á los perros. El honor de mi hija debe ser vengado, y lo será. Pero para ello se necesita usar de mucha paciencia: es absolutamente necesario que San Bruno y el sargento Villalobos sigan creyéndome inofensiva.

ELVIRA.

¿Y no teme que la descubran sus esbirros, trayendo estos papeles?

DOÑA CHEPA.

No desconfían de mí: eso es lo importante. Descuide, niña... sabré hacer mi papel hasta el fin.

Se oyen afuera tres silvidos.

¡El es, él es!... ¡Allí está!...

ELVIRA, á doña Chepa.

¡El!... ¡Apague la luz, doña Chepa!

Esta sopla las luces del candelero.

Así: bien.

Corre á la ventana y abre el postigo.

¡Manuel!

ESCENA X.

LAS MISMAS — MANUEL RODRÍGUEZ.

RODRIGUEZ afuera.

¡Ah! ¡Por fin!...

Pasa las manos al través de los barrotes y toma entre ellas las de Elvira. Las besa amorosamente.

ELVIRA, en voz baja.

¿Nadie ronda por afuera?

RODRIGUEZ.

Nadie...

ELVIRA.

¿Está usted seguro?

RODRIGUEZ.

Seguro.

ELVIRA, ansiosamente.

Observe el Tajamar, Manuel.

RODRIGUEZ.

Lo he observado ya. ¡Nadie, nadie!

ELVIRA.

Me pareció ver moverse un bulto allí, hácia la izquierda...

RODRIGUEZ.

Es mi caballo

ELVIRA.

¿Nestor?

RODRIGUEZ.

Nestor.

ELVIRA.

¡Noble bruto!

RODRIGUEZ.

Viene herido.

ELVIRA.

¿Herido? ¡Ah! ¿grave?

RODRIGUEZ.

Nada de grave, por fortuna: un sablazo que le tajeó la piel. Será conveniente, sin embargo, dejarlo aquí, pues temo que lo reconozcan.

ELVIRA.

Voy á ordenar que lo hagan entrar ahora mismo por el fondo.

DOÑA CHEPA.

No: iré yo.

Sale precipitadamente por la derecha hácia el interior.

RODRIGUEZ.

¿Estaba ahí aún doña Chepa?

ELVIRA.

Sí.

RODRIGUEZ.

¿Y doña Juana?

ELVIRA.

Acaba de entrar. Vigila la calle por el otro lado. La llamaré.

RODRIGUEZ.

No, Elvira. El tiempo vuela. Dispongo solo de algunos minutos para distribuirlos entre mi amor y mi deber.

ELVIRA, con ternura y ansiedad.

¡Ah! ¿Y no lo habrán seguido, Manuel?

RODRIGUEZ.

No lo creo. Han de imaginarme lejos de Santiago.

ELVIRA.

Sin embargo... «La Gaceta»...

RODRIGUEZ.

La he visto. ¡Como siempre: desorientada!... Lo único cierto es lo de la calesa del Presidente.

ELVIRA

¡Qué imprudencia!...

RODRIGUEZ.

Una simple travesura (transición). ¡Mi Elvira: valor y confianza! Muy pronto llegará el instante tras del cual podremos vernos por fin sin ocultarnos. ¡Y ser felices! Mis anhelos van ya á cumplirse; lo presiento. Se resumen en estas solas palabras: mi patria libre y Elvira mía para siempre...

ELVIRA.

¡Ah, Manuel, tiemblo por usted!

RODRIGUEZ.

No hay motivo. El momento es solemne. Melipilla y Curicó están en mis manos. San Martín avanza ya por el otro lado con un séquito marcial y brillante, al frente de tropas que resultarán invencibles. Todo lo arrollarán. Le acompañan unos cuantos de los nuestros: entre ellos O'Higgins, Freire y Picarte. Las últimas medidas están tomadas, pero falta algo aún. ¿Le entregó doña Chepa unos papeles?

ELVIRA.

Aquí están. ¿Qué hago con ellos?

RODRIGUEZ.

Escúcheme, Elvira, y no pierda una sola palabra de lo que voy á decirle.

ELVIRA.

Soy toda oídos.

RODRIGUEZ.

Dentro de un instante vendrá aquí un hombre.

ELVIRA.

¿A mi reja?

RODRIGUEZ.

Sí: un patriota de San Felipe, que tiene que ponerse al habla con un miembro de la Logia de Lautaro: don Juan Pablo Ramírez, á quien ustedes conocen.

ELVIRA.

Perfectamente.

RODRIGUEZ.

Ambos aguardan, ocultos, á cincuenta pasos de aquí, una señal mía.

ELVIRA.

Comprendo.

RODRIGUEZ.

Pues bien: recíbanlos ustedes; pero como de costumbre, exigiéndoles previamente, por esta ventana, la mención de sus seudónimos.

ELVIRA.

¿Cuáles son, en este caso?

RODRIGUEZ.

Para don Juan Pablo: el de *Astete*, y para el otro: *Villagrán*. El verdadero nombre de éste es Salinas.

ELVIRA.

No lo olvidaré.

RODRIGUEZ.

Al señor Ramírez le entregará usted los papeles que trajo doña Chepa. Lo demás lo harán ellos.

ELVIRA.

Convenido. ¿No hay otra cosa?

RODRIGUEZ.

Nada más.

ESCENA XI.

LOS MISMOS—DOÑA JUANA—DOÑA CHEPA.

DOÑA JUANA, entrando precipitadamente.

¡Manuel, huya! ¡Por el fondo viene gente!...

DOÑA CHEPA.

¡Una banda de polizontes!

RODRIGUEZ, con rapidez.

¿Queda á salvo el caballo?

DOÑA JUANA.

Sí, y el portón con doble barrote. . ¡Pero huya, por Dios! ¡Ocúltese en el Tajamar!

ELVIRA.

¡Pronto, pronto!

RODRIGUEZ.

¡Adiós! ¡Hasta luego!

ELVIRA.

¡Adiós!

Cierra precipitadamente la reja.

DOÑA CHEPA.

¡Yo saldré por el tejado!

ELVIRA.

¡No, quédese, doña Chepa!

DOÑA CHEPA.

Tengo que prestar aún un servicio á tu Manuel. ¡Adiós! La noche no me arredra. Ando como los murciélagos por los muros. A pesar de mis 65 años, no le temo al vértigo... ¡Adiós!

Sale precipitadamente por la derecha. Ruido de sables y de pasos, como de soldados en marcha. El ruido aumenta y parece venir del lado izquierdo; es decir, por donde se encuentra la puerta de calle.

ELVIRA.

Debe de ser una ronda.

Asomándose por la ventana, para lo cual entreabre un postigo.

¡En salvo! ¡Saltó el murallón del Tajamar! ¡Ya no pueden verle, gracias á Dios!... (con un suspiro de satisfacción) ¡Y los otros, que van á venir! (inquieta). La patrulla se acerca por este lado.

Aumenta el rumor exterior.

ESCENA XII.

DOÑA JUANA—ELVIRA—PETRONA, seguida del negrillo.

PETRONA entrando muy asustada.

¡Señora! ¡Señorita!... ¡Esta vez sí que va de veras! Los he visto por una rendija. ¡Vienen derechito para acá!

El ruido de la patrulla, que pasa de largo, va disminuyendo y muere por fin á la distancia

ELVIRA.

¡Calla, no alborotes!

EL NEGRILLO.

¡Sí, sí! ¡Dice esta señora (casi llorando) que se comen á la gente! ¿Dónde está mi amita? ¡Yo quiero irme, me quiero esconder!...

PETRONA.

¡Dios nos ampare!

Huye para adentro seguida del negrillo.

EL NEGRILLO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

Corre. Un momento de silencio.

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, ELVIRA; luego RAMIREZ y SALINAS.

ELVIRA, rápidamente.

¡Pasaron!... Madre: tendremos que velar esta noche. Vendrán dos personas á quienes hay que recibir y entregarles los papeles dejados por doña chepa.

DOÑA JUANA.

¿Dos personas? ¿Quiénes son?

ELVIRA.

¡Dios mío, con tal que no haya olvidado los nombres! ¿A ver?.. Astete—Ramírez—Villagrán—Salinas. ¡Eso es!...

DOÑA JUANA.

¿Qué estás diciendo?

ELVIRA.

Son los nombres y pseudónimos de los patriotas. Uno de ellos es don Juan Pablo; el otro...

DOÑA JUANA.

¿Y á qué vienen esos señores?

ELVIRA.

A ponerse mutuamente de acuerdo; ya lo veremos. No tardarán, porque se hallaban á cincuenta pasos de aquí.

Toma los papeles del Tribunal de Vigilancia y se pone á mirarlos.

¡Cuánto informe terrible, mamá!

DOÑA JUANA. mirando á su vez.

¡Y cuánto nombre!

ELVIRA, lee:

"Sospechosos: los Marín, los Rosales, los Aldunate.
" Vigilar la casa de la señora Monasterio de Lattapiat,
" peligrosa insurgente. Vigilar, también, á doña Luisa
" Recabarren de Marín y á doña Juana Muñoz de Re-
" calde con su hija Elvira..."

DOÑA JUANA.

¡Tenía razón Rosarito!...

ELVIRA.

Vuelve dos ó tres páginas, y lee más adelante:

" Orden secreta: A todo insurgente que se resista á
" revelar un hecho que sea interesante conocer, se le
" trasladará al cuarto obscuro interior del segundo piso
" de la casa del Tribunal, y aun en caso de ausencia del
" Presidente, se le aplicará, sin aguardar autorización di-

" recta, el tormento de contorsión que allí existe, hasta " que confiese..." ¡Horrible! ¡Oh, y pensar que en estos tiempos!...

Se oyen golpes discretos en la ventana.

¡Ah, aquí están!

Vuelve á la ventana, la cual, como de costumbre, entreabre suavemente.

¿Quiénes?

VOZ, afuera.

Amigos.

ELVIRA.

¿Seudónimos?

VOZ.

«Astete» y «Villagrán».

ELVIRA.

¿Nombres?

VOZ.

Ramírez y Salinas.

ELVIRA.

Bien: voy á abrir.

Cierra la ventana y se dirige á la puerta.

DOÑA JUANA.

Recíbelos tú: yo volveré á vigilar el fondo.

ELVIRA.

Si golpean en la puerta falsa, no hay que abrir antes de que nos pongamos de acuerdo. En caso de alarma por aquí, los haremos salir por allá, y vice-versa.

DONA JUANA.

Perfectamente.

Sale. Elvira corre el cerrojo y abre.

ESCENA XIV.

ELVIRA—RAMÍREZ—SALINAS (este con un modesto disfraz).

ELVIRA.

Adelante, caballeros.

RAMIREZ.

Salud á la encantadora y valiente patriota. (Presentando): El señor don Pedro Salinas...

SALINAS.

O Villagrán: como ustedes quieran.

RAMIREZ.

Excelente conspirador y caballero. Con ese modesto disfraz ha galopado más de treinta leguas sin ser conocido. Viene de Quillota, donde deja preparada la insurreción. (A Elvira) ¿Y su señora madre?

ELVIRA, sonriendo.

Adentro, en observación: tenemos que dividir nuestras fuerzas.

RAMIREZ.

Justo. ¿Tiene usted los papeles secretos de San Bruno?...

ELVIRA.

Aquí están. ¡Hay cosas horribles!

RAMIREZ, frotándose las manos.

¡Todo irá á la Logia! Ahora, asiento, amigo Salinas: no hay tiempo que perder. Veamos esas comunicaciones de la otra banda.

SALINAS.

Aquí están.

Sacando una carta que trae cosida en el forro de su saco.

Son de San Martin, para la Logia de Santiago.

RAMIREZ.

¿Por qué conducto han venido?

SALINAS.

Por San Felipe, y en previsión, según parece, de que Manuel Rodriguez no pudiera entregar á tiempo las que

él mismo trajo hace cosa de un mes. Desgraciadamente los últimos entorpecimientos causados por la vigilancia de Barañao han retenido éstas en Quillota más de tres semanas. Temo que resulten muy atrasadas.

RAMIREZ.

En todo caso, veremos lo que dicen. Están en cifra. Habrá que traducirlas.

ELVIRA, abriendo un cajón secreto.

Aquí hay un ejemplar del Código especial. Pertenece al señor Rosales. Pueden utilizarlo.

RAMIREZ.

Magnífico. A la obra. Elvira: tome papel y una pluma. Usted servirá de secretaria; Salinas leerá. Yo buscaré las palabras.

ELVIRA, tomando pluma y papel.

Adelante. Estoy lista.

RAMIREZ.

¡Siempre diligente!

SALINAS, leyendo.

«Amados hermanos Pedro y Juan: Todo está listo para la cosecha...

RAMIREZ, hojeando el Código.

«Pedro»: Don Santiago Aldunate; «Juan»: soy yo. «Cosecha»: «partida de la expedición»...

ELVIRA, anotando.

Expedición...

SALINAS.

Nuestra viña tiene listas tres mil doscientas parras...

RAMIREZ.

«Viña»: infantería; «Parras»: soldados. Siga.

ELVIRA.

Tres mil doscientos soldados de infantería...

SALINAS.

Los nogales son seiscientos cuarenta...

RAMIREZ.

«Nogales»: soldados de caballería.

ELVIRA.

Seiscientos cuarenta de caballería...

SALINAS.

Los perales suman en todo cuatrocientos...

RAMIREZ.

«Perales»: artillería.

ELVIRA.

Y cuatrocientos de artillería. ¿Què más?

SALINAS.

« Traten de enviarme inmediatamente las cifras detalladas de las cosechas rivales de por allá y su distribución, para ver si les llevamos la ventaja aquí y si conviene mandar ya las nuestras para venderlas del otro lado y, según eso, á dónde y por dónde...»

RAMIREZ.

Aguárdese: «Cosechas rivales»: el ejército enemigo.

Elvira continúa escribiendo.

SALINAS.

« Es urgente. Hecho esto, no hay más que seguir, como hasta ahora, preparando á los peones que han de recibirla y aguardar las noticias próximas. Recuerdos á todos. Su hermano José ».

RAMIREZ.

«Peones»: revolucionarios chilenos. Comprendido perfectamente (á Elvira). Leamos ahora la traducción completa, hijita.

ELVIRA, acabando de escribir.

« Queridos amigos Don Santiago y Don Juan Pablo « Ramírez: Todo se halla listo para la partida de la « expedición. Nuestro ejército cuenta con 3200 soldados « de infantería, 640 de caballería y 400 de artillería. Tra- « ten de enviarme inmediatamente las cifras detalladas « del ejército enemigo y su distribución, para ver si nos

487662

« conviene ya partir y, según sea esa distribución, fijar « el itinerario conveniente. Hecho esto, no tienen más « que seguir aprontando á los revolucionarios chilenos y « aguardar las próximas noticias. Recuerdos á todos.— « *José de San Martín* ».

RAMIREZ.

En efecto, señor don Pedro: habría sido ya algo tarde para contestar estos puntos, porque San Martín debe de hallarse en movimiento á la fecha. Pero, por fortuna, solo se trata en esta carta de la confirmación de los datos y preguntas que nos trajo Rodríguez. ¡La respuesta está ya, pues, en Mendoza!

Con entusiasmo, frotándose las manos.

¡Espléndido! ¡Todo marcha á las mil maravillas! ¿Y Quillota?...

SALINAS.

Traslaviña y Hernández tienen asegurado el levantamiento de toda esa región para cuando se dé la señal. Barañao dispone solo de un escuadrón: el de húsares de Concordia, fuerza insuficiente para resistir al vigoroso ataque del pueblo...

Grandes golpes á la aldaba de la puerta.

VOZ BRONCA DE SAN BRUNO.

¡Ah de casa! ¡Ábrase la puerta!

ELVIRA.

¡La voz de San Bruno!..

RAMIREZ.

¡Fatalidad! ¡Ocultarlo todo! ¡El código, el código, especialmente!

ELVIRA á Ramírez.

¿A usted le conoce San Bruno, no es verdad?

RAMIREZ.

Sí.

ELVIRA.

¿Y al señor Salinas?

RAMIREZ.

¡No, seguramente no!

ELVIRA.

¡Bien! Usted (por Ramírez) allí entonces... ¡pronto! (indicándole el escondite tras del retrato). Usted... (á Salinas).

SALINAS.

De mí no se preocupe: mi deber es permanecer al lado de ustedes...

ELVIRA.

¡De ningún modo! Sería complicar inútilmente la situación. Deme la carta. ¡Por la puerta falsa, al fondo! ¡Procure usted saltar por encima, si no puede abrirla! ¡Pronto!...

SALINAS, resistiéndose aún.

¡Pero... no es posible dejar á ustedes solas!...

RAMIREZ.

¡Haga usted lo que le dice esta niña!

ELVIRA.

¡Salga, salga!

SALINAS.

Si es así... obedezco.

Sale por la derecha.

RAMIREZ.

Los papeles del Tribunal de Vigilancia... ¡Ah, aquí están.

Los oculta en el pecho.

VOZ DE SAN BRUNO, afuera, con impaciencia.

¡Abran, digo!

RAMIREZ.

¡La carta original de San Martín! La ocultaré...

ELVIRA.

No. Tengo mi idea. Será nuestra salvación si el señor Salinas no logra salir de la casa.

RAMIREZ.

¡Cómo! Pero, en fin, confío en usted... ¿Y la traducción?...

ELVIRA.

¡Al fuego!

Arroja al brasero el papel.

¡Ahora, al escondite!

Ramírez corre á ocultarse.

RAMIREZ.

¡Sangre fría y disimulo! ¡Negar, negar siempre!...

Desaparece.

VOZ DE SAN BRUNO, afuera.

¿Resisten? ¡Ábrase la puerta en nombre de la autoridad!...

ESCENA XV.

ELVIRA, DOÑA JUANA, luego RAMÍREZ.

DOÑA JUANA. aparece agitadísima.

¡Ah, hija mía: esta vez estamos perdidas! ¡Han apostado dos centinelas en el fondo, nadie podrá escaparse!

ELVIRA.

¡Centinelas!... ¡Santo Dios!... Pero no hay que perder la cabeza: procuremos disimular...

VOZ DE SAN BRUNO.

¡Con cien mil legiones de demonios! Por última vez, ¿abren ó no abren? ¡Voy á echar la puerta abajo!

DOÑA JUANA.

Intenta, de nuevo, por la ventana...

ELVIRA, con desaliento.

¡Inútil! ¡Es San Bruno en persona!

Va hácia la puerta

Calma, madre: puede ser que logre desorientarle.

Corre el cerrojo y abre de par en par la puerta.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS—SAN BRUNO—EL SARGENTO VILLALOBOS—SOLDADOS.

SAN BRUNO.

Dando un paso hácia adelante: le siguen un sargento y cuatro soldados armados.

¡Voto al infierno! ¡Al fin!

ELVIRA, con firmeza y altivez.

¿Qué busca usted?

SAN BRUNO.

¡Ya lo sabrá!...

DOÑA JUANA.

¿Trae usted títulos que abonen su derecho para allanar un domicilio, así, y á estas horas?

SAN BRUNO, brutal.

¡Calle la insurgente! ¡Soy Gefe Supremo del Tribunal de Vigilancia, con privilegio de penetrar en las casas cuando se me dá la gana!

ELVIRA.

¿El motivo?

SAN BRUNO, suavizando el tono.

¿Desea saberlo la buena moza? Nada, sino que se las conoce á ustedes por insurgentes y hay denuncia de que esta puerta se abre y se cierra con demasiada frecuencia de noche.

DOÑA JUANA.

¡Es nuestro derecho!

SAN BRUNO.

Pero no se debe abusar de él, porque da lugar á sospechas. ¿No esconden ustedes á nadie?

DOÑA JUANA, turbada.

¿Esconder? ¿Qué quiere usted decir?...

SAN BRUNO.

No es á usted á quien corresponde interrogar. Debe responder...

ELVIRA, irónica.

Olvida usted, en efecto, mamá, que al señor Mayor San Bruno no le es permitido despojarse un segundo siquiera de su carácter y autoridad. ¿Qué dirían esos soldados que le escuchan, y, sobre todo, el sargento Villalobos, si lo vieran callar en esta ocasión? Por lo menos que tenía miedo...

SAN BRUNO, con furor reprimido.

¿Sátiras á mí? ¡Ea, amiguita: no perdamos tiempo! ¿Es verdad, ó no, que mantienen oculto aquí á un hombre? ¡Conteste!

ELVIRA. con calma.

Que hay en este momento un hombre en esta casa—no habría para que negarlo...

DOÑA JUANA, bajo.

¡Elvira!

SAN BRUNO.

¿Luego confiesa? ¡Soldados!...

ELVIRA con igual calma.

Aguarde un momento: no se precipite: escapársele el tal hombre no podrá; ¡son ustedes cinco aquí, y cuatro por lo menos allá en la calle, por el fondo!

SAN BRUNO

¡Acabemos! ¿Dónde se halla oculto ese hombre?

ELVIRA.

¿Oculto? En ninguna parte. Visible para todo el mundo, allá adentro, ó aquí, en el momento en que se quiera. ¿Le interesan á usted las viñas, y los perales, y las nueces?...

DOÑA JUANA, bajo, á su hija.

¿Qué intentas? (alarmada).

ELVIRA.

Hace una señal imperceptible á su madre para que se calle.

SAN BRUNO.

¡Basta de burlas! ¡Si no fuera usted mujer!... Y sobre todo, si no fuera usted quien es!...

ELVIRA, simulando asombro.

¿Si no fuera yo quien soy?... ¡Es verdad! Parece, por lo que se ve, que para usted soy *alguien;* porque, para los demás, para todo el mundo, solo se trata de una

pobre muchacha, huérfana de padre, sin importancia, sin bienes ya...

SAN BRUNO, cambiando de tono.

Para mí... (con zalamería) se trata... se trata de una chica guapísima (acercándosele. Elvira se retira con altivez)... ¡No se asuste! ¡Vamos, vamos, que no me la voy á comer!...

ELVIRA, con tono de indignación.

¡Acabemos! ¿Qué se propone usted?

SAN BRUNO, brutal.

¿En ese tono lo toma? ¡Y bien! entréguenme ustedes al punto al insurgente que tienen oculto aquí: á ese viejo badulaque de Rosales!...

ELVIRA.

¿Rosales? ¿Qué Rosales?

SAN BRUNO.

¡Rosales!

ELVIRA.

¿El respetable anciano, padre de mi amiga Rosarito?... ¿Aquí? ¡Qué cómico! (ríe) ¡Ja, ja, ja!... ¿Rosales aquí?

SAN BRUNO, con furia reconcentrada.

¿No acaba usted de confesarme que le tiene oculto?

ELVIRA.

Ni he confesado que tenga oculto á nadie, ni he nombrado al señor Rosales.

SAN BRUNO, furioso.

¿Se burla usted otra vez de mí?

ELVIRA.

No veo por qué.

SAN BRUNO, estallando.

Pero, ¡con cien mil de á caballo: en qué quedamos, ¿tienen ó no tienen ustedes escondido á un hombre, quien quiera que él sea?...

ELVIRA, con firmeza.

Vuelvo á decirle que no tenemos á nadie oculto aquí. Allá, adentro, hay un hombre, en verdad; pero no está oculto.

SAN BRUNO.

¿Un insurgente?

ELVIRA.

Eso puede usted preguntárselo á él.

SAN BRUNO.

¿Dónde está?...

ELVIRA.

En la cocina probablemente, pues siendo primo de nuestra criada... á quien ha venido á visitar... ¿Se interesa usted por las uvas?

SAN BRUNO, con rabia.

¡No!

ELVIRA.

¿Y por las peras?

SAN BRUNO.

¡He dicho que no!

ELVIRA.

¿Por las nueces?

SAN BRUNO.

¡Al diablo la burlona! ¡Mire que si pierdo la paciencia!...

ELVIRA.

Si desea entrar en un buen negocio, puede examinar este papel. La criada en cuestión—que poco sabe de letras—acaba de traérnoslo para que le digamos lo que contiene.

Le alarga la carta de San Martín.

DOÑA JUANA, aparte.

¡La carta de San Martín!

SAN BRUNO.

¿De la otra banda?

Lee:

«Amados hermanos Juan y Pedro»:

ELVIRA, interrumpiendo.

Otros dos primos de la criada. Siga.

SAN BRUNO, leyendo.

«Todo está listo para la cosecha. Nuestra viña tiene 3200 parras...»

ELVIRA, interrumpiendo.

Ya se lo decía yo á usted; ¡tres mil docientas parras! ¡un negoción!...

SAN BRUNO.

«Los nogales son 640; los perales...»

Tira el papel, con rabia. Elvira lo recoge.

¡Al diablo con los perales y las parras! ¿Y á mí qué me importa todo esto?...

ELVIRA.

Así me lo preguntaba yo: ¿qué pueden interesarle al señor San Bruno y á sus Talaveras las nueces y las uvas, á menos que estas últimas no se las den en jugo?

SAN BRUNO, entre impaciente y cortado.

Y ¿dice usted que ese hombre—el que ha traído esta carta—está allá adentro?

ELVIRA

En la cocina, sin duda. Puede usted ir á verle. O, si lo prefiere, iré yo misma á buscárselo.

Hace como que se dispone á salir.

SAN BRUNO, deteniéndola

Aguárdese. ¿Luego ese pícaro de Rosales no está en esta casa?

ELVIRA.

¡Vuelta con Rosales! Puede usted buscarle. ¡Entre! Registre; pero que sea hasta el último rincón: no vaya usted á salir defraudado en sus esperanzas y lo destituya el Presidente... ¡Adelante! ¡Tiene usted franco el paso!...

SAN BRUNO, refunfuñando.

¡Es el mismísimo demonio esta chica! ¡Y bonita! En fin: no seré yo quien moleste á mujeres. ¡Un Talavera! Hagamos las paces, pues. (Zalamero) Venga acá la mano de esa traidora de su Rey y desertora de su bandera!

Le alarga la mano.

ELVIRA.

Paces; pero sin mano.

SAN BRUNO, picado.

Me retiro. ¿Pero me permitirá usted, siquiera, que encienda antes un cigarrillo en su brasero? Es lo menos que puede usted hacer en obsequio de quien se va sin registrar su casa—haciendo honor á sus encantos. Vamos.

Saca un cigarrillo y se inclina para encenderlo. Al llevar á cabo este movimiento ve que un pedazo del papel que ha arrojado Elvira al fuego está intacto, sin quemarse. Para ello se procederá bañando previamente en una solución de amianto la parte del papel en cuestión que se quiere dejar incombustible.

Con este papelito encenderé muy bien.

Lo saca del fuego y ve que hay algo escrito en él.

Está escrito. Perdone la curiosidad.

Lee:

«Cosecha—partida de la expedición».—¡Ola! ¿qué es esto?

ELVIRA, aparte.

¡Santo Dios!

DOÑA JUANA, aparte.

¡La traducción!

SAN BRUNO, continuando.

«Peras—infantería (se anima poco á poco) nogales—caballe-

ría! — perales — artillería!»... ¡Infierno! ¡lo demás está quemado!...

Se da un golpe en la frente. Luego torna al tono de burla amenazadora.

¡Ola! ¡Ola! ¡Correspondencia militar!

Elvira pretende ocultar, con disimulo, el papel de San Martín en el pecho y, pálida de emoción, se apoya sobre la mesa.

¡Nadie se mueva! ¡Soldados! ¡Cerrar las puertas! (Transición violentísima en el tono de San Bruno). ¡Insurgentes del demonio! ¿con que esas teníamos?

DOÑA JUANA.

¡Fuí yo, no fué mi hija!

SAN BRUNO.

¡Silencio! A ver, sargento Villalobos, ¡adentro! ¡á traer á ese hombre, quien quiera que sea; y á esa criada, y á todo el mundo!... Y al que se resista, rajarlo de un sablazo. ¡Adelante!

El sargento y los soldados se precipitan hácia el interior.

¡Ah! ¿con que era usted una comedianta de primer orden, no es verdad? y este papelito, nada menos que de su puño y letra!...

DOÑA JUANA.

Esa letra...

SAN BRUNO.

¡Silencio, he dicho! Traidores! bandidos!... ¡En correspondencia con los insurgentes de la otra banda!

Se pasea violentísimo, arrastrando el sable por el suelo.

¡Ya verán lo que se les espera!...

Entran presos Salinas, Petrona y el negrillo.

¡Ah! aquí están.

Frotándose las manos.

PETRONA.

¡El! ¡Ah!

Se tapa la cara, tiembla.

EL NEGRILLO.

¡Nos va á matar! ¡nos va á matar... ay! ay! ay!

SAN BRUNO, dando una feroz patada en el suelo.

¡Silencio! ¿No hay nadie más, sargento?

SARGENTO.

Nadie más, mi mayor. Lo único que queda allá adentro es un hermoso caballo negro...

ELVIRA. aparte.

¡Ah!...

SAN BRUNO.

¿Caballo negro?

SARGENTO.

Está levemente herido de arma blanca al parecer...

SAN BRUNO.

¡Ola, ola! ¿herido de arma blanca?... Pero ya trataremos de eso, (á Salinas) ¿Quién eres tú?

SALINAS, movimiento de ira.

Un viñatero de San Felipe.

SAN BRUNO.

¡Mientes! ¡eres un espía! Las pruebas están en mi poder.

SALINAS, enérgicamente.

Si es así, disponga entonces de mí; pero hágalo sin grosería, sin tutearme por lo menos, tanto más cuanto que dice que sabe ya quien soy.

SAN BRUNO.

¡Insolente! (á los soldados). ¡Al calabozo con ese... y con todos los demás!...

PETRONA, suplicando.

¡Señor!

SAN BRUNO.

¡Vamos! ¡Prenderlos! menos á ésta todavía (por Elvira). Tengo que hablarla. ¡Los otros, al Santa Lucía!

DOÑA JUANA, con dignidad.

Concédanos usted siquiera esta casa por cárcel, mientras se nos juzga. Puede usted dejar sus centinelas apostados...

EL NEGRILLO, llórando.

Ay! ay! ay!

PETRONA, se hinca.

¡Perdón, Don San Bruno! ¡Perdón!...

SALINAS, apretando los dientes con furor.

¡Oh! (á Petrona) ¡Nadie debe humillarse aquí!

ELVIRA, con altivéz, á San Bruno.

¡Cumpla usted con su deber por entero! Yo soy aquí tan culpable como los demás. Debo por consiguiente, ir á la prisión junto con ellos. La suerte nos es contraria, está bien: ¡sabremos arrostrar las consecuencias!

DOÑA JUANA.

¡Oh, no, que se salve ella! Yo expiaré gustosa...

ELVIRA.

Madre, no se aflija...

Se oyen los sollozos sordos de Petrona y del negrillo.

Si hemos de ser condenadas á prisión, lo seremos juntas. Si á muerte, ¡pues bien! moriremos abrazadas! El señor San Bruno, que fué testigo de cómo subió las gradas del cadalzo María Hernández; de cómo marchó á

la cárcel Agueda Monasterio, y cómo resistió la afrenta de sus azotes Manuela Santelices, será testigo también de cómo vivan á la patria antes de tender su cuello á la horca, la esposa y la hija del Coronel don Juan Ruiz de Recalde, muerto heroicamente en el sitio de Rancagua. ¡Vamos!

Indicando la salida con gesto de resolución.

SAN BRUNO.

¡Estos primero, he dicho! **(por todos, menos Elvira).** Usted después. Tengo que hablarla á solas. Sargento Villalobos, permanezca usted aquí con un soldado. Los demás ¡adelante!

Los soldados empujan á los presos y los dirigen hácia la puerta. Salinas quiere resistir, pero lo vencen.

DOÑA JUANA.

Sin mi hija ¡jamás! ¡No puede quedar sola aquí, con ese hombre!...

Debatiéndose.

SOLDADOS, empujándola.

¡Afuera!

DOÑA JUANA.

¡Elvira! ¡Elvira!

Se la llevan.

SALINAS.

¡Verdugos!

Lo llevan.

ELVIRA.

Quiere seguirlos. San Bruno le intercepta la retirada.

SAN BRUNO.

¡No, antes de que me oiga á solas!

ELVIRA.

¡Miserable! Viva ó muerta no me quedaré aquí ¡Paso!

SAN BRUNO.

¡No!

ELVIRA, retrocediendo.

¿Qué tienes que decirme, infame? ¡Acaba!

SAN BRUNO.

Ya lo oirá á su tiempo (al sargento). Sargento Villalobos, ¿dice usted que hay allá adentro un caballo?

SARGENTO.

Sí, mi mayor.

SAN BRUNO.

¿Negro, tipo árabe, muy hermoso?...

SARGENTO.

Precisamente, mi mayor.

SAN BRUNO.

¿Herido de un tajo en el anca... no es verdad?

SARGENTO.

Pero muy levemente.

SAN BRUNO.

Bien. Las señales coinciden: es el mismo. Vayan ustedes dos (por el sargento y el soldado) y sáquenme á la calle por el fondo, ese animal. Luego esperen órdenes afuera.

ELVIRA, aparte.

¡Nestor! (alto) ¡Jamás!

SAN BRUNO, satírico.

Ola! ola! ¿tanto le interesa ese animal?

ELVIRA.

¡Eso á usted no le importa! El caballo me pertenece y ni usted ni nadie tiene derecho á apoderarse de él. ¡Concluyamos, por fin: quiero reunirme con mi madre!

SAN BRUNO.

Vaya, sargento, cumpla, mis órdenes.

SARGENTO, cuadrándose.

Es que... mi mayor, no podemos sacarlo, porque, al apostar los centinelas, he notado que el portón es sólido y tiene doble barra de hierro. Si se me dan las llaves...

SAN BRUNO, impaciente á Elvira.

¿Las tiene usted?

ELVIRA.

No.

SAN BRUNO.

Entonces, sargento Villalobos, eche abajo el portón. Y si la cosa resulta difícil, no vacile ¿oye? ¡el caballo saldrá por aquí, por esta puerta!

Indica la del salón, que da á la calle.

SARGENTO, vacilando.

¿Por aquí? ¿por la sala?

SAN BRUNO, impaciente.

¡Por aquí, por la sala, con cien mil demonios!... ¡No acostumbro decir una cosa por otra!

El sargento y el soldado se van.

ELVIRA.

¡Oh, inícuo atropello! ¡Pero es digno de quien lo hace!

SAN BRUNO.

¡Los insultos no me importan! Está usted en mi poder. Toda cólera es inútil. Escúcheme, pues. Este papel y el otro que ha ocultado usted en el pecho, puestos

juntos, significan para usted y para su madre la horca. Yo puedo anular todo eso: más aún: evitar que sufran ustedes el menor daño...

ELVIRA.

¡Concluyamos, he dicho!

SAN BRUNO.

Acercándose, con ojos encendidos por la lujuria y en ademán de querer tomarle la cintura.

¡Yo la amo!...

ELVIRA, retrocediendo.

¡Y yo, monstruo, te odio!...

SAN BRUNO.

¡No, no es posible! (suplica) ¡una palabra suya y quedan ustedes libres!

ELVIRA.

¡Miserable! no lo dudo ¡eres capaz hasta de hacer traición á los tuyos!...

SAN BRUNO, retrocediendo.

¡Eso nunca! Combatiré con rabia, y á muerte, á mis enemigos; lo haré por mi bandera y por mi Rey, sin dar ni pedir cuartel; pero eso no quita que, sin hacer traición á nadie, pueda yo librar á ustedes de la horca! ¡Vamos, por última vez! ¿consiente usted ó no consiente en...

ELVIRA.

¡Te odio, te odio! ¿no lo has oido aún lo bastante?...

SAN BRUNO, con furia.

¿Es esa su última palabra?

ELVIRA.

¡La única!

SAN BRUNO.

¡Y bien: sea! con ira ¡A la cárcel, al calabozo! ¡Pero venga primero ese papel!...

ELVIRA.

¡Me lo arrancarán solo con la vida!

Retrocediendo y llevándose las manos al pecho.

SAN BRUNO.

¡O con estas manos!

Le pone la mano en el pecho y luchando la lleva hasta cerca del retrato. Ramírez lo hace girar bruscamente y, saliendo, toma á San Bruno los brazos por detrás y lo sostiene, gritándole: ¡Villano! En ese momento aparece el sargento seguido del soldado, que trae de la brida al caballo, con el cual entra en la sala. Al ver á San Bruno sostenido por Ramírez, el sargento se arroja sobre éste y queda libre San Bruno.

SARGENTO.

¡La mano sobre mi mayor!

RAMIREZ.

¡El la puso sobre una mujer!

SAN BRUNO.

Que ha conseguido arrebatar á Elvira el papel, lo blande en el aire.

¿Otro más? (Por Ramírez). ¡Luego esto era una madriguera! ¡Habrá que prenderle fuego!...

A Elvira y á Ramírez.

¡A la cárcel, al Santa Lucía! Y á ese caballo, que queda desde ahora mismo confiscado, conducidlo al cuartel; ponedle mi montura: me llevará—tarde ó temprano—á la victoria!

ELVIRA.

A quien mantienen sujeta por las manos dos soldados.

¡Maldito seas!... ¡que ese noble bruto, al cual Manuel Rodríguez y yo pensábamos poner herraduras de plata para ofrecerlo á don José de San Martín el día de su entrada triunfal en Santiago, te lleve á la derrota y arrastre tu cadáver hasta las filas de los nuestros! ¡Vamos!

SAN BRUNO.

¡Al Santa Lucía!

CAE EL TELÓN.

ACTO TERCERO.

SALÓN DEL MARISCAL PRESIDENTE

DE CHILE, DON CASIMIRO MARCÓ DEL PONT

EN EL PALACIO DE GOBIERNO

(9 de Febrero de 1817).

PERSONAGES DEL TERCER ACTO.

Don Casimiro Marcó del Pont, Mariscal Presidente
Don Judas Tadeo Reyes, Secretario General de Gobierno
El Coronel Barañao
Un Coronel, jefe de servicio en palacio
El padre Zapata, superior de los Agustinos
San Bruno
Un Teniente
Un Mayordomo
Elvira Recalde
Doña Juana, su madre
Doña Antonia García Madariaga de Maroto
Cuatro ciudadanos españoles
Lacayos de palacio, cuatro soldados españoles.

ACTO TERCERO.

Salón en el Palacio de Gobierno del Mariscal Presidente de Chile, don Casimiro Marcó del Pont.—Decorado suntuoso, estilo de la época.—Puertas al fondo, á derecha é izquierda. La del fondo da á un balcón sobre la Plaza de Armas. La de la izquierda á la antesala donde se hallan los edecanes y los guardias. La de la derecha, á los aposentos interiores del señor Presidente.—Una mesa escritorio con aplicaciones de bronce en el centro. Sobre ella un tintero monumental y un timbre para llamar empleados; papeles de administración, libros, etc.—Espejos, cuadros, jarrones, reloj de sobremesa y algunos objetos de adorno.—La acción tiene lugar entre las once de la mañana y las doce del dia.

ESCENA I.

Al levantarse el telón se vé al Secretario General de Gobierno, DON JUDAS TADEO REYES, ocupado en abrir una voluminosa correspondencia. DOS LACAYOS, de gran librea, entran y salen á medida que ejecutan las órdenes dadas por el señor Secretario.

DON JUDAS.

Después de romper varios sobres, toca el timbre y aparece un lacayo por la puerta de la izquierda.

LACAYO.

¿Manda Usía?...

DON JUDAS.

Esto (le da unos papeles) al señor coronel jefe de servicio. Esto otro, para el señor oficial primero de secretaría. ¿Ha llegado ya?

LACAYO.

Aún no, señor Secretario General.

DON JUDAS.

¡Siempre atrasado! ¿y el oficial segundo?

LACAYO.

Está en su puesto, señor Secretario General.

DON JUDAS.

Bien: entrégueselo á él.

LACAYO.

¿Nada más manda su señoría?

DON JUDAS.

Nada más.

Se va el lacayo. Don Judas rompe el tercero, el cuarto, luego el quinto sobre, y lee el contenido con animación y sobresalto crecientes, manifiestos en sus ademanes y actitud. Vuelve á tocar el timbre (dos golpes); se abre la puerta de la derecha, y aparece otro lacayo.

¿Su Excelencia no está todavía visible?

LACAYO 2°.

Aún no, señor Secretario General.

DON JUDAS, con gesto de impaciencia.

¡Oh!... (aparte) ¡Y estas noticias! ¡Son ya las once!... (fuerte, al lacayo) ¿Demorará aún mucho?

LACAYO 2°.

Ha tomado ya el baño, ha terminado con el peluquero y concluye de vestirse.

DON JUDAS.

Bien. Puede usted retirarse.

ESCENA II.

DON JUDAS—UN CORONEL vestido de gran uniforme.

CORONEL.

Entrando por la izquierda; trae en la mano el papel que le ha llevado el lacayo.

Señor Secretario General: si ha habido infracción, no ha sido por culpa mía. He transmitido al mayor San Bruno orden terminante de que en lo sucesivo, cada vez que se pregone un bando, no se omita en la lectura uno solo de los títulos de su Excelencia.

DON JUDAS.

Tal es la voluntad estricta del señor Presidente. No hay, pues, que olvidarlo: «Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Capitán General Presidente de la Real Hacienda y Vice Patrono Real del Reyno de Chile; caballero de la Orden de Santiago, de San Merejildo, de la Flor de Lis; maestrante de la Real de Ronda; Benemérito de la Patria en grado heróico y eminente, etc., etc.

CORONEL.

Nada se olvidará, señor Secretario General...

DON JUDAS.

Es todo, señor Coronel jefe de servicio...

Hace una inclinación.

CORONEL.

Prevengo al señor Secretario General que el coronel Barañao—venido expresamente de Quillota para conferenciar con el señor Mariscal Presidente sobre asunto muy grave, aguarda en antesalas, desde hace ya una hora...

DON JUDAS.

Se le llamará, así que entre su Excelencia.

CORONEL.

Está bien, señor Secretario General.

Don Judas vuelve á sus papeles, que sigue examinando.

ESCENA III.

DON JUDAS—EL PRESIDENTE—DOS LACAYOS.

Se abren de par en par las hojas de la puerta de la derecha, avanzan dos lacayos, que se sitúan uno á cada lado, y anuncian:

LACAYOS.

¡Su Excelencia!

Don Judas se pone de pie.

PRESIDENTE, entrando.

Buenos días, señor don Judas Tadeo. ¿Hay mucho despacho?

Saca del bolsillo una lujosa caja de rapé, de cuyo contenido toma de cuando en cuando una narigada.

DON JUDAS.

¡Mucho, señor Mariscal Presidente! ¡Muy importante! Vuecencia lo juzgará por sí mismo...

PRESIDENTE.

¡Ah, ah! Vamos á ver.

Se acerca al escritorio y, sin sentarse, se dis pone á escuchar lo que se le lea.

Puede usted empezar.

DON JUDAS.

Por de pronto, tenemos aquí dos comunicaciones urgentísimas. Pero, como el señor coronel Barañao aguarda en antesalas la llegada de Vuecencia...

PRESIDENTE, con sorpresa.

¡Barañao aquí!

DON JUDAS.

Ha venido á comunicar noticias muy graves, según parece.

PRESIDENTE, alarmado.

¡Que entre, que entre al momento!...

Se pasea agitado; Don Judas va hasta la puerta, la abre, y hace pasar al coronel.

ESCENA IV.

LOS MISMOS — BARAÑAO.

PRESIDENTE.

Adelante, coronel. ¿De qué se trata?

BARAÑAO, inclinándose.

Muy buenos días tenga su Excelencia. De algo gravísimo, ¡de un complot!

PRESIDENTE.

¡Un complot!

BARAÑAO.

Descubierto ya en parte, por fortuna.

PRESIDENTE.

¡Ah! (con desahogo) ¿En el departamento de su mando?

BARAÑAO.

Allí se preparaba la conspiración; pero el descubrimiento ha sido hecho simultáneamente aquí y allá: aquí por el Tribunal de Vigilancia...

PRESIDENTE, interrumpiendo.

San Bruno... ¡leal servidor!...

BARAÑAO.

...allá por delación de uno de los comprometidos: un jovencito de 17 años de edad.

PRESIDENTE.

Deme detalles.

BARAÑAO.

Tres sujetos de San Felipe, apellidados Traslaviña, Fernández y Salinas, se trasladaron á Quillota con el propósito de sublevar al pueblo, llevando proclamas, venidas de la otra banda y enviadas por el tal San Martín y por O'Higgins.

PRESIDENTE.

¡Badulaques!

BARAÑAO.

El aludido jovencito, á quien se había querido complicar en el asunto, tuvo miedo y me lo descubrió todo.

PRESIDENTE.

¡Bravo! Lo premiará usted, señor coronel. Siga.

BARAÑAO.

Hernández y Traslaviña se habían quedado en Quillota, pero Salinas siguió viaje á esta capital, para verse con personas de la asociación secreta que llaman *la Logia de Lautaro* y que, como Vuecencia lo sabe, no han podido ser habidas aún...

PRESIDENTE.

¡Ya irán cayendo: siga!

BARAÑAO.

Salinas, disfrazado, se introdujo de noche en la casa de unas señoras insurgentes—doña Juana Muñoz de Recalde y su hija.

PRESIDENTE.

¿Doña Juana? ¿La viuda de ese rebelde muerto en Rancagua?... ¡Ya me lo imaginaba yo! (se pasea irritado) Había llegado hasta mis oídos el rumor de que algunos insurgentes acostumbraban reunirse en los salones de esa señora en tiempo de mi antecesor Osorio... ¡Pero ya lo pagarán todo!

Golpeando nerviosamente con los dedos su caja de rapé y paseándose.

¡Ah!... ¡no habrá compasión! Continúe usted, continúe usted...

BARAÑAO.

Allí, oculto en dicha casa, aguardaba á Salinas un miembro de la Logia, un tal Ramírez...

DON JUDAS.

Don Juan Pablo, probablemente...

BARAÑAO.

Don Juan Pablo: eso es.

PRESIDENTE.

¡Don Juan Pablo Ramírez! ¡Ah, ah!.. ¿Y ha sido preso?

BARAÑAO.

Por San Bruno en persona, quien buscando á un tal Rosales, dió por casualidad con lo que escondía la madriguera aquella.

PRESIDENTE.

¿Y Rosales?

BARAÑAO.

No ha podido ser habido aún...

PRESIDENTE.

¿Pero los del complot?

BARAÑAO.

Presos todos. Al llegar esta mañana á Santiago, después de haber viajado un día y una noche, me dirigí á ver al mayor San Bruno, quien me narró el hecho. Armonizamos las cosas y vimos que, por una coincidencia extraordinariamente feliz, habíamos descubierto al mismo tiempo—yo en Quillota y él aquí—el mismo complot...

PRESIDENTE.

¿Asegura usted que están presos?

BARAÑAO.

Todos. San Bruno me ha dicho que vendrá á ver á Vuecencia antes de las doce. No debe de tardar, pues, en hallarse aquí... Yo he podido adelantármele. Vuecencia queda impuesto de lo esencial.

PRESIDENTE.

Entendámonos: ¿usted tiene presos allá á...

BARAÑAO.

A Traslaviña y Hernández.

PRESIDENTE.

Bien. ¿Y San Bruno aquí?...

BARAÑAO.

A Ramírez y á Salinas; á doña Juana Recalde y á su hija...

PRESIDENTE.

¿Ha tomado nota, señor don Judas Tadeo?

DON JUDAS, frotándose las manos.

¡Perfectamente!...

BARAÑAO.

¿Qué hago yo, entre tanto, con mis presos, señor Mariscal? ¿Los envío á Santiago?...

PRESIDENTE.

No, manténgalos en Quillota, en el calabozo y con grillos. Prepare, una vez allá, el sumario, pero aguarde órdenes aquí antes de regresar á su puesto. Necesito hablar previamente con San Bruno, quien se comunicará con usted inmediatamente después.

BARAÑAO.

Perdone, Vuecencia: pero me olvidaba. Traigo aquí un ejemplar de cada una de las infames proclamas firmadas por los cabecillas de la otra banda. Una es de ese San Martín y la otra de O'Higgins.

PRESIDENTE.

¿Las trae usted? ¡Démelas al punto!...

Barañao le entrega dos hojas sueltas de papel impreso.

Lea, señor don Judas Tadeo.

Pasando á éste los papeles.

DON JUDAS.

Este viene firmado por San Martín...

PRESIDENTE.

¡Es claro! ¡ese no podía faltar!...

DON JUDAS, leyendo.

"A los habitantes de Chile! Las operaciones militares "van á comenzar cuanto antes. Por medio de ellas se "restituirá el goce de la libertad á los chilenos que, "arrancados á los hogares, gimen en las cárceles, en los "presidios y en la proscripción. Invito á los servidores "del gobierno despótico que allí impera á reunirse bajo "las banderas de la libertad. Yo les prometo, por mi "honor y por la independencia de nuestra cara patria, "que nadie será rechazado al presentarse de buena fe. "El paisano hospitalario y auxiliador será recompensado "por su mérito. No se cometerá vejámen alguno bajo "las banderas del Ejército Libertador. ¡Habitantes de "Chile, preparad las armas! ¡El gran día se acerca!— "*José de San Martín*".

PRESIDENTE.

¡Ah bandidos! ¡Ah pérfidos! ¿con que esos papeluchos—semilla de insubordinación—circulan? ¡Ya verán, ya verán!... ¡Coronel: nada de contemplaciones! Prepare para los insurgentes que ha apresado el más negro de sus calabozos.... ¡Guerra á muerte! Lea el otro pasquín, señor Secretario.

Absorve nerviosamente otra narigada de rapé.

DON JUDAS.

Es de O'Higgins.

PRESIDENTE, nervioso.

¡Léalo, léalo!

DON JUDAS, leyendo.

"A los chilenos: ¡Hermanos! La hora de las repre-
" salias se aproxima. Un ejército formidable partirá muy
" pronto de aquí: nada falta en él. ¡Que no quede entre
" nosotros un solo hombre de buena voluntad sin pre-
" pararse á secundar, en el momento oportuno, el gene-
" roso y pujante impulso de nuestros hermanos de este
" lado! ¡Animo, perseverancia y fé!—*Bernardo O'Hig-*
" *gins*".

PRESIDENTE, estallando, pero con sensible entonación de alarma.

¡Luego es posible! ¡Ambos hablan de un ejército organizado!

DON JUDAS.

Habrá que concluir por creerlo, señor Presidente. Estas proclamas tienen ya más de dos meses de fecha y las noticias que llegan de todas partes confirman la salida de fuerzas insurgentes.

PRESIDENTE.

¿Qué cree usted, coronel? (á Barañao).

BARAÑAO.

Que es indudable que viene ya en camino un verdadero ejército.

DON JUDAS.

Tengo aquí al respecto varias comunicaciones muy importantes para Vuecencia.

PRESIDENTE, más y más nervioso.

Léalas...

DON JUDAS, vacilando.

Son reservadas, Exmo. señor...

PRESIDENTE, vivamente, á Barañao.

Vaya usted, coronel. Muévase, indague, procure traer otros datos. Por lo demás, aguarde mis instrucciones.

BARAÑAO.

Con el permiso de Vuecencia, me retiraré entonces.

PRESIDENTE, paseándose siempre.

¡Vaya usted con Dios!

Barañao sale.

ESCENA V.

PRESIDENTE—DON JUDAS.

PRESIDENTE, anhelante.

¿Qué más hay?

DON JUDAS.

Esta nota del distrito de Colchagua, en que se comunica que las bandas de guerrilleros que salió á combatir al capitán Magallar aumentan cada día.

PRESIDENTE. impaciente.

¿Y qué hace Magallar?

DON JUDAS.

Se demuestra impotente para reprimirlas.

PRESIDENTE, estallando de nuevo.

¡Oh, esto colma la medida! ¡Está probado que Magallar no sirve! Ponga en seguida un decreto, señor Secretario General: «Llámese inmediatamente al capitán Magallar y reemplázecele por el coronel Quintanilla». ¡A otra cosa!

El Secretario toma nota.

ESCENA VI.

LOS MISMOS—EL CORONEL JEFE DE SERVICIO.

EL CORONEL, entrando.

¿Señor?

PRESIDENTE.

¿Qué se ofrece? ¡Estoy muy ocupado!...

EL CORONEL.

Perdone, Vuecencia; pero el Reverendo Padre Zapata, Superior del Convento de San Agustín, pide audiencia inmediata por asunto urgentísimo...

PRESIDENTE.

¡Ah! ¿es él? Hágalo pasar.

El Coronel sale.

Alguna novedad de bulto, cuando así se anuncia el Padre Zapata, cuyo celo por la causa de Su Majestad es tan notorio.

El lacayo abre la puerta y entra el Padre.

ESCENA VII.

LOS MISMOS—EL PADRE ZAPATA.

PADRE ZAPATA.

Salud, señor Mariscal Presidente. Vengo solo á decir dos palabras á Vuecencia.

PRESIDENTE.

Salud, Reverendo Padre, ¿de qué se trata?

PADRE ZAPATA.

De algo muy grave, Excelentísimo señor. He descubierto que varios de mis religiosos simpatizan con los insurgentes...

PRESIDENTE.

¡Es posible!

PADRE ZAPATA.

Tan posible que acabo de sorprender la siguiente noticia: un poderoso ejército de rebeldes cruza los Andes.

PRESIDENTE.

¿Ya? ¿Y por dónde?

Con profunda alarma.

PADRE ZAPATA.

Por el Sur, cerca del río Diamante.

PRESIDENTE.

¿Y cómo lo sabe su Reverencia?

PADRE ZAPATA.

Porque habiendo llegado anoche del Sur uno de los misioneros de nuestra Orden, el Reverendo Padre González, supo por los indios pehuenches que el cabecilla Martín...

PRESIDENTE.

¿Qué Martín, Reverendo Padre?

PADRE ZAPATA.

Ese insurgente de la otra banda que, profanando el nombre de uno de nuestros santos más venerables, agrégase el «San» delante de su apellido, llamándose *San Martín* en vez de Martín á secas.

PRESIDENTE.

Bien. ¿Y decía usted?...

PADRE ZAPATA.

Que el Padre González supo por los indios que el tal cabecilla los había invitado hace poco á un parlamento con el fin de pedirles tránsito por sus tierras. El Padre González lo contó primeramente á varios religiosos, quienes, con gran sorpresa y estupor suyo, se frotaron las manos al oirlo y dejaron escapar exclamaciones que revelaban...

PRESIDENTE, irritado.

¿Qué esos religiosos simpatizan con los rebeldes?

PADRE ZAPATA.

Exactamente, Excelentísimo señor.

PRESIDENTE.

¿Y qué medidas ha tomado su Paternidad?

PADRE ZAPATA.

Las más severas dentro del convento. Pero lo principal era comunicar á Vuecencia el hecho...

PRESIDENTE, con ira creciente.

¿Y ha sido preciso que viniera ese misionero para que yo lo supiese?... ¿Y mis espías? ¿Y mis subalternos? ¡Ah! (con furia) ¡Son todos unos ineptos, unos traidores! ¡Yo haré un escarmiento! Por de pronto, oficie señor secretario, hoy mismo, al Obispo Rodríguez para que se traslade sin pérdida de tiempo á este despacho. ¡Ah, ah! ¡los conventos también! ¡Ya lo verán! Señor Don Judas ¿cuándo se dá á la vela la fragata «Sacramento» que lleva al Perú á los nuevos deportados?

DON JUDAS.

Tan pronto como se halle lista Excelentísimo señor.

PRESIDENTE.

Bien; estoy resuelto á no transigir con nadie. ¿Cuántos son los sediciosos descubiertos por usted Reverendo Padre?

PADRE ZAPATA.

Cinco, por lo menos, Excelentísimo señor.

PRESIDENTE, estallando.

Pues ¡á los conventos de Lima con todos ellos! Y si es preciso ¡á las casasmatas del Callao! Arreglaré esto con el señor Obispo. Pero, volviendo á los rebeldes de la otra banda: usted cree Padre que...

PADRE ZAPATA.

Que vienen por el Sur: por el Planchón y el Portillo.

PRESIDENTE.

Tome nota señor Don Judas Tadeo... ¿Y qué otra cosa tenía que decir, Padre?

PADRE ZAPATA.

Nada más por ahora, Excelentísimo señor. Si algo nuevo descubro, lo comunicaré inmediatamente á Vuecencia. Entretanto, los religiosos fieles de mi comunidad se pasan horas enteras en penitencia y en oración, pidiendo al cielo proteja las armas del Rey nuestro señor y la persona de Vuecencia.

PRESIDENTE.

Gracias, Reverendo Padre Zapata: se hará mención de su celo y patriotismo en la correspondencia á su Magestad.

PADRE ZAPATA.

Con permiso de Vuecencia, me retiro.

PRESIDENTE, acompañándole hasta la puerta.

Harè llamar á su Paternidad tan pronto como lo necesite.

PADRE ZAPATA.

A las órdenes de Vuestra Excelencia.

Sale.

ESCENA VIII.

PRESIDENTE—DON JUDAS.

PRESIDENTE. atolondrado.

¡Pero esto es ya la invasión!...

DON JUDAS

Hay más todavía, Excelentísimo señor...

PRESIDENTE.

¿Aún más?

DON JUDAS.

¡Todas las malas noticias parece que se hubieran acumulado hoy! Un propio llegado á escape esta mañana, ha traído este oficio de Concepción, en el cual se comunica que una poderosa escuadra insurgente ha doblado hace días el Cabo de Hornos y avanza rápidamente por el Pacífico. Varios de esos barcos traen enarbolada al tope una bandera negra en señal de desafio á muerte.

PRESIDENTE.

¡Es para perder la cabeza! ¿Cómo acudir á tantos puntos á la vez?

DON JUDAS.

Parece, pues, evidente, que el peligro esencial está en el Sur. Todo tiende á probar que la amenaza viene por ahí.

PRESIDENTE.

Habrá que reconcentrar nuestras fuerzas... ¡A la obra! Tome algunos apuntes urgentes. Primero que todo, llamar á Maroto; que venga al punto á Santiago. Llámese también á Marqueli, á Morgado y á los oficiales de mayor mérito del ejército para consultarlos con urgencia. ¿Eleorraga se halla desempeñando actualmente el cargo de Jefe Militar de?...

DON JUDAS.

De los distritos del Norte.

PRESIDENTE.

¡Pues que venga también! Otro tanto digo de Atero.

DON JUDAS.

Pero, ¿y la Intendencia, señor Presidente? No podemos dejarla acéfala en estos momentos cuando la tormenta ruge por ahí.

PRESIDENTE.

La ocupará provisionalmente Ordoñez.

DON JUDAS.

Ordoñez manda fuerzas, y es preciso no dejar desguarnecido uno solo de esos puntos.

PRESIDENTE.

Parece resultar claramente de todo esto que los rebeldes de Mendoza quieren atacar Talcahuano y San Vicente por mar y por tierra antes de intentar un asalto á Santiago.

ESCENA IX.

LOS MISMOS—UN LACAYO—SAN BRUNO.

EL LACAYO, anunciando.

¡El señor Mayor San Bruno!

PRESIDENTE.

¡Por fin! Adelante Mayor! llega usted en el momento más necesario. ¿Sabe usted que tenemos noticias fatales?

SAN BRUNO.

Algunas traigo yo, señor Mariscal, que no pueden ser peores.

PRESIDENTE.

¿Hay otras aún?

SAN BRUNO.

Pero antes de dárselas, permítame Vuecencia decirle que sé por el coronel Barañao, á quien acabo de encontrar, que Vuecencia conoce ya lo relativo á la prisión de un miembro de la Logia secreta de los insurgentes, conjuntamente con un conspirador y dos mujeres...

PRESIDENTE.

Que los ocultaban. Sí. ¡Ah, no haya piedad para ellos!

SAN BRUNO.

La falta de estos últimos, sobre todo, señor, es gravísima, un verdadero crimen. Se trata no solo de cartas de San Martín recibidas y copiadas por manos propias de la hija de la señora de Recalde, sino, también, de la ocultación y desaparición del insurgente Rosales.

PRESIDENTE.

¡Cuánta villanía! ¡Habrá que hacer un escarmiento!

SAN BRUNO.

Los cuatro criminales están ahí, en antesalas.

PRESIDENTE.

¿Están ahí? Ah! quiero verlos!

SAN BRUNO.

Los he hecho traer para que Vuecencia los interrogue personalmente y pueda darse cuenta del cinismo con que las mujeres sobre todo, proceden y contestan.

PRESIDENTE.

Vamos á hacerlos entrar al instante. Señor Secretario, llame.

Don Judas toca tres timbrazos y aparece el Coronel jefe de servicio.

CORONEL.

¿Vuecencia manda?

PRESIDENTE.

Haga usted pasar adelante á los cuatro detenidos qne aguardan en antesalas.

CORONEL.

¿ Custodiados ?

PRESIDENTE,

Custodiados.

Sale el Coronel.

¿ Ramírez y Salinas, no es verdad ? ¿ Dónde los tiene usted detenidos ?

SAN BRUNO.

En la fortaleza del Santa Lucía, á todos.

PRESIDENTE.

¿ Hombres y mujeres ?

SAN BRUNO.

Hombres y mujeres.

PRESIDENTE.

¿ Los juzgará el Tribunal de Vigilancia y Seguridad ?

SAN BRUNO.

Creo que, por ser espías y conspiradores á la vez, el caso se presenta excepcional, y cumple á Vuecencia ordenar se les ahorque sin más trámite. Hélos aquí.

ESCENA X.

LOS MISMOS—RAMÍREZ Y SALINAS (con grillos en los piés)—DOÑA JUANA —ELVIRA (con esposas en las manos).

PRESIDENTE.

¡Aah! ¡aaa! ¡Don Juan Pablo en persona! (á Ramírez) Y luego, estas damas! (mirándolas de alto á bajo) ¿Con que, conspiramos, eh? ¿Y usted también? (á Elvira)! una joven, una niña casi! ¡Parece increíble!

ELVIRA.

El patriotismo no tiene edad, señor Mariscal.

RAMIREZ, con firmeza.

Se nos ha sorprendido: está bien. Lo único que pedimos es que se nos juzgue cuanto antes; pero sin envilecérsenos, y, sobre todo, que se trate á estas señoras como cumple á la decencia de sus personas; sin las humillaciones y vejámenes de que las hace víctimas ese individuo (por San Bruno).

PRESIDENTE, irritado.

¡Silencio! ¡No es á usted á quien toca hacer cargos!

Volviéndose á doña Juana y su hija.

¡Dos mujeres en correspondencia con los rebeldes! ¡ocultando hombres, de noche, en su casa habitación, sin reparar la madre siquiera, en que tiene una hija joven! ¿Y habla usted de decencia, señor Ramírez?

DOÑA JUANA, indignada.

¡Oh!

ELVIRA.

¡Basta, señor Mariscal: reconozco en usted el derecho de encarcelarnos, pero no el de insultarnos! Si hemos ocultado á alguien en nuestra casa, ha sido á un anciano venerable, á quien dábamos filial asilo contra crueles perseguidores; si hemos favorecido una entrevista de caballeros correligionarios, ha sido para servir la causa de la libertad, esa causa santa por la cual murió mi padre y por cuya defensa estamos dispuestas á morir también nosotras!..

PRESIDENTE, irritado.

¡Libertad, libertad! ¡injuriosa palabra en boca de desleales y de rebeldes! ¡cínico pretexto de que se vale una turba de facinerosos, que solo va buscando usurpar el poder y hacer traición á su patria y á su rey!

SALINAS.

¡No reconocemos nosotros otra patria que la América libre, ni otro Rey que la voluntad soberana del pueblo!

PRESIDENTE.

¡Calle el insolente! ¡Basta!

Enfureciéndose.

¡No se han de burlar de mí, no! ¡Mayor San Bruno; tenía usted razón! ¡A estos no hay que someterlos á juicio regular: su crimen es inaudito! ¡Y en qué momentos!... A los hombres aplíqueles usted...

SAN BRUNO, sombrío.

Deje Vuecencia que corra todo eso de mi cuenta.

PRESIDENTE, más y más irritado.

¡Habrá que arrancarles el nombre de sus cómplices, echando mano para ello, si fuese preciso, de los recursos más violentos: el hambre, la sed, los azotes...

SAN BRUNO.

Ya ha empezado á hacerse todo eso, Excelentísimo señor...

PRESIDENTE.

¡Aprobado, señor Mayor! Si persisten en ocultar, ¡para escarmiento: la horca!

SAN BRUNO, hipócritamente.

¿Para estas señoras también, señor Mariscal Presidente?

PRESIDENTE.

¡Para todos!

DOÑA JUANA, abandonada por su entereza.

¡La horca! mi hija!

ELVIRA.

¡La palma del martirio, madre! ¡Venga enhorabuena la muerte antes que la delación! Iremos á juntarnos con mi padre, allá donde Dios juzga á los seres por sus faltas y no por sus convicciones!

PRESIDENTE.

No hay piedad para los que desconocen...

RAMIREZ.

¡No reclamamos piedad; solo pedimos justicia! Comience ella á ejercerse castigando alrededor de sí, y dentro de la propia casa, el abuso del poder; la crueldad, el ultraje, el atropello, (designando á San Bruno) la impudicia! Concédasenos lo que no pedimos á los gobernantes como un favor, sino que las leyes divinas y humanas nos otorgan como un derecho: la igualdad, las garantías individuales, y, al par que á otros, la libertad de pensar, de opinar, de prosperar y de surgir también!...

PRESIDENTE.

¡Basta! ¡basta ya de esto que va pareciendo discusión entre el juez y sus reos!

RAMIREZ.

¡Esos «reos», donde quiera que se hallen, alzan la frente y proclaman en voz alta su credo y sus ideales!..

PRESIDENTE.

¡Veremos si en presencia de la horca...

RAMIREZ, despreciativamente.

¡La horca!... ¡Preguntádselo á vuestro antecesor Osorio! ¡El os dirá que los nuestros, cuando se ven rodeados, perdidos fatalmente, en vez de abatirse, de implorar piedad, atan un nudo de crespón en sus banderas y, tremolándolas en seguida, se lanzan sin vacilaciones á la muerte!...

PRESIDENTE.

¡Basta!

SAN BRUNO.

Esta insurgente, señor, me olvidaba decírselo á Vuecencia, es la novia de Manuel Rodríguez.

PRESIDENTE.

¡De Manuel Rodríguez! ¿El infame agitador asociado al bandido Neyra?

SAN BRUNO.

El mismo, señor. Y, á propósito, traigo algunas noticias sobre él.

ELVIRA, aparte, con alarma.

¡Dios mío, si le habrán sorprendido!...

SAN BRUNO.

¡Las noticias más escandalosas! Se sabe que vá y que viene. Se le persigue de día y de noche, pero sin podérsele dar caza. De noche pide y obtiene hospitalidad en algunos conventos desleales, en los ranchos de los rotos y hasta en los toldos de los indios. De día atraviesa los ríos á nado y, con múltiples disfraces, penetra en la capital, se desliza entre la muchedumbre y llega sin ser conocido hasta el propio carruaje de Vuecencia, donde hace mofa de ella, abriéndole la portezuela, como es fama que lo realizara no há mucho, fingiéndose mendigo. Actualmente debe de hallarse lejos.

ELVIRA, aparte.

¡Gracias, Dios mío! ¡Ignoran aún su paradero!

PRESIDENTE.

¡Cuánta audacia! ¿Y dice usted que esta joven es su novia?

SAN BRUNO.

Su novia. Dentro de su propio establo sorprendí oculto el caballo de raza que monta á menudo el peligroso insurgente para desafiarnos. Por supuesto que lo he confiscado.

PRESIDENTE.

¡Ha hecho usted perfectamente! ¡Ah, haa! (estallando) ¡al Santa Lucía con todos ellos, hasta que confiesen! y luego ¡á la horca! ¿Cómo anda la fortaleza?

SAN BRUNO.

Reforzada en su artillería, por si la atacaran los rebeldes.

PRESIDENTE.

Perfectamente, hemos terminado. ¡Llevarse á estos!

DOÑA JUANA.

Señor: una gracia tan solo solicito: mi hija está delicada de salud. ¡Esos calabozos son horribles! Hasta que se nos condene, que se nos asigne nuestra propia habitación por cárcel. Puede ponerse alrededor de ella todos los centinelas que se quiera. ¡No habremos de escaparnos, seguramente!

SAN BRUNO.

Señor... sería imprudente...

PRESIDENTE.

Así lo juzgo yo también. ¡Al Santa Lucía! ¡Llevadlos!

RAMIREZ.

¡No procedieron nunca así, ni siquiera los verdugos de Felipe II y de Don Pedro el Cruel! Pero el día del escarmiento está cercano. ¡Ya veremos!

Se los llevan.

SAN BRUNO.

Al pasar Elvira cerca de él, le dice en voz baja:

Aún es tiempo. La salvación está en sus manos...

Elvira le lanza una mirada de soberano desprecio, y, altiva, pasa.

ESCENA XI.

PRESIDENTE—SAN BRUNO—DON JUDAS.

PRESIDENTE.

¡Y todavía amenazan! La audacia de estos insurgentes no tiene nombre.

SAN BRUNO.

¡Inaudita, señor Mariscal! Podrá juzgarlo su Excelencia por las fatales noticias que voy á darle, y que he creído conveniente reservar hasta que nos encontrásemos solos los tres.

PRESIDENTE, anhelante.

¡Diga! ¿Todavía hay más desastres?

SAN BRUNO.

Manuel Rodríguez tiene sublevadas y próximas á estallar, á Curicó y á Melipilla...

PRESIDENTE.

¡No es posible!

SAN BRUNO.

Hay más: la fragata «Consecuencia», con el Gobernador de Guayaquil á su bordo, ha sido capturada. Y luego, lo peor: San Fernando, del cual se decía que estaba sólo convulsionado, ha sucumbido ya.

PRESIDENTE.

¡Maldición! (dá un puñetazo sobre la mesa). ¿Y López de Parga? ¿Y Osores, con sus carabineros? ¿no han hecho resistencia?

SAN BRUNO.

Fueron sorprendidos de una manera inesperada. Unos cuantos montoneros dejáronse caer durante la noche llevando tras de sí con gran estrépito varias rastras cargadas de piedras. Las hicieron avanzar á los gritos de «¡adelante la artillería!» Engañados los de nuestra guarnición, pues tenían la certidumbre de que los rebeldes no poseen

semejante arma, y dominados por un pánico desastroso, abandonaron el cuartel á los asaltantes.

PRESIDENTE.

¡Pero eso es vergonzoso! ¡López de Parga y Osores deben ser fusilados!

DON JUDAS, filosóficamente.

Poco se ganaría con ello, Excelentísimo señor. Lo esencial es lo otro: atajar á los que vienen de allende los Andes. No sabemos aún por dónde se nos dejarán caer.

PRESIDENTE.

Pero ¿no ha convenido usted mismo en que será por el sur?

DON JUDAS.

Sí; mas nada de eso está aún averiguado. ¡Y el tiempo vuela!

SAN BRUNO.

Por el Norte, por el Sur, lo cierto es que el enemigo está encima y que hay que darse prisa.

PRESIDENTE.

¿Y si vinieran sobre Santiago?

SAN BRUNO.

Resistiríamos. Tenemos para ello suficientes cañones y fortalezas.

PRESIDENTE.

Hagamos un pequeño recuento de las fuerzas disponibles. Anote, señor Don Judas Tadeo.

Entra un lacayo por la izquierda.

ESCENA XII.

LOS MISMOS—DOÑA ANTONIA CORTÉS MADARIAGA DE MAROTO—EL LACAYO.

EL LACAYO, entrando.

Con perdón de Vuecencia: Doña Antonia Cortés García Madariaga de Maroto pide audiencia privada.

PRESIDENTE.

¡Doña Antonia Cortés García Madariaga de Maroto, la esposa del militar de más alto rango de mi Reyno! No sería decoroso obligarla á hacer antesala. Caballeros, tengan la bondad de pasar un momento á la pieza vecina.

Les designa la derecha.

Despacharé á esa dama en dos segundos.

SAN BRUNO, aparte, renegando entre dientes.

¡Voto al diablo! ¡Así no acabaremos nunca, ni haremos nada de provecho!

Pasa con Don Judas á la sala designada.

PRESIDENTE, al lacayo.

Haga usted entrar á esa señora.

ESCENA XIII.

PRESIDENTE—DOÑA ANTONIA.

PRESIDENTE.

Con tono obsequioso, saliendo al encuentro de la visitante.

Mi señora doña Antonia, beso á usted los piés. ¿Qué grave causa puede traerla por acá en momentos tan angustiosos?

DOÑA ANTONIA.

Beso la mano á Vuestra Excelencia. Muy grave motivo, en efecto, Excelentísimo señor.

PRESIDENTE.

Tome usted asiento, tome usted asiento.

DOÑA ANTONIA, sentándose.

Gracias. Seré breve. Vengo á pedir á Vuecencia un servicio: es decir: dos.

PRESIDENTE.

A la ilustre esposa del Brigadier don Rafael Maroto, no hay nada que el Mariscal Presidente de Chile pueda negarle.

DOÑA ANTONIA.

No esperaba yo menos de la graciosa bondad y tradicional cortesía de Vuestra Excelencia. Empiezo, pues, por lo primero.

PRESIDENTE.

Hable usted, señora.

DOÑA ANTONIA.

Desde que mi esposo partió á cumplir la comisión que Vuecencia le confió, estoy inquieta. Sueño con cosas terribles. Los rumores que circulan me tienen afligidísima. Hay en el ambiente la opresión de una tormenta amenazadora. Ahora mismo, al venir hácia acá, he visto grupos de pueblo que se agolpaban en las esquinas de las calles y, agitados, se dirigían hácia esta plaza...

PRESIDENTE, alarmado.

¿Vienen á Palacio?

DOÑA ANTONIA.

Probablemente. Y á pesar de que la mayor parte de ellos los forman realistas, se les vé irritados. Creen que

se les engaña; piden á gritos noticias. Los rumores aludidos...

PRESIDENTE, desalentado.

¡Y por desgracia verosímiles!

DOÑA ANTONIA.

¿En verdad? (con gran alarma) ¿Así lo cree Vuecencia?...

PRESIDENTE.

Tendré que creerlo por fin. A usted ¿por qué ocultárselo?

DOÑA ANTONIA.

Tanta mayor razón entonces para que Vuecencia me otorgue cuanto antes el servicio que vengo á pedirle. En dos palabras: amo entrañablemente á mi esposo, y en la hora del peligro quisiera hallarme á su lado.

PRESIDENTE.

¿Está usted en su juicio, señora?

DOÑA ANTONIA.

O, á lo menos, lo más cerca posible de su tienda de campaña. Deseo para ello, salir inmediatamente de Santiago. Pero ignoro el sitio, ó por lo menos, la dirección que haya de indicársele en el momento oportuno.

PRESIDENTE.

¿Y cree usted, señora, que, á tal respecto, me encuentre yo mejor informado que usted? ¡Si precisamente en ello está la dificultad! Su marido se halla hoy por el Sur: puede ser que antes de veinticuatro horas reciba la orden de dirigirse al Norte.

DOÑA ANTONIA.

¿Entonces nada puede adelantarse?

PRESIDENTE.

Absolutamente nada por el momento.

DOÑA ANTONIA.

Poseo en casa valores: dinero, alhajas, que querría poner en salvo...

PRESIDENTE.

¡Otro tanto, me ocurre á mí, señora! Si llegaran las tropas insurgentes de la otra banda á amenazar á Santiago, tendríamos todos que tomar nuestras precauciones... Hoy por hoy nos hallamos nosotros totalmente desorientados, y ellos, ¡triste es decirlo! en el caso de avanzar por donde se les dé la gana.

Se levanta irritado.

¡Ah, mis oficiales, mis espías, mis soldados!... ¡Todo es desquicio, contradicción y desidia!...

DOÑA ANTONIA.

Comprendo, señor, su irritación, pero supongo que tales cargos no los hará Vuecencia extensivos al Brigadier Maroto, que hace ya más de un mes viene diciendo á cuantos quieren oirlo, así en los salones como en las juntas de guerra, que el enemigo es fuerte, que hay que precaverse, que se necesita mayor actividad y vigilancia y que la concentración de nuestras fuerzas alrededor de la capital se impone como una previsión indispensable.

PRESIDENTE.

Ya veo, señora doña Antonia, que se halla usted bien informada. Efectivamente, todo lo previsto por su esposo va resultando verdadero, y, por eso, me propongo hacerlo llamar inmediatamente para pedirle sus ilustrados consejos y confiarle, seguramente, el mando en jefe de las fuerzas defensoras del Reino—á menos de no ponerme yo al frente de ellas, lo que haré... en caso de necesidad.

DOÑA ANTONIA.

¿Es decir, entonces, que mi esposo vendrá pronto á Santiago?

PRESIDENTE.

Mañana mismo estará aquí. Por él se pondrá usted al corriente de lo que se resuelva.

DOÑA ANTONIA.

Si es así, solo me cumple aguardar; seguiré tomando precauciones, ocultando en lugar seguro los objetos de valor que poseo. Por lo demás, estoy resuelta á abandonar la capital en el momento necesario, para situarme con la servidumbre que me sea fiel, lo más cerca posible de mi marido. Si llega el momento de tener que huir...

PRESIDENTE, alarmado.

¡No se ponga usted en tal caso, señora doña Antonia, por Dios!...

DOÑA ANTONIA.

¡Que ese Dios, á quien invocamos, señor Presidente, nos proteja! Yo tiemblo, desconfío y abrigo presentimientos fatales. (Suspira).

PRESIDENTE.

¡Animo es lo que se necesita en estos casos! (pausa) ¿Tenía usted otra cosa, según parece, que pedirme?

DOÑA ANTONIA,

Sí, y muy difícil de obtener. Quiero apelar, no obstante, Excelentísimo señor, á su noble corazón y á sus sentimientos nunca desmentidos...

PRESIDENTE.

Me favorece usted mucho, mi señora doña Antonia. ¿En qué puedo complacerla?

DOÑA ANTONIA.

Al entrar aquí, me he cruzado en antesalas con dos señoras, á quienes varios soldados llevaban á la cárcel. Las he reconocido y las he hablado.

PRESIDENTE.

¿A esas pícaras insurgentes?

DOÑA ANTONIA.

Me he impuesto de la terrible suerte que las aguarda. Doña Juana Muñoz de Recalde y su hija Elvira fueron hasta hace poco muy amigas nuestras...

PRESIDENTE.

¡Esas atrevidas, deslenguadas!...

DOÑA ANTONIA,

Señor, cuadra á la alta investidura de Vuestra Excelencia y á las relevantes condiciones que adornan su espíritu, la clemencia...

PRESIDENTE, irritado.

¿Perdonarlas? ¡Jamás! ¡Irán á la horca!

DOÑA ANTONIA.

¡Terrible sentencia, señor Mariscal, horrible destino para una madre cuya cabeza ha encanecido ya, y para una niña que, por contraste, comienza apenas á entrar en la juventud!

PRESIDENTE.

¡Razón de más para castigarla! ¿Quién le manda inmiscuirse?...

DOÑA ANTONIA.

No olvide Vuecencia que esa joven ha crecido oyendo ensalzar las ideas que profesa, y que su padre murió por defenderlas. Luego, ama á un hombre que, no solo está perseguido, sino cuya cabeza ha sido puesta á precio.

PRESIDENTE.

¿Y quiere usted que haya piedad para semejante gente? ¡No! Desaparecerán como zizaña venenosa. ¡Basta de contemplaciones! ¡Hay que arrancar de raíz el espíritu de insurrección—hacer escarmientos!

DOÑA ANTONIA.

Pero no en séres débiles, no en mujeres indefensas.

PRESIDENTE.

¡Séres débiles! ¡mujeres indefensas! No sabe usted todo el daño que pueden hacer esas insurgentes.

DOÑA ANTONIA.

Ninguno han logrado hacer hasta ahora, puesto que se las ha descubierto en tiempo oportuno, (suplicante). Señor don Casimiro—permítame que, al llamarlo por una sola vez siquiera con el nombre que la ilustre madre de usted—de quien he oído decir que era una santa señora—le dió al venir al mundo, invoque su memoria para pedirle en esta ocasión piedad, clemencia. Usted, que no ha conocido el amor de padre, porque su estado de soltero no se lo ha permitido, no puede comprender, sin duda, lo que significa la palabra hija. Pero comprende, seguramente, todo lo que hay de tierno y de grande en la otra que acabo de invocar, segura de ablandar su corazón. ¡Ah, señor don Casimiro: si ello es así, si no me engaño, escuche mi súplica y perdone la vida á esas infortunadas, de las cuales una lleva el tierno y amoroso nombre de hija y la otra el augusto y sublime de madre!

PRESIDENTE, turbado.

Señora... la verdad es que... (reaccionando). ¡Pero no! ¡jamás! ¡de ninguna manera! ¡Si no revelan los nombres de sus cómplices... morirán!

Se pone de pie y pasea irritado.

¡Ah! tal vez se deban á la intervención de esas dos encubridoras no pocas de las lágrimas que puedan verter en día no lejano los hijos de españoles caídos en la lucha terrible que se prepara, sobre todo si los acontecimientos se precipitan y nos resultan adversos!

DOÑA ANTONIA.

¿Y si nos resultan favorables?

PRESIDENTE.

¿Si nos resultan favorables?... (con ira) ¡entonces he de proceder de modo que á los enemigos de mi patria y de mi Rey no les quede ni eso siquiera: ni lágrimas que llorar!...

DOÑA ANTONIA.

Señor: á los hombres está bien; pero á las mujeres!...

PRESIDENTE.

¡Mujeres metidas á redentoras! ¡mujeres que se abanderan hoy y que esgrimirán armas, quizás, mañana! ¡No, no, no: yo no puedo tolerar eso!

Se pasea más agitado aún.

DOÑA ANTONIA.

No olvide Vuecencia que nuestra historia y nuestro romancero están llenos de los nombres de semejantes mujeres...

PRESIDENTE.

¡Defendían una raza, una nación, un trono!

DOÑA ANTONIA.

Estas defienden una causa, una idea, y las defienden de buena fé...

PRESIDENTE.

¿Y es la esposa del Brigadier Maroto, quien habla así?

DOÑA ANTONIA.

¡Es, ante todo, la española, señor don Casimiro! la española que recuerda que en la historia de Sagunto de Numancia y de Zaragoza, que es, en suma, la historia compendiada de nuestra raza y de nuestras glorias, no hubo jamás estandartes de guerra salpicados con sangre de mujeres enemigas, y los hubo, en cambio, á centenares, empapados en la sangre de mujeres propias que, á la par de los hombres, combatían por defenderlos!

PRESIDENTE, balbuceante.

Señora, usted perturba intensamente mis energías de mandatario, trastorna mis propósitos de soldado... No cederé, sin embargo, en lo esencial; mas, como tampoco quiero que se diga que doña Antonia Cortés y García de Maroto ha salido desairada por mí en su empeño, concedo á esas desdichadas lo que en último término me pedían: su casa por cárcel. Es, en suma, todo lo que en los momentos actuales, que son de escarmiento y de guerra á muerte, podría otorgarles. Si quieren la gracia completa ¡que delaten á sus cómplices!

DOÑA ANTONIA, levantándose.

Algo es algo, señor Mariscal, y, de todos modos, obliga

Vuecencia mi gratitud. Me retiro. ¿Podré ver á esas señoras para reconfortarles el espíritu y comunicarles la concesión que se les otorga?

PRESIDENTE. acercándose á la mesa escritorio.

Voy á entregar á usted misma la orden para que sean trasladadas á su habitación, donde se les preparará á la última pena, si no transigen. Dispondrán para ello solo de tres días.

Escribe nerviosamente, y luego que concluye, entrega á doña Antonia el papel.

Aquí está el salvo conducto para usted y la orden anexa al jefe de la fortaleza del Santa Lucía. Confirmaré verbalmente dicha orden al mayor San Bruno.

DOÑA ANTONIA.

Un millón de gracias, Excelentísimo señor. Dios conserve á Vuecencia.

PRESIDENTE, acompañándola hasta la puerta.

El sea con usted, mi señora doña Antonia.

Doña Antonia sale.

ESCENA XIII.

EL PRESIDENTE—SAN BRUNO—DON JUDAS.

PRESIDENTE.

Se dirige á la puerta de la derecha y la abre.

Pueden ustedes pasar. Se hace tarde ya y otros quehaceres reclaman mi atención. Mayor San Bruno: he concedido á las conspiradoras su habitación por cárcel.

SAN BRUNO, entrando.

¡Señor, de esa manera... nada se obtendrá!...

PRESIDENTE.

Al contrario: allí se extremarán los medios para arrancarles la confesión necesaria. Acortará Vd. el plazo: les otorgará solo tres días. No he podido negar un pedido á la esposa del brigadier Maroto, sobre todo en el momento mismo en que los servicios de este ilustre militar nos son tan necesarios, tan absolutamente necesarios.

SAN BRUNO, siempre contrariado.

Vuestra Excelencia así lo ha dispuesto. Vuestra Excelencia sabrá lo que hace.

PRESIDENTE.

Volvamos á lo más urgente: ¿cuáles son, señor don Judas Tadeo, las fuerzas que podríamos reconcentrar inmediatamente si se acentuara la noticia de que los rebeldes del otro lado atraviesan la Cordillera?

DON JUDAS.

Desde luego, el batallón Talavera, los carabineros de Abascal, la caballería de Eleorraga, los Dragones de la Princesa, El Chiloé, el Valdivia y la artillería.

SAN BRUNO.

De los Talaveras respondo yo, por más que solo sea su segundo jefe.

PRESIDENTE.

Bien. Todo eso, á las órdenes de Maroto, resultará formidable. ¡Pero hay que reconcentrarlo!

ESCENA XIV.

LOS MISMOS—EL CORONEL JEFE DE SERVICIO.

EL CORONEL, entrando precipitadamente.

¡Excelencia! Excelencia! un emisario del coronel Atero-

PRESIDENTE, alarmado.

¿De San Felipe?

CORONEL.

De San Felipe. Trae una comunicación verbal, reservada y urgentísima.

PRESIDENTE.

¡Que pase!

Sale el coronel.

ESCENA XV.

LOS MISMOS—UN TENIENTE DE CABALLERÍA.

EL TENIENTE.

Cubierto de polvo, como por un largo viaje.

Saludo respetuosamente á Vuecencia.

PRESIDENTE, con ansiedad.

¿Qué hay?

EL TENIENTE, muy rápido.

Pésimas noticias, Excelentísimo señor: mi coronel Atero, abandonado á sí mismo, con un puñado de hombres, en la Cordillera, me envía para comunicar á Vue-

cencia que los destacamentos de la Guardia Vieja han sido sorprendidos y, después de una heroica resistencia, destrozados por fuerzas de la otra banda.

SAN BRUNO.

¡Condenación!

PRESIDENTE.

¡De la otra banda! (con estupor) ¿Luego no vienen por el Sur?

EL TENIENTE.

Por el Norte, por el Juncalillo y el Juncal. Parece que dichas tropas forman tan solo una avanzada, pero numerosa y fuerte.

PRESIDENTE.

¿Y el grueso del ejército?

EL TENIENTE.

Se ignora aún donde se halla.

DON JUDAS.

A retaguardia: es claro.

EL TENIENTE, muy rápidamente.

Y no es esto todo: venían tras de mí, al reventar de las cinchas, otros dos emisarios.

PRESIDENTE.

¿De dónde?

EL TENIENTE.

De más al Norte. El enemigo—según esos emisarios, que no han podido seguirme porque les han fallado sus cabalgaduras—aparece conjuntamente por el río de las Achupallas y por las Coimas. Los nuestros resisten, resueltos á morir todos, pero no les llegan recursos; se sacrifican!

PRESIDENTE, sobresaltado.

¡Oh! ¿Y en qué número han aparecido los rebeldes?

EL TENIENTE.

Anuncian esas fuerzas á un ejército verdadero, con elementos poderosos de las tres armas...

SAN BRUNO, estallando.

¡El infierno se los trague! Señor, no hay tiempo que perder.

PRESIDENTE, con desaliento.

¡Todo se conjura hoy contra nosotros!

EL TENIENTE.

De donde quiera viene el pedido de refuerzos. Los pocos fugitivos de las primeras derrotas van llegando en desorden á los pueblos de Aconcagua y todos claman venganza, quieren volver á sus puestos. Pero no hay aún quien desde aquí los conduzca. ¡Un jefe y una ban-

dera! he ahí el clamor de cada grupo. A decir eso, también, á Vuecencia he venido. ¡Que Vuestra Excelencia ordene sin tardar! Seré yo uno de los primeros en ponerme al frente del refuerzo que se me confíe.

Se oye afuera, por el balcón del fondo, en la plaza, un rumor de voces que aumenta poco á poco.

PRESIDENTE. alarmado.

¿Ese rumor?

DON JUDAS.

Después de precipitarse al balcón.

Grupos numerosos de gente se dirigen hácia la plaza.

SAN BRUNO.

Con permiso de Vuecencia, saldré á poner orden...

Corre al balcón.

PRESIDENTE, visiblemente alarmado.

No, mayor; permanezca aquí. Habré de necesitarlo.

El ruido de voces cunde.

¿Qué pueden pretender?

SAN BRUNO.

Pedir noticias, sin duda.

DON JUDAS.

Parecen, en efecto, ser todos de los nuestros.

PRESIDENTE.

Habrán circulado á estas horas por la ciudad los siniestros rumores...

EL TENIENTE.

A no dudarlo, Excelentísimo señor, porque se comentaban ya otros muchos á mi paso...

DON JUDAS.

¡Se acercan! Sus ademanes revelan irritación.

PRESIDENTE.

Toca violentamente el timbre. Aparece el Coronel jefe de servicio.

¿La guardia de palacio está en su puesto, coronel?

CORONEL.

En su puesto, Excelentísimo señor.

PRESIDENTE.

¿Es suficiente?

CORONEL.

Como de costumbre: un oficial con veinticinco soldados, un sargento y dos cabos.

SAN BRUNO.

Me pondré al frente de ella. Nada tema Vuecencia.

PRESIDENTE.

No estaría demás pedir inmediatamente otros veinticinco hombres.

CORONEL.

Si Vuecencia ordena...

SAN BRUNO.

Permítame Vuecencia: no habrá necesidad; mientras yo guarde la puerta respondo de que no penetrará un solo individuo en palacio sin la orden expresa de Vuecencia.

El rumor aumenta hasta convertirse en gritería. Se oyen afuera claramente, en tono de clamor, las palabras:

¡Noticias! ¡Noticias! (y luego las frases): ¡Queremos saber lo que pasa! ¡Viva el Rey! ¡Mueran los insurgentes!

DON JUDAS.

¡Se agolpan bajo el portal!

SAN BRUNO, desenvaina su espada.

¡Salgo. Nada tema Vuecencia!

ESCENA XVI.

EL PRESIDENTE—EL TENIENTE—DON JUDAS.

PRESIDENTE, al teniente.

Baje usted también, teniente, y póngase á las órdenes del mayor San Bruno y no se retire de Palacio hasta que yo lo haya despachado.

El teniente sale.

DON JUDAS.

¡Esto va pareciendo un tumulto, un alzamiento!

PRESIDENTE.

Señor don Judas Tadeo: creo prudente tomar algunas precauciones.

Toca el timbre cuatro veces. Aparece por la derecha un «mayordomo».

MAYORDOMO.

¿Manda Vuecencia?

PRESIDENTE.

¿Están á mano mis caballos de repuesto?

MAYORDOMO.

Sí, Excelentísimo señor.

PRESIDENTE.

Dé órdenes para que, á una señal, los tengan listos para acompañar á la calesa.

MAYORDOMO.

Bien, Excelencia.

Se dispone á retirarse.

PRESIDENTE, deteniéndolo.

Ah! oiga usted: procúrese también... (volviéndose hácia don Judas Tadeo) ¿no le parece, señor don Judas Tadeo, que es prudente hallarse prevenido para cualquiera circunstancia?....

DON JUDAS

Según y como, Excelentísimo señor....

PRESIDENTE.

Al mayordomo, continuando la frase interrumpida.

Procúrese lo más pronto posible tres grandes carretas con sus yuntas de bueyes... como para transportar bultos pesados, (aparte, á don Judas Tadeo) la vajilla, las barras de plata, el archivo en cajones...

MAYORDOMO.

Asi se hará, señor.

PRESIDENTE.

Vaya, sin pérdida de tiempo.

El mayordomo se retira.

ESCENA XVII.

EL PRESIDENTE—DON JUDAS—SAN BRUNO.

SAN BRUNO, apareciendo por la derecha.

Los manifestantes aglomerados se resisten á retirarse antes de hacer llegar hasta Vuecencia una delegación que he logrado limitar á cuatro personas.

PRESIDENTE.

¿Qué opina usted?

SAN BRUNO.

Piden á gritos noticias. No hay sino dos recursos, Excelentísimo señor: ó disolverlos á caballazos ó que Vuecencia reciba á los cuatro delegados para calmarlos. Ordene Vuecencia.

PRESIDENTE.

¿Está usted seguro de que son de los nuestros?

SAN BRUNO.

Segurísimo.

PRESIDENTE.

Que pasen entonces.

San Bruno abre las puertas, hace una señal y entran cuatro hombres de mala traza. Se demuestran exhaltados.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS—CUATRO HOMBRES.

PRESIDENTE.

¿Qué desean ustedes?

UNO DE ELLOS.

Respetuosamente, Excelencia, que se nos diga la verdad sobre lo que ocurre. Los rumores son siniestros: Atero en fuga, Morgado hecho pedazos. Nuestros abnegados defensores perecen estérilmente entre las cordilleras; se les tiene abandonados. Parece que los insurgentes se hallan á las puertas de esta capital...

OTRO.

¡Y que amenazan nuestros hogares!

EL TERCERO.

¡Y que nada se hace por atajarlos! (exaltado) ¡sus cómplices aquí permanecen impunes!

SAN BRUNO.

¡Es falso! Se les encarcela, se les azota.

EL CUARTO.

¡La horca, la horca con ellos!

PRESIDENTE.

Todo se hará, señores: esos díceres son exagerados. Nada temais. Es cierto que los insurgentes se mueven ya con intención de atacarnos; pero están aún lejos. ¡No nos hallarán desprevenidos! (animándose) ¡Cuento con mis fuerzas leales. Allí están Maroto, Quintanilla, Marqueli, Eleorraga, Calvo, y este leal mayor San Bruno, que sabrá impedirles la entrada! Nuestros batallones abandonan ya sus cuarteles y salen al encuentro de los audaces caudillos de la otra banda. Retiraos, pues, tranquilos. Pero antes, venid conmigo á ese balcón.

Los lleva al balcón.

Desde aquí gritemos juntos: ¡Viva Fernando Séptimo! ¡A las armas!

Repítense estos gritos adentro y afuera.

LOS CUATRO.

¡Viva el Mariscal Presidente!

TODOS.

¡Vivaa!

LOS CUATRO.

¡Viva el mayor San Bruno!

TODOS.

¡Vivaa!

PRESIDENTE.

¡Mayor San Bruno: desde este momento queda Usía nombrado guardián único de la capital, con poderes extraordinarios y absolutos!

Los vivas continúan afuera.

CAE EL TELÓN.

ACTO CUARTO.

EL TAJAMAR DE SANTIAGO

EN LA NOCHE DE CHACABUCO

(Del 12 al 13 de Febrero de 1817).

PERSONAGES DEL CUARTO ACTO.

San Bruno
Manuel Rodríguez
Centinela 1°
Centinela 2°
Un Sargento de Talaveras
Fray Félix Aldao
Un tambor español
El Sargento Villalobos
Varios soldados españoles
Elvira
Doña Juana
Doña Chepa, la buhonera
Varios prisioneros patriotas, granaderos, pueblo (hombres, mujeres y niños).

ACTO CUARTO.

Al fondo, el panorama lejano de LOS ANDES. *En relieve, un poco más adelante, el* PUENTE DE «CAL Y CANTO» *sobre el río Mapocho. A la izquierda, en forma de alto murallón, con parapeto y terraplén, el* TAJAMAR. *Empieza éste en el primer plan, tomando su punto de arranque en una especie de* GARITA *ó* TORREÓN, *con puerta de entrada, y de tamaño suficiente como para que en el interior quepan aglomerados tres ó cuatro prisioneros. Prolongándose oblicuamente el murallón hácia el fondo, va á confundirse allí con la extremidad derecha del puente que cruza el río horizontalmente.*

Al pié del tajamar, LA CALLE, *empedrada con guijarros del Mapocho. En mitad de ella se alza el andamio y aparato de* UNA HORCA.

A la derecha, en primer término, LA CASA DE DOÑA JUANA MUÑOZ DE RECALDE. *Se la mira «esquinada», es decir, de modo que presente al público el vértice de uno de sus ángulos para dejar ver, así, sus dos faces. En una de estas faces hállase la ventana con reja del 2° acto, y en la otra, la puerta de calle del mismo, vistas ambas por el exterior. En la pared de la casa, un farol encendido, debajo del cual vése un cartel con la siguiente inscripción:*

MANUEL RODRIGUEZ

«¡CIEN ONZAS DE ORO AL QUE ENTREGUE
VIVO Ó MUERTO,
Á ESTE PELIGROSO INSURGENTE!
¡OTRAS CIEN POR LA CABEZA DEL BANDIDO
NEYRA!

Más atrás, en segundo plan, LAS CASAS ENFILADAS *que dan frente al Tajamar y que se prolongan, en línea, hasta el fondo,*

confundiéndose, finalmente, allí, con la derecha del puente y con el extremo del alto muro.

Un cuarto de luna menguante brilla en el firmamento, y la Cruz del Sur destácase entre las constelaciones visibles.

Al levantarse el telón se vé á dos centinelas con el uniforme de los Talaveras, paseándose. Uno resguarda la casa de doña Juana y el otro el torreón ó garita del Tajamar.

ESCENA I.

CENTINELA 1°, á su vecino de enfrente.

¿Sabe usted algo, camarada?

CENTINELA 2°.

Poca cosa.

CENTINELA 1°.

Pero, vamos á cuentas, ¿se han batido ó no, los dos ejércitos?

CENTINELA 2°.

Lo ignoro. Unos dicen que sí, otros que nó.

CENTINELA 1°.

Pero usted, que acaba de relevar al saliente, debe de estar mejor informado que yo, que me seco en este puesto desde las ocho de la noche, con orden de no pestañear hasta el amanecer, para vigilar á estas malditas insurgentes (señala la casa de doña Juana). ¡Un Talavera custodiando mujeres!

CENTINELA 2°.

Solo puedo decirle, camarada, que las últimas fuerzas salieron de prisa hoy temprano por la cañadilla y que á palacio van llegando propios y más propios á todo reventar de las bestias... Dicen los campesinos que vienen de afuera que hasta después de mediodía se ha sentido el eco del cañón.

CENTINELA 2°.

Al oir los pasos de un piquete de soldados.

¡Una patrulla!

Corre á la puerta. La patrulla cruza por el fondo y sigue de largo sin detenerse y al paso de trote. Un segundo después, se escucha, algo distante, un ¡quién vive! luego otro, luego un tiro. Rumor de voces lejanas que se oyen á intervalos.

¡Algún insurgente que no habrá sabido dar el santo y seña!

CENTINELA 1°.

¡Bah! ¡Son tantos los que caen que ya uno no repara!

CENTINELA 2°.

¿Qué fecha es hoy, camarada? Con estos alborotos se pierde la cabeza.

CENTINELA 1°.

Trece de Febrero, ya, á estas horas.

CENTINELA 2°.

En verdad. ¿Entonces es para muy pronto?

Hace en el cuello la señal de «ahorcar», é indica luego la horca y la casa de doña Juana.

CENTINELA 1°.

Si no delatan á sus cómplices en el último momento (indicando, á su vez, la casa) subirán allí (por la horca) hoy á la salida del sol, hora en que se cumplen los tres días...

CENTINELA 2°.

Y como no tardará en amanecer...

CENTINELA 1°.

Y usted, compañero, ¿cuántos presos tiene encerrados allí dentro? (indicando el torreón).

CENTINELA 2°.

Uno solo me entregó mi cabo. Parece que está borracho. Duerme como un lirón...

CENTINELA 1°.

¿Borracho? De seguro que lo finge. Ha de ser algún insurgente peligroso...

CENTINELA 2°.

¡Cá! Mi mayor San Bruno no lo tendría aquí: lo en-

viaria á la fortaleza. Esta garita es solo para gente de cepo.

(Ruido de voces y de pasos que se acercan. Se oye distintamente exclamar «¡adelante! ¡Badulaques! ¡más lijero!»)

CENTINELA 2°.

¡Chitón! ¡otra patrulla!

(Un segundo después aparecen, tras de la esquina, un sargento con el mismo uniforme de Talaveras, y cuatro soldados que, valiéndose de la culata de sus fusiles, empujan hácia adelante á dos patriotas vestidos con trajes que denotan su humilde condición social. Van los presos con las manos atadas por la espalda. En el cuello se les ha colgado un farol para que alumbren el camino).

ESCENA II.

LOS CENTINELAS—LOS SOLDADOS—LOS PRISIONEROS—ELVIRA Y SU MADRE. DENTRO DE LA CASA.

SARGENTO, empujando á los presos.

¡Al cepo! ¡Adelante!

UN SOLDADO, al otro.

¡Más ligero!

SARGENTO.

¡Infames insurgentes! (los encaminan hácia el torreón). ¡Centinela, abra la puerta del calabozo!

El centinela abre con una llave que sacará de la mochila.

¡Adelante! (á un prisionero).

UN SOLDADO.

¡Adentro, usted también!

Los empujan y los encierran.

SARGENTO.

Cerrando la puerta y devolviendo al centinela la llave,

¡Y púdranse ahí, hasta que quiera mi mayor!

CENTINELA 1º.

Perdone, mi sargento, ¿hay noticias?

Elvira, que está dentro de la casa, al oir esto, entreabre ligeramente el postigo de la ventana al través de la cual se vé el interior obscuro.

ELVIRA, en voz muy baja.

¡Oigamos, madre!

SARGENTO.

Se han batido toda la mañana en las cuestas llamadas de Chacabuco; los nuestros iban triunfando, los rebeldes están casi despedazados...

ELVIRA, aparte.

¡Santo Dios!

CENTINELA 2°.

¡Bravo! ¿Son muchos los insurgentes?

SARGENTO.

¡Muchísimos! Pero mi Brigadier Maroto parece que no les da cuartel. La persecución, según dicen, debe continuar todavía, con la luz de la luna.

CENTINELA 1°.

¿Mi mayor San Bruno no ha salido aún á campaña?

SARGENTO.

Está desesperado por hacerlo; pero su Excelencia le tiene dada la orden de no moverse de la ciudad para custodiarla con cien soldados de nuestro propio batallón. Los demás Talaveras han salido á combatir, cual cumple á verdaderos soldados. ¿Y ésta (mirando la horca) no ha funcionado todavía?

Elvira cierra la ventana.

CENTINELA 1°.

Al amanecer subirán á ella las dos insurgentes que están allí dentro: madre é hija.

CENTINELA 2°, á los otros soldados.

No quieren delatar á sus cómplices, ni decir donde se encuentra Rodríguez. El plazo expira al amanecer.

UN SOLDADO.

¡Si se hiciera con todos así, se acabarían los rebeldes!

Se oyen dos tiros á lo lejos.

SARGENTO.

¡Tiros por allá! ¡Adelante, muchachos! ¡Donde hay tiros está nuestro puesto!

Al paso de trote, se dirigen hácia el lado por donde se escuchan los tiros.

ESCENA III.

LOS CENTINELAS.

CENTINELA 1º.

La matanza en el campo de batalla debe de haber sido terrible! ¡Cómo me gustaría hallarme allí!

CENTINELA 2º.

Podemos sentarnos, compañero, ya que no nos dejan pelear.

CENTINELA 1º.

Así me parece (sentándose) ¡Perra! ¡qué guardia tan aburrida! ¡Cuando pienso que nuestros hermanos están ca-

yendo en las cuestas de Chacabuco me hierve de ira la sangre!

CENTINELA 2º.

¡Cien Talaveras inactivos! ¡Maldita vigilancia!

CENTINELA 1º.

Consuélese, camarada, que lo que es esos (por los que están encerrados en el torreón) deben de aburrirse más que nosotros.

CENTINELA 2º.

Han de hallarse como sardinas en su caja...

Se oyen pasos. Los dos centinelas se ponen de pié.

CENTINELA 1º, avanzando.

¡Quién vive!

Coloca en ristre la bayoneta.

VOZ DE MUJER ANCIANA, detrás de la casa.

¡España! ¡Viva el Rey!

Aparece doña Chepa con su cajón de buhonera en el brazo y un farol encendido en el otro.

ESCENA IV.

LOS CENTINELAS—DOÑA CHEPA.

CENTINELA 1º.

¡Avance! (riendo) ¡Ah, es ña Chepa, la buhonera!

CENTINELA 2º.

¿Qué anda haciendo, señora, por aquí, tan tarde?

DOÑA CHEPA.

¿Quién se acuesta esta noche? ¡Son cristianos todos los que se baten! (pausa) ¿Quieren tabaco?

CENTINELA 2º.

Está prohibido.

DOÑA CHEPA.

Va de regalo.

CENTINELA 1º.

Eso es otra cosa: mi cabo no nos ha dicho que no recibamos regalos.

CENTINELA 2º.

Y luego, nadie nos vé. ¡Venga!

Estira la mano y recibe un cigarrillo.

Usted, ña Chepa, se pondrá en acecho y avisará si pasa alguien mientras fumamos.

Encienden con precaución.

CENTINELA 2º, fumando.

Algo picantes.

CENTINELA 1º.

¡Para ser regalados!...

CENTINELA 2º.

¿Trae noticias?

DOÑA CHEPA.

Pocas.

CENTINELA 1º.

¿Quienes ganan?

DOÑA CHEPA.

¡Ganarán los que lo merezcan!

CENTINELA 2º.

O los más valientes.

DOÑA CHEPA.

¿Quieren vino?

CENTINELA 1º.

¿Vino? ¿Trae vino? (entusiasmado) ¿Regalado también?

DOÑA CHEPA.

Regalado. Hoy es preciso dar de beber á los que velan...

CENTINELA 2º.

¿Para comunicarnos valor?

CENTINELA 1º.

¡No necesitamos de vino para eso!

DOÑA CHEPA, con acento extraño.

¡Para que vigilen bien, para que no se duerman!

CENTINELA 2º.

Tampoco lo necesitamos. Ya lo vé usted.

DOÑA CHEPA.

Que ha sacado una bota ó frasco hace como que la retira.

¿No quieren? Entonces lo guardaré.

CENTINELA 1º.

¡No, que es broma! ¡Venga!

Avanza hácia su compañero y se coloca á su lado, al pié del torreón.

DOÑA CHEPA, siniestramente.

¡Beba!

Alarga la bota al Centinela 1º.

CENTINELA 1º.

¡A la salud del Rey nuestro señor! (después de beber) Algo amargo, pero bueno... Tome, camarada.

Le pasa la bota; la buhonera se aleja un tanto.

CENTINELA 2º.

¿A dónde va?

DOÑA CHEPA.

A vigilar.

CENTINELA 2º.

¡Eso es! ¡A la salud de nuestro bravo mayor San Bruno, corazón de fiera!

Bebe largamente.

DOÑA CHEPA.

¡Así! (aparte).

CENTINELA 2º.

Bueno; pero algo amargo, en realidad.

CENTINELA 1º.

¿De dónde es?

DOÑA CHEPA.

¡De Rosales! (siniestramente).

CENTINELA 2º.

¡Vino insurgente!

DOÑA CHEPA.

Los vinos no tienen ideas... Suelen traicionar, eso sí, á veces...

CENTINELA 2º.

¿Qué dice?

DOÑA CHEPA.

Que suelen irse á la cabeza...

CENTINELA 1º.

O á los piés (ríe) já, já, (transición) ¡Cielos!

Vacila como si fuera á desfallecer.

DOÑA CHEPA con tono sombrío.

¡O al corazón!

CENTINELA 1º.

¡Qué es esto! ¡Todo se anubla!... ¡Yo desfallezco! ay!

Después de dar dos ó tres pasos hácia la izquierda cae, con medio cuerpo detrás del torreón.

CENTINELA 2º.

¡Dios mío! ¡Camarada! ¡Oh, este ardor! ¡esta obscuridad! ¡Traición!

Cae, á su vez, al lado del otro.

DOÑA CHEPA.

¡Terrible pero necesario!... (Se les acerca) La llave ahora.

Palpa al centinela 2º y le saca de la mochila la llave del torreón. Abre luego con ella la puerta para dar libertad á los presos y exclama:

¡Huir! ¡huir!

UN PRISIONERO, medio aturdido.

¿Huir? ¿á dónde?

DOÑA CHEPA.

¡Victoria! ¡Vamos! antes de que vengan! afuera!

Los tres prisioneros huyen desatentados. La buhonera vuelve á cerrar con llave y se guarda ésta.

Ahora ¡á ellas!

Corre hácia la ventana de la casa de doña Juana y golpea repetidas veces. Elvira entreabre.

ELVIRA, desde adentro.

¡Doña Chepa!...

ESCENA V.

DOÑA CHEPA.

¡Pronto! ¡pronto! ¡Salvarse! ¡Tratemos de forzar la cerradura! ¡El enemigo viene huyendo! ¡Los nuestros han triunfado!

ELVIRA.

¡Triunfado! ¡Santo Dios! ¿será verdad?

DOÑA CHEPA.

¡A la cerradura, niña! ¡Busca una barra; trabaja por dentro! ¡Pronto! ¡Podrían aún ser ustedes sacrificadas, si los otros no llegaran á tiempo!

ELVIRA.

¿Y los centinelas?

DOÑA CHEPA.

¡No hay ya centinelas!

ELVIRA.

¿Duermen?

DOÑA CHEPA.

¡Muy largo sueño! ¡Pronto, á salvarse! ¡Si no pueden por aquí, salgan por el fondo!

ELVIRA.

¡Imposible! Han remachado el portón por afuera. ¡Luego, la calle está obscura!... Pueden sorprendernos... ¿A dónde ir?

DOÑA CHEPA.

Tengo ese escondite (designa el terreno). Las ocultaré hasta que entren los nuestros. De los que antes estaban ahí no se preocuparán los esbirros... Manuel se nos reunirá pronto.

ELVIRA.

¡Manuel!

DOÑA CHEPA.

¡No vaciles!

ELVIRA.

Avisaré á mi madre. Espéreme, doña Chepa.

Cierra la ventana.

DOÑA CHEPA.

¡Si demoran pueden aún ahorcarlas!

Se oye el ruido de otra patrulla, el galope de un caballo y el rumor de voces: entre ellas la de San Bruno que dice: «¡HUYEN HÁCIA ACÁ LOS NUESTROS! ¡MALDICIÓN!» Se escucha por primera vez el eco lejano del cañón.

DOÑA CHEPA.

¡San Bruno! ¡Fatalidad!

Corre hácia el torreón, abre la puerta con la llave que tiene oculta, y penetra rápidadamente, encerrándose por dentro, en seguida.

ESCENA VI.

SAN BRUNO—SOLDADOS—ELVIRA.

SAN BRUNO.

Siempre detrás de la casa, como si se desmontara del caballo y hablara á los soldados que lo siguen.

¡Tenedlo un momento por la brida! Aguardadme aquí: en seguida partiremos todos.

Vuelve á sentirse un cañonazo distante, seguido de otro casi inmediato.

¡El eco del cañón! No hay duda ya: ¡el enemigo está á las puertas de la capital!

Se acerca, arrastrando el sable, á casa de Elvira y golpea con fuerza la ventana.

ELVIRA.

¿Es usted, doña Chepa?

SAN BRUNO, retrocediendo.

¿Doña Chepa?...

Permanece un segundo silencioso y, luego, yendo precipitadamente hácia el ángulo de la esquina, exclama:

¡Centinela!

ELVIRA, con un grito ahogado.

¡Ah! (cierra el postigo).

SAN BRUNO.

¿No está? (más fuerte) ¡Centinela!

Avanza, dá vuelta la esquina, y viéndola desierta, grita:

¡Condenación: me han traicionado!

Corre á la puerta de calle de la casa de doña Juana, saca del bolsillo una llave y pretende abrir. Pero la puerta no cede.

¡Cerrada por dentro!... ¡Ah!

Retrocede de nuevo, y al dar vuelta la cara hácia el Torreón, divisa los cuerpos de los centinelas tendidos en el suelo.

¡Qué veo! ¡Duermen!... ¡Centinelas!

(Con una patada en el suelo y un grito, al oir los cuales aparecen por detrás de la esquina un sargento y dos de los soldados que han quedado aguardándole).

SARGENTO.

¡Señor, qué ocurre?...

SAN BRUNO, palpando los cadáveres.

¡Muertos! (retrocede) ¡Condenación!

SOLDADOS.

¡Muertos!

SAN BRUNO.

¡Y ella!...

Golpea con fuerza la puerta de la casa, como si quisiera echarla abajo.

¡Abrid, ó derribo la puerta!

Óyese de nuevo á lo lejos el estampido de cañón y varios tiros de fusil y voces cuyo eco aumenta. Comienza á amanecer.

¡Otra vez el cañón!...

OTRO SOLDADO.

(Apareciendo por el mismo sitio de los anteriores).

¡Señor, señor! ¡Los nuestros vienen huyendo; salvaos!

Se siguen oyendo el cañón y nuevos tiros. Rumor de carreras. Aparecen dos soldados más.

NUEVO SOLDADO.

¡Señor: grupos de camaradas llegan del campo de batalla, desbandados! ¡por allí!

Indica un sitio tras de la casa.

EL SOLDADO ANTERIOR.

¡Sí, son de los nuestros! ¡son Talaveras!

Continúa oyéndose el cañón.

SAN BRUNO, volviéndose, con expresión de ira.

¿Talaveras? ¡mentira! ¡mi batallón no vuelve cara!

SOLDADO 1º.

¡Vedlos, señor! ¡Ya se acercan!

ESCENA VII.

LOS MISMOS—EL SARGENTO VILLALOBOS—NUEVOS SOLDADOS.

(Un grupo formado por tres Talaveras HERIDOS y varios otros soldados de otros cuerpos españoles, ILESOS, entran en escena desbandados. El desaliño y desorden de sus uniformes revelan la derrota. El sargento Villalobos, del Talavera, trae la cabeza vendada y dos soldados del mismo batallón, el brazo atado).

UNO DE LOS TALAVERAS.

¡Mi mayor!

Se cuadran todos y hacen la venia.

SAN BRUNO.

¡Ellos! ¡Y cómo, menguados ¿han huído de las filas? ¡Usted, sargento Villalobos!

SARGENTO, con dignidad.

¡Estamos heridos, mi mayor!

SAN BRUNO.

¿Pero éstos?

Designando á los de otros cuerpos.

UNO DE LOS SOLDADOS ILESOS

¡Ayer, antes de mediodía todo estaba ya perdido! Y, sin embargo, hemos luchado aún, en desbande, hasta aquí mismo, á donde llegamos...

SAN BRUNO, interrumpiendo.

¡Con vida! ¡miserables!

SARGENTO.

¡Hemos hecho, mi mayor, cuanto podía hacerse! El empuje inesperado de los rebeldes todo lo arrolló! A pié firme sostuvimos sus primeros disparos; pero la división que nos atacaba, nos acometió de pronto á la bayoneta y á sablazos. En medio de las palabras de fuego que nos dirigían nuestros jefes, renegábamos por no poder contar con los refuerzos pedidos por mi brigadier Maroto á mi Mariscal!...

SAN BRUNO.

Ah! en vano clamé, á mi vez, por ese envío!...

SARGENTO, continuando.

El *Chiloé,* que se había cerrado para resistir el choque, sucumbió casi entero. Por la brecha abierta en sus flancos pasó el enemigo arrollando á mi comandante Eleorraga que cayó atravesado por un balazo ....

SAN BRUNO.

¡ Eleorraga, muerto!...

SARGENTO, continuando.

Los Talaveras acudimos entonces.

SAN BRUNO.

¿ Y qué hicieron? *(anhelosamente).*

SARGENTO.

¡ Provocar una terrible carnicería! Cuerpo á cuerpo sosteníamos el combate, devolviendo golpe por golpe, haciendo morder el polvo á todo aquel que llegaba al alcance de nuestro brazo. ¡ Pero el torrente infernal pudo más! Por un instante habíamos creído á la división insurgente rodeada y perdida.... ¡ no sucedió así! Los soldados que la componían, guiados por su jefe, volvieron á la carga... De súbito, y, cuando, apesar de todo, nos sosteníamos, divisamos que por las alturas aparecía intacta una segunda división enemiga y que de ella se desprendían un escuadrón y dos batallones. El escuadrón, con la celeridad del rayo y la fuerza

irresistible de un huracán, se dirigió sobre nosotros... (pausa) ¡No sé, no puedo decir lo que ocurrió entonces!... Solo recuerdo que sentí, en confusión indescriptible, un torbellino de cascos herrados que pasaban sobre mi cuerpo, á la vez que aturdía mi cabeza el fragor producido por vainas metálicas entrechocadas, gemir de ijares, crujir de monturas y la ronca algarabía de voces soldadescas! ¡Terrible, terrible momento! Mi coronel Marqueli, según lo supe después, había pretendido detener la formidable avalancha con solo medio escuadrón de sus húsares y una compañía de infantes. ¡Su heroismo le resultó más que estéril!...

SAN BRUNO, anhelante.

¿Sucumbió, también?

SARGENTO.

¡Con la mayor parte de los suyos!... Después...¡el pánico, el desbande...la derrota!... (ahoga un sollozo varonil) ¡El enemigo nos ha perseguido hasta las puertas mismas de la ciudad. Sus avanzadas van entrando ya!

Los cañonazos se sienten más cercanos.

SAN BRUNO, desenvainando violentamente la espada.

¡Basta! no es posible que permanezcamos nosotros inactivos aquí! ¡Todo el que pueda llevar un arma que me siga! Pero antes....

Corre de nuevo hácia la puerta de Elvira, saca otra vez la llave y colocándola en la cerradura se cerciora de que está bien cerrada y murmura entre dientes:

¡Con doble vuelta! ¡Si yo no tengo ahora tiempo de entrar, quizás no lo tengas tu, tampoco, de salir!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS — DON JUDAS TADEO.

DON JUDAS, llega agitadísimo

¡Mayor, mayor! lo busco desde hace media hora! El enemigo está encima! sus fuerzas asoman por todas partes! Su Excelencia abandona precipitadamente la ciudad!

SAN BRUNO.

¡Voto al infierno! ¿el Presidente tambien? Ah! no se dirá de mí qué que he huido! ¡El que quiera vender cara su vida, que me siga! ¡A la victoria ó á la muerte!

Corre hácia la esquina, á la vuelta de la cual se supone que el caballo le aguarda. Don Judas Tadeo y todos los soldados le siguen vivando al Rey.

ELVIRA, Abriendo la ventana, grita:

¡Maldito! Ya te lo dije: ¡que Nestor arrastre tu cadáver hasta las filas de los nuestros!

ESCENA IX.

ELVIRA, LUEGO DOÑA CHEPA

ELVIRA

¡Partieron! Horror! La horca aún allí! (se estremece) ¡Madre! comienza á clarear el alba! ¡Nadie queda aquí ya: ni patrullas, ni centinelas!...

Se oyen los gritos mezclados á nuevos tiros de cañon y de fusil, todo lejano.

¿Oyes? ¡Gritan: viva la pátria! ¡Son los nuestros!

DOÑA JUANA, Acercándose á la ventana.

¡Dios te escuche, hija mia, y nos ampare!

DOÑA CHEPA, Saliendo del torreón y subiendo al tajamar.

¡Niña, ya se acercan! ya se acercan! (mira hácia el otro lado del rio, á la izquierda) ¡Han viajado toda la noche! Llegarán pronto! Valor!

ELVIRA.

¡Dudo aún! ¡Oh, esta prisión! Ambas puertas están cerradas con cerrojos dobles!

DOÑA CHEPA.

¡Ten paciencia! los nuestros las abrirán con las culatas de sus fusiles....

En ese momento se vé cruzar al galope, arrastrada por una mula que azota un pastillón, la caleza en fuga del Presidente Marcó.

¡La calesa del Presidente! Va huyendo á todo escape!

Continúa el rumor creciente, y el eco del cañón algo más cercano.

¡Buen viaje! Ya te agarrarán!

Desaparece la calesa—El rumor y los gritos de ¡VIVA LA PATRIA! cunden y se aproximan. La buhonera permanece en acecho en lo alto del Tajamar. Se vé venir del fondo, y pasar corriendo para desaparecer por la derecha, á varios soldados realistas en pequeños grupos que arrojan al río sus armas por encima del parapeto y huyen, luego, despavoridos—La claridad de la mañana va en aumento. De pronto, siéntese el toque lento de campanas.

DOÑA JUANA, alarmada

¿Oyes hija mía? ¡Las campanas! ¡Tocan á agonía!

El toque se acelera, multiplica y se convierte luego en repique.

DOÑA CHEPA.

¡A agonía, nó: á victoria! ¡es que ya llegan!

DOÑA JUANA

Los conventos son realistas...¡No repicarían si fuera verdad que han triunfado los de la otra banda!

ELVIRA, con desaliento

¡Tiene razón, madre!

DOÑA CHEPA.

¡No tiene razón! Los nuestros han de haber subido hasta las torres. Son ellos, de seguro, los que repican! ¡Ese toque no es toque de á rebato: es toque de gloria! (siguen pasando soldados fugitivos) ¿No vén como huyen esos?

Un momento de silencio, durante el cual se oye el vocerío y el mismo repicar de campanas. Cesa el cañón. De pronto la buhonera lanza un grito y se precipita de lo alto del Tajamar.

¡Ah! (indicando la calle tras de la esquina) ¡Allí, allí! ¡Viene como desbocado, sin ginete, arrastrando su brida por el suelo...Lo reconozco: Nestor!...

ELVIRA.

¡Nestor! ¿Sin su ginete, dice?

DOÑA CHEPA.

¡Sin su ginete!

ELVIRA.

Madre! ¡No dudo ya! ¡Nestor vuelve solo, á su querencia.

DOÑA CHEPA.

Precipitándose, desaparece un segundo tras de la esquina, toma la brida del caballo que todo sudoroso llega ensillado con la montura y pistoleras galoneadas de San

Bruno. Trae en el cuello una nueva herida de bala, herida que mana sangre. La buhonera lo avanza hasta la ventana, haciendo que el caballo apoye en ella su cabeza.

DOÑA CHEPA.

¡Allí, á saludar á tu ama!

ELVIRA.

¡ Nestor, amigo mio!

DOÑA CHEPA.

¡ Ellos! ¡ellos! ¡Los de la otra banda!

En ese instante aparece el teniente Aldao al frente de varios soldados patriotas. Es el primero que ha entrado en la ciudad.

ESCENA X.

LOS MISMOS—ALDAO Y SUS SOLDADOS.

Aldao y los suyos traen prisioneros á tres soldados españoles y á un tambor de quince años de edad (Se baja del caballo).

ALDAO.

El caballo, ¡ aquí está!

DOÑA CHEPA.

¡ Viva la patria! ¡Viva el Ejército Libertador! Este

animal, mi Teniente, es sagrado: pertenece á un patriota: á Manuel Rodriguez.

ALDAO.

¿A Manuel Rodriguez?

DOÑA CHEPA, muy rápido todo.

Sí, hermano. (disponiéndose á doblar la esquina, llevando siempre de la brida á Nestor). ¡Pronto! que se derribe esa puerta! ¡Hay dos mugeres presas allí por orden de San Bruno! Déme dos soldados, mi Teniente, para hacer saltar los remaches de un portón.

Aldao hace una seña y dos de sus soldados siguen á doña Chepa.

ALDAO.

Síganla ustedes (á los que quedan) ¡Abajo con esa puerta!

Los soldados se precipitan y á culatazos rompen la cerradura. Salen Elvira y doña Juana.

ELVIRA.

¡Por fin!

La madre y la hija caen la una en los brazos de la otra.

ALDAO.

¡Animo, señoras, triunfamos!

DOÑA JUANA.

¿La victoria es segura?

ELVIRA, estrechando á Aldao ambas manos.

¡Ah! gracias, gracias!...

ALDAO.

¿Es efectivo que el caballo aquel pertenece á Rodriguez? Lo montaba San Bruno.

DOÑA JUANA.

Efectivo.

ELVIRA.

¿Han visto ustedes á Rodriguez?

ALDAO.

Nó, pero hemos sabido, al entrar á la capital, que anda capitaneando, Tajamar arriba, una montonera llegada esta noche misma del Sur.

ELVIRA.

¡Sano y salvo! Gracias, Dios mío!

La escena comienza á poblarse de gente civil que á los gritos repetidos de ¡Viva la Patria! ¡Viva San Martín! ¡Viva O'Higgins! ¡Viva el Ejército de los Andes! van reuniéndose, hombres y mugeres, niños, etc. Comparsas lo más numerosas posibles rodean á Aldao y á sus soldados y les ofrecen tabaco, etc.

DOÑA CHEPA.

¡De nuevo bajo nuestras banderas!

ELVIRA, á Aldao.

¿Y este niño? (por el tambor)

ALDAO.

Un condenado de tamborzuelo enemigo que nos ha hecho mas daño que un batallón. Tocaba y tocaba á la carga sin cesar, en medio de las balas... ¿Te rindes ahora? (al tambor).

EL TAMBORCITO.

¡No me rindo! Viva el Rey!

ALDAO.

¡Bravo!

Varios, de entre la gente quieren abalanzarse sobre él.

ELVIRA, interponiéndose

¡Nadie lo toque!

ALDAO.

Es todo un valiente. Habrá que respetarlo. Honor á los bravos ¡Si hubieran visto ustedes como cayó hace un momento ese bribón de San Bruno!...

DOÑA CHEPA.

¿Tropezaron con él en su camino?

ALDAO.

Lo rodeamos allí (indica la vuelta de la esquina) ahora mismo, pero no conseguimos agarrarlo hasta que lo volteó

el caballo. Se batió como una fiera, resistiéndose hasta el último momento á entregar su espada. Fué preciso cortarle media mano para que la largara.

ELVIRA.

¿Vive?

ALDAO.

Está prisionero. Lo entregamos en custodia al piquete que rodea el palacio.

ELVIRA.

¡Dios lo perdone!

DOÑA CHEPA, siniestramente.

¡Cayó por fin: mi hija está vengada!

ESCENA XI.

LOS MISMOS—MANUEL RODRIGUEZ.

RODRIGUEZ.

Aparece detrás de la esquina donde se desmonta del caballo. Viste una sencilla casaca militar dotada de una sola hilera de botones dorados.

¡Elvira!

ELVIRA, arrojándose en sus brazos.

¡Manuel!

RODRIGUEZ, alargando una mano á Doña Juana.

¡Temblé por la vida de ustedes!

ELVIRA, designando á Doña Chepa.

Ella dió muerte á los centinelas... (luego indica á Aldao) y ellos derribaron la puerta de la prisión.

RODRIGUEZ, estrechando la mano de Aldao.

¡Salud, ¡Viva el Ejército de los Andes!

TODOS.

¡Viva!

ALDAO.

¡Viva la confraternidad americana! ¡Viva la libertad!

TODOS.

¡Viva!

Comienza á salir el sol por el fondo, tras del puente de Cal y Canto, cuya silueta, en relieve, se destaca sobre la luminosidad del horizonte, encendido como por el resplandor de un incendio.

DOÑA CHEPA, designando el puente.

¡Miren, allá, allá, ya llegan! ..

Todos vuelven la vista y contemplan el siguiente cuadro: A lo léjos, divísanse aparecer, como en desfile fantástico, y por la

izquierda del puente, las primeras siluetas del Ejército de los Andes en marcha. Se vé destacarse á las columnas de soldados, pero solo de medio cuerpo para arriba, por ocultar lo demás el parapeto. Preceden el desfile varias figuras en marcha que simularán la banda militar; luego los morriones y las cabezas de los caballos de un escuadrón de granaderos, con sus oficiales al frente—todo ello al son lejano de parches y clarines, repiques de campanas y vivas de la multitud.

RODRIGUEZ.

¡El Ejército de los Andes! Que todo el mundo se descubra...

Se descubren.

TODOS.

¡Viva el Ejército Libertador!

Agítanse los sombreros, morriones y pañuelos, mientras lentamente van pasando las primeras figuras por el extremo derecho del puente, como se ha indicado. De pronto, un gran clamor, mayor si cabe que los anteriores, brota del pecho de todos: la característica silueta de la efigie ecuestre de San Martín, coronada por el tradicional falucho de hule, se destaca solitaria en medio de la columna de desfile. La siguen de cerca, formando un brillante estado mayor,—á derecha é izquierda respectivamente,—O'Higgins y Soler; luego los otros Jefes nombrados en el primer acto, con los cuales se ha formado la bizarra escolta. La infantería cierra la marcha.

RODRIGUEZ.

¡Viva don José de San Martín!

TODOS.

¡Viva!

ALDAO.

¡Viva el brigadier O'Higgins!

TODOS.

¡Viva!

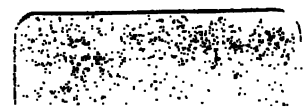
La música militar, con ecos apagados por la distancia, rompe en los acordes de una diana triunfal. Un segundo después, la marcha del desfile se detiene, precisamente en el punto en que las siluetas de San Martín y de O'Higgins enfrentan el disco del sol naciente, el cual aparece, de este modo, encuadrándolas en un círculo de fuego, como la más luminosa de las aureolas.

TODOS.

¡Viva la patria! ¡Viva el Ejército de los Andes!

RODRIGUEZ.

¡Viva la libertad!

Hombres y mujeres, en medio de un entusiasmo delirante, se abrazan. Los soldados tiran al aire sus morriones; las campanas tocan á gloria, y cae poco á poco el telón, sobre este cuadro de suprema apoteosis.

FIN DEL DRAMA.